

de 139 à 167. Berastegui, ⁶²⁸
Mediavilla ¹¹²
Gantegia - his antepasados modernos

Antrobus antabus



BIBLIOTECA NACIONAL
DONACION de:
A. Santamarina
Fecha: 23 OCT 1989

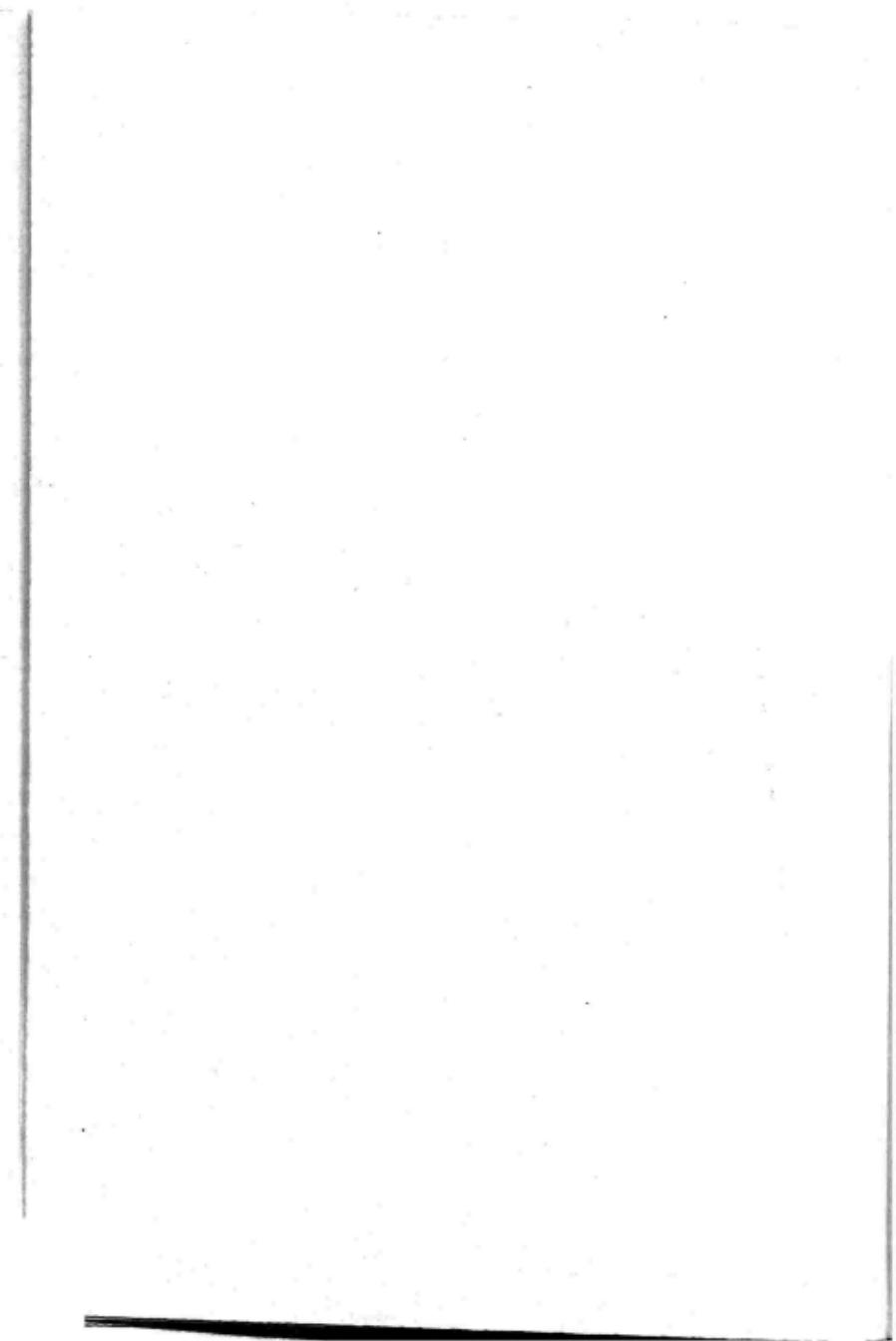
BIBLIOTECA NACIONAL
Fecha 23 OCT 1989
Inventario N° 036720 (19)
Topografico



A.I.GARAICO ECHEA

De VASCONIA
a BUENOS AIRES

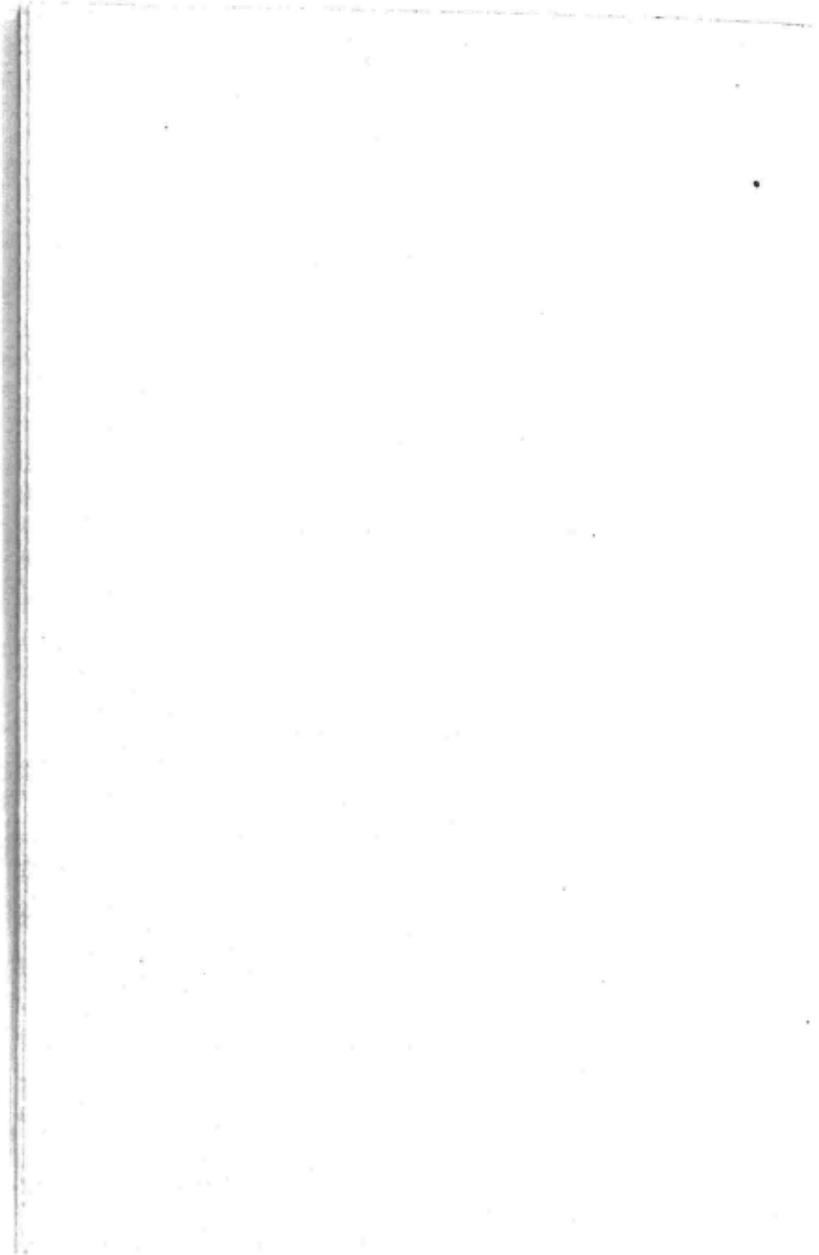
EDITORIAL VASCA
EKIN
BUENOS AIRES



DE VASCONIA A BUENOS AIRES

o

LA VENIDA DE MI MADRE AL PLATA



En este libro se habla de mis antepasados
por la vía materna

M
—



Doña Josefa de Olariaga de Garaico Echea,
meses después de su arribo a la Argentina.

De una fotografía del año 1882.

A. I. GARAICO ECHEA

DE VASCONIA A BUENOS AIRES
o
LA VENIDA DE MI MADRE AL PLATA

(HISTORIA DE UNA EMIGRACIÓN EN EL SIGLO XIX)

EDITORIAL VASCA EKIN, S. R. L.

BELGRANO, 1141

BUENOS AIRES

1945



Queda hecho el depósito
que marca la Ley

PRINTED IN ARGENTINA

Artes Gráficas Sebastián de Amorrotu e hijos, Córdoba 2028, Buenos Aires



*A la memoria de mi madre, doña
Josefa de Olariaga de Garaico Echea*

UN LIBRO MÁS ENTRE DECENAS DE MIL...
LA MATERIA: UNA HISTORIA MUY PURA;
LA RAZÓN: UNA MADRE QUE FUÉ GENTIL
ENTRE TODAS Y CUYO RECUERDO PERDURA.

ÍNDICE

A mi hermana	13
I	
Prolegómenos de una guerra civil. — Generalidades. — El hogar de mi abuela. — Peleas entre hermanos por razones políticas	15
II	
Quién era mi abuela. — Una anécdota de su niñez. — Los Echais- de. — La primera guerra carlista arruinó a su padre. — Su casamiento con un artesano. — La muerte prematura de mi abuelo. — La familia se quedó sin recursos	19
III	
Valentía de una madre. — Los prolegómenos de la segunda gue- rra. — Mi tío Francisco. — Discusiones en la casa. — El contrabando de armas. — Mi tío vuelve herido. — "¡Vete a América!" — El dinero para el viaje	25
IV	
La guerra. — Los carlistas le llevan el otro hijo. — Dificultades para vivir. — Mi abuela y el alcalde de Andoain. — Lo que fueron estos funcionarios en esa guerra. — Llavera de la alhóndiga. — La familia de los Larreta. — Los dos duros de la madre. — La niña mensajera. — El llanto del soldado	34

V

- A mi tío Manuel lo traen herido. — Tratamiento médico que se daba a éstos. — El caso del general Zumalacárregui. — Dominguito. — El herido habla por entre los vendajes. — Un carácter de hombre. — La vuelta al frente. — Referencias sobre penurias de la vida en las trincheras 43

VI

- Tiroteos a modo de saludo. — Un golpe de mano de los liberales. — Delegación de cuarenta personas a San Sebastián. — Mi abuela. — Indignación de las familias de los desterrados. — Mi tío Manuel baja del monte. — Desatención de los jefes. — Sentimiento de rebelión del soldado frente a la injusticia. — En San Sebastián. — El comandante de la plaza. — Mi abuela ve al médico Machimbarrena. — Por si se repite la alcaldada 60

VII

- Niños argentinos en tierra vasca. — Cómo se les hablaba de cosas pasadas. — La historia de nuestro tío. — Mi tío se escapó de los carlistas. — "¡Matamos un perro!" — Cruzan el río a nado 69

VIII

- Un oficial instructor. — "¡Su hijo ha desertado!" — Los castigos que aplicaban los carlistas. — El ¡ay! de la víctima. — Lo que refiere Sarmiento sobre castigos corporales. — Las emplumadas de Tolosa 76

IX

- La guerra carlista prosigue. — Cómo vió mi madre, niña a la sazón, a la emplumada de Andoain. — Inquietud en que

vivía la población civil. — Temores de mi abuela. — ¡Paz y Fueros!	85
--	----

X

La guerra toca a su fin. — Repliegue de los carlistas de Cataluña, Valencia, Aragón y el Centro de España, hacia el Norte. — Concentración en los montes de Vasconia. — Ofensiva general de los liberales. — Quesada y Martínez Campos. — Don Carlos convoca a un consejo de generales en Beasain. — La batalla de Estella. — El general Primo de Rivera, marqués	92
---	----

XI

El avance de las tropas de San Sebastián. — Llegan a Andoain. — Sorpresa en el pueblo. — Mi tío Manuel viene en el pelotón de cabeza de la columna que avanza. — Cómo es reconocido por su hermana. — Desde una ventana se hace fuego contra la columna. — Amenaza de entregar el pueblo al saqueo. — Actitud decidida de mi tío. — Héroe de un momento	99
---	----

XII

Fin de la guerra. — El avance hacia el Ernio. — La acción de Gazume. — El gobierno decide que el rey, don Alfonso XII, se traslade al norte para entrar en Tolosa en medio de sus tropas. — El anuncio del fin de la guerra civil. — Razones políticas que se tuvieron para esto. — La señal de la victoria de los alfonsinos sobre los carlistas. — La cuestión de los Fueros	107
--	-----

XIII

La vuelta de un pueblo a la paz. — La fábrica de tejidos de Andoain. — El hermano de América. — Hacia tres años

- que partió. — Los contrabandistas traían y llevaban las cartas de América. — Los ochenta duros del pasaje. — La humillación de no poder pagar una deuda 113

XIV

- En el Buenos Aires de 1873. — Don Martín Echeverría. — Su mujer era de Andoain. — El joven vasco se coloca. — La casa está en crisis. — El empleado pierde sus ahorros 118

XV

- La campaña argentina. — El vasco sale al campo. — Maipú, provincia de Buenos Aires. — Contraste de dos mundos. — La hacienda suelta. — El ferrocarril. — Lo que esto significó como factor de progreso y de riqueza en la Argentina 121

XVI

- El encuentro de dos vascos en la pampa. — La invitación para salir el domingo al campo. — De caza. — Don Pedro Garamendy. — Un día delicioso. — La charla de sobremesa. — Una casa de comercio en pueblo de campaña. — ¡Ah, si yo tuviera diez mil patacones! — Don Pedro y mi tío se asocian. — La casa de comercio nueva 125

XVII

- Prosperidad. — Una joven que reza en vascuence. — El comerciante vasco se enamora. — Mi tío pide a mi padre la mano de su hermana. — Este se declara a su vez enamorado de la hermana del otro. — Se convienen dos bodas a celebrarse en un mismo día. — La llegada de la joven prometida a Maipú. — Cómo entra en contacto con el hombre de su destino. — Mis padres se hablaban de "vos" 132

XVIII

- Quién es él.—El pueblo de Berástegui.—El caserío de mi abuelo.—Mariezkurrenea.—Los Arrue, los Ibarrola, los Garaicoechea.—La institución del mayorazgo.—Causa secular de emigración de muchos vascos 139

XIX

- El guerrillero Santa Cruz.—Sus cruentadas.—El pastor de la montaña.—El Padre Ibarrola huye.—El camino de Berástegui a Leiza.—El pastor se entera de quién es el militar que venía a la cabeza de la partida.—Contribución de guerra al pueblo de Berástegui.—Visita intempestiva de Santa Cruz al alcalde.—Amenaza de fusilamiento.—Confidencias del alcalde al teniente alcalde, su amigo.—Presentimientos sombríos del primero 151

XX

- Santa Cruz acusa a Alduncín de mala voluntad con él.—El fusilamiento.—La fosa del muerto.—El llanto de los hijos.—Consternación en Berástegui por la muerte del alcalde.—Una hija de éste, años después, se casa en la Argentina con don Ramón Santamarina.—Don Carlos resuelve desarmar a Santa Cruz.—El guerrillero es sorprendido en Vera.—El lloro del hombre.—Se va a Francia.—La vuelta de Santa Cruz.—El general Lizárraga.—Golpe de audacia de éste.—Santa Cruz desaparece de la escena 160

XXI

- El pastor del monte tiene dieciséis años.—Su venida a la Argentina.—Los consejos—El paso a Francia.—El adiós a la madre.—Un viaje que empieza mal.—El incidente

- del queso. — Al fin, San Juan de Luz. — En Burdeos. — Al lado del transatlántico. — Espíritu de adaptación del vasco. — La llegada al Plata. — En las postrimerías de la presidencia de Sarmiento 168

XXII

- Un vasco en la Argentina. — Oye hablar por la primera vez del general Mitre. — Libertad de prensa. — La elección de Avellaneda. — La revolución de 1874. — El fraude electoral. — 1880 y 1890. — Cien caballos para una revolución 177

XXIII

- El lloro de una joven al enterarse de que tiene un admirador que pide su mano. — Ilusiones que asaltan su espíritu luego. — Preparando el viaje. — Otro enamorado. — El campo argentino. — La europea se adapta al ambiente nuevo. — Acentos musicales vascos y criollos. — Desacuerdo de hermanos. — Confidencias de la madre a los hijos. — La comunidad de las Hijas de Jesús. — La reverenda Madre Cándida era de Andoain 182

XXIV

- De Andoain a Tolosa. — El burro de la casera. — La agencia de vapores de Sarasola. — La madre estalla en llanto. — Son las doce. — Frente a un albergue. — El consuelo de la soledad. — El prado de Igarondo txiki. — Sentadas en un banco de piedra. — El giro del hermano de América. — ¿Quién pagó el pasaje de mi madre? — Mi tío Manuel la acompaña hasta Burdeos. — Sus compañeros de viaje. — Llega a Buenos Aires 191

*Señora doña
Rebeca Garaico Echea de Gazzano.
Mar del Plata.*

Mi querida hermana:

*Tú has sido la que —en homenaje a nuestra madre—
ha querido con más devoción, que este escrito sea dado
a la imprenta y aparezca en forma de libro.*

*Por ti, y por nuestro excelente amigo el doctor Ramón
María de Aldasoro, fué también que el periódico Euzko-
Deya, bajo la dirección de otro común amigo, el señor
Víctor Ruiz Añibarro, publicó para la colectividad vasca
de la Argentina —en números sucesivos y durante casi
un año— la mayoría de los capítulos de este trabajo.
Oportunidad que nos sirvió para apreciar, por diversas y
muy gratas atenciones recibidas con ese motivo, todo el
interés que muchas personas pusieron en su lectura.*

*A raíz de esa publicación periodística, yo tracé cierta
vez unas líneas que decían esto: "Pero hubo algo más,
y es que este escrito, que no se creyó que iba alcanzar
la extensión que ha tomado, se inició en verdad como una
travesura literaria... De ahí que se noten ciertas defi-*

ciencias, en la ordenación del texto sobre todo, que después se prefirió no tocar. La idea de unos párrafos trazados al correr y para interesar a unos pocos solamente, se transformó luego en un propósito más ambicioso, cuando el autor advirtió que no sólo cabían acá los recuerdos familiares que se evocan, sino también algunos esbozos de ambientes vascos, tales como fueron vistos por unos ojos juveniles argentinos en años pretéritos, y para referir sucesos de antaño que fueron causa en su tiempo de la emigración de muchísimos vascos hacia nuestras playas."

Agréguese a esto la posibilidad de que haya, en nuestros días o en los de mañana, algún estudioso de cosas argentinas que encuentre, en la relación del caso particular que aquí se da, un elemento de juicio más para explicar cómo y por qué vinieron a estas pampas, en el siglo pasado, muchos de los ascendientes de sus actuales hijos.

Por todo esto y porque puede ser que nuestros sobrinos —tu hijo uno de ellos— quieran guardar estas páginas con cariño, en honor de sus abuelos principalmente, acepto, pues, la sugerión tuya de que, entre tanto papel impreso como se ve actualmente en el mundo que vivimos, vaya a la imprenta esto también.

Te abraza muy cariñosamente,

A.

I

Prolegómenos de una guerra civil. — Generalidades. — El hogar de mi abuela. — Peleas entre hermanos por razones políticas.

Era en Vasconia. Corría el año de 1873. Los clarines de la segunda guerra carlista se oían ya por valles y por montes. Los jefes de guerrillas y los grupos de levas de jóvenes para la causa revolucionaria —por buenas o por malas—, merodeaban por caseríos y por pueblos. Las pasiones políticas, las desgracias de España, en guerra por así decir endémica en Marruecos, donde los O'Donnell y los Prim ganaban entorchados y ducados; y en guerra en Cuba, adonde se mandaban soldados hoy y soldados mañana para sofocar en sangre las intentonas patrióticas de los cubanos para libertar a su país; las malas finanzas públicas, como consecuencia de todo eso; el malestar económico en los hogares, la falta de trabajo, la ausencia de perspectivas de un porvenir promisor para la juventud; unido todo a lo que era *vox populi* sobre escándalos en la Corte, con la corrupción que se achacaba a los de arriba —ministros y cortesanos— y su despreocupación por los de abajo, enardecía los ánimos y sublevaba las conciencias juveniles.

Había además de por medio cuestiones religiosas y dinásticas que se debatían públicamente, acaloradamente, en la capital del reino, en las ciudades de provincia y en los pueblos.

El contrabando de armas para la guerra civil, al través de la frontera francesa se realizaba en gran escala. Los sacerdotes vascos, muy influyentes siempre en el ánimo de aquellas gentes, en su mayoría eran carlistas, y estaban muy activos en el proselitismo por la causa del rey legítimo, como llamaban a don Carlos. En España había un gran malestar; un viento de fronda corría en la península por todas partes. La reina Isabel II había sido forzada a dejar el trono cuya ascensión a él, siendo una niña, había costado ya una cruenta guerra a España. Don Amadeo, el primer soberano en la península de la casa de Saboya, que Prim auspiciaba no pudo estabilizar su trono y abdicó apenas cumplidos dos años de su instalación en el palacio real de Madrid. La república que se implantó luego andaba a tumbos. Cuatro jefes del poder ejecutivo se sucedieron en once meses: Figueras, Pi y Margall, Salmerón y Castelar. El pretendiente, don Carlos, que sus partidarios proclamaron rey con el nombre de Carlos VII, conspiraba abiertamente.

El hogar de mi abuela, al igual de millares de otros, era teatro de escenas cotidianas de discusiones enardecidas en el seno de la familia. Mi tío Francisco era carlista; mi tío Manuel era liberal. Ambos rayaban en los veinte años. Mi madre que era la tercera en la familia, mucho menor que ellos, tenía once años.

Mi tío Manuel era liberal porque había sido liberal su padre, mi abuelo, fallecido hacía años. Mi abuelita, aunque de familia de carlistas —los Echaide de Zarauz fueron carlistas todos—, era contraria a éstos por coincidencia de sentimientos e ideas con su difunto esposo; lo era, además, por razón de desengaños y quebrantos que la primera guerra había traído a los suyos; y, por sobre todo, porque los carlistas eran los belicosos y hacían la guerra, y ella estaba imbuida de un profundo sentimiento cristiano de paz, sabedora como era por lo que había visto en su niñez en la guerra anterior, cuantas lágrimas y dolores traen estos conflictos a los hogares.

Mi tío Francisco era carlista por influencia de su confesor, el cura párroco del pueblo, y porque eran carlistas todos sus amigos, como lo era la mayoría de la población de Andoain.

Los dos hermanos que en otro orden de cosas eran tolerantes, trabajadores, generosos, buenos, razonables, en materia política, influídos por el hervidero ambiente y

el achuchar de las pasiones, no se podían entender; y en el empeño pueril de querer el uno traer al otro a sus ideas y viceversa, alzando la voz el uno y más el otro, terminaban con frecuencia en pugilato franco dentro de la casa.

II

Quién era mi abuela. — Una anécdota de su niñez. — Los Echaide. — La primera guerra carlista arruinó a su padre. — Su casamiento con un artesano. — La muerte prematura de mi abuelo. — La familia se quedó sin recursos.

He dicho que mi abuelita había sufrido quebrantos en la primera guerra. A este respecto y dada la parte muy importante que ella tomó en la venida de sus hijos al Río de la Plata, ha de ser oportuno que intercale aquí una anécdota, cuyo interés radica principalmente en la personalidad de uno de los actores. Este fué el famoso caudillo aquél de la causa del pretendiente don Carlos, en la primera guerra, el general Zumalacárregui. Parece que éste, en cierta ocasión después de sus felices campañas en Navarra, al pasar por Villabona, avanzando hacia San Sebastián al frente de sus tropas, en 1835, poco antes de dirigirse a Vizcaya y sitiar Bilbao, se apartó del camino acompañado de un ayudante y se dirigió a un caserío cercano. Llegado a él, sin desmontarse, preguntó a alguien en la puerta:

—Ume bat, Joaquina Fermina Echaide, emen al daukazute? (Una criatura Joaquina Fermina de Echaide, ¿la tenéis acá?)

—Sí, acá está —fué la respuesta.

Dice la anécdota que cuando se trajo a la niña —de edad de diez años— a presencia del general, éste la alzó en sus brazos y la besó con ternura. Esa niña, era la que con el correr de los años iba a ser la madre de mi madre; la misma de quien estoy diciendo que, radicada en Andoain, viuda, y con hijos en edad militar, se hallaba ahora, transida, inquieta, angustiada, faz a otra guerra, la de 1873-76.

Mi abuelita había nacido en Zarauz; era Echaide por su padre y Orcazaguirre por la madre. Era hija única. Su madre había muerto al nacer ella, y su padre hacía unos meses. Era huérfana, pues, y estaba a la sazón en Villabona con su abuela materna. El general Zumalacárregui era tío de ella en segundo grado, y el gesto de ternura que tuvo en esa ocasión fué porque la sabía huérfana.

Los Echaide de Zarauz son del mismo tronco que los Echaide de San Sebastián, y descienden todos de aquel don Juan de Echaide de quien la tradición, como sabemos, ha hecho un héroe de leyenda. Todos los que han estado en San Sebastián saben que Donosti ha honrado a ese marino ilustre, uno de sus hijos preclaros, dando su nombre a una de sus calles.

Mi abuela era heredera de un caserío en Zarauz, conocido por ser uno de los más ricos de la zona, pero del

que ella no tomó posesión por los censos que pesaban sobre esa propiedad, provenientes de deudas contraídas por su padre en favor de la causa política que defendía, que era la misma del general Zumalacárregui.

La hija pues, sin fortuna, y perseguidos y humillados los carlistas como lo fueron tras la derrota —las derrotas empezaron, como todo el mundo sabe, después de la muerte de Zumalacárregui—, no pudo aspirar a más que a un casamiento en Andoain con un hombre modesto.

Y ahora dos palabras sobre él antes de proseguir.

**

Mi abuelo se llamaba Francisco de Olariaga. Oriundo de Rentería y educado en San Sebastián, se había radicado en Andoain y tenía a la sazón, a mediados del siglo XIX, cuando se casó, un taller de zapatería de relativa importancia. Su calzado, conocido en la región por su buena calidad, se vendía en casi toda Guipúzcoa y Navarra. Tenía agentes de venta en Tolosa, en Azpeitia, en San Sebastián y en Pamplona. En su taller trabajaban normalmente entre quince y veinte oficiales, amén de suboficiales y aprendices que eran otros tantos.

El calzado en ese entonces, en gran parte, se hacía todavía a mano; así se explica que, en pueblos pequeños como Andoain, hubiera talleres como el de mi abuelo. La artesa-

nia no obstante, muy poderosa antaño, estaba tocada de muerte. La máquina de vapor, con los perfeccionamientos inherentes a ella misma, y la secuela de descubrimientos e inventos con fines industriales que vinieron luego, y que había de revolucionar como sabemos todos los medios de producción del pasado, se estaba difundiendo en España, al igual que en otros países, a paso acelerado. Y he ahí el drama de los que tenían industrias al modo antiguo.

Las famosas corporaciones de artesanos de la Edad Media, esos gremios poderosos —más poderosos en unas naciones que en otras—, cuyos estatutos, en lo que tenían de privilegios irritantes, merecieron la fulminación de los convencionales de la revolución francesa, estaban muriendo en realidad; pero más que por las leyes que contra sus organizaciones dictaban los congresos de tendencia liberal, por la evolución de las cosas y por el avance prodigioso sobre todo que se estaba operando en el descubrimiento y en el uso cada vez mayor de la máquina en reemplazo del trabajo manual.

Mi abuelo, en su modesta escala, fué una de las víctimas de esta evolución; y por eso, cuando murió, hombre joven todavía, se fué del mundo con la desolación en el alma de pensar que dejaba a sus seres más queridos en una situación de casi indigencia.

Su taller, para Andoain importante, había ido des-

cendiendo poco a poco en un proceso de crisis lenta que duró muchos años. Y así, despidiendo a un empleado hoy y a otro mañana, llegó el día en que aquel local grande, tal una colmena llena del rumor del trabajo de una treintena de personas, todo actividad antes, era un lugar frío, desolado ahora, donde él, con tres o cuatro operarios, los últimos en irse, apenas si ganaba para vivir con los suyos todavía con decencia. Pese a esto tuvo un orgullo del que no claudicó nunca: estos artesanos tenían muy a menos eso que llamaban el zapatero remendón —que aun hoy se ve en cualquier zaguán—; mi abuelo, según mi madre, pese a su pobreza en sus últimos años, no aceptaba en su taller un trabajo de componer un botín, poner una media suela o colocar un tacón.

Y no es que estos hombres —hablo de los artesanos— fueran, como se cree generalmente, de puro obcecados, insensibles al mundo nuevo que estaba surgiendo del maquinismo; espíritus retardatarios, como se les ha llamado, sino que, faltos de una buena información, vivían engañados en la fe de la propia valía y de la necesidad imprescindible que creían que la sociedad tenía de ellos. Así es como mi abuelo se negó, puede decirse, hasta la última hora a creer en la solidez, en la bondad, digamos así, de los artículos fabricados automáticamente. Y después, como consecuencia de esto, ese hombre parece que

pensaba, como todos los de su gremio, que aquello debía ser simplemente una moda y negaba porvenir a todo eso; pensaba en fin que la gente se desengañaría de esa pacotilla y volvería al calzado sólido, de alta calidad y precio, que salía de las manos de ellos. Ahí estaba el error. Pues, si bien era absolutamente cierto, que el calzado fabricado automáticamente al principio dejaba mucho que desear, la verdad es que los procedimientos de fabricación y las máquinas nuevas que salían, se estaban perfeccionando rápidamente, y el producto era cada vez mejor.

Así las cosas, para él la situación se fué empeorando; y luego, con la salud quebrantada, con la moral deprimida ante la evidencia de una situación desesperada, sin saber cómo salir del atolladero, buscando consuelo en el amor de los suyos, ese hombre que fué alegre, andaba ahora pensativo y triste; él, que era amigo de amigos, los rehuía ahora y buscaba, sino en la soledad, en la compañía de su mujer e hijos que, pequeños, jugaban en torno de su mesa de trabajo, el coraje de que tanta necesidad tenía para no desesperar.

Y un día, inesperadamente, sintió que le flaqueaba el corazón: era la muerte. Asistido de su amigo, el médico Machimbarrena, su compañero de colegio en San Sebastián, y el cura que estaba a su lado, en medio del llanto de los suyos, dejó el mundo.

III

Valentía de una madre. — Los prolegómenos de la segunda guerra. — Mi tío Francisco. — Discusiones en la casa. — El contrabando de armas. — Mi tío vuelve herido. — "¡Vete a América!" — El dinero para el viaje.

Pero Dios no abandona a sus criaturas. Mi abuelita se dió vuelta; se defendió con sus hijos contra las asechanzas de la suerte; pobemente, imponiéndose e imponiendo privaciones, luchando con honradez acrisolada siempre, con dignidad, venció y se impuso a todo. Sus tribulaciones de los primeros años, después de la muerte de su marido, pasaron. Sus hijos crecían; y aunque chicos algunos todavía, con el trabajo de los mayores y de ella misma, que puso un pequeño negocio de comestibles, vivían todos. Así es como se hallaba esta familia, como he dicho al principio, en aquellos días en que la segunda guerra carlista, la de 1873-76, iba a traerle nuevas complicaciones.

En los entreveros de ideas y choques que se producían entre mis tíos Francisco y Manuel —según recuerdos que conservo de referencias de mi madre—, en el debate cotidiano de cosas políticas, pese a lo desmesurado que han

de parecer estas cuestiones en boca de gentes de condición social humilde en un pueblo chico como Andoain, no era sino muy lógico, sin embargo, y hasta elemental la pasión que ponían, ya que la paz de las familias y hasta sus vidas, tal como andaban las cosas en España por aquel entonces, estaban en juego.

He dicho que el contrabando de armas, a través de la frontera francesa, se realizaba en gran escala. Los carlistas estaban dedicados de lleno a ese tráfico, a la vez que enrolaban e instruían clandestinamente a sus hombres para la guerra civil.

Mi tío Francisco, afiliado a los carlistas desde hacía algún tiempo, iba a las reuniones secretas de éstos, después de su trabajo diario, para deliberar y recibir directives. Los esfuerzos de la madre para desviarlo del camino de la guerra que había tomado, eran vanos; era inútil que, desesperada, con intuitiva inquietud de madre, le dijera a veces con enojo:

—¡Carne de cañón! Tú no serás más que eso: ¡carne de cañón! Todo lo que vas a conseguir con tu guerra es que vuelvas luego, un día, a mí y a tus hermanos, con un ojo menos, o con un brazo cortado o rengó, si es que vuelves; o tal vez vengas sangrando y arrastrándote, con algún miembro destrozado, o algo peor aún!

El énfasis con que la madre pronunciaba estas pala-

bras, su ceño de reproche amargo y su elocuencia simple y tajante, suficientes por sí solos para hacer vacilar a cualquiera, no bastaban, sin embargo. Todo era estrellarse contra la resolución firme de un soñador que se creía necesario a la causa que defendía, la de la ascensión de don Carlos al trono de España, y con ello salvar —según entendía él— a la religión en peligro, establecer un poder fuerte contra el desquicio reinante, terminar con la masonería, el liberalismo, la tolerancia, la libertad de prensa, la libertad de expresar las ideas, el himno de Riego, la Marsellesa, etc. etc. —ideas sobre las que iba a cambiar del todo al todo después, apenas pisó suelo americano— frases en boga entonces y que, en boca de sus dirigentes, no eran sino lógicas y naturales, ya que tenían que justificar nada menos que una guerra.

El joven guerrero, decidido a dar su vida por su rey, no entendía de sentimentalismos; pensaba que las razones de la madre no eran sino el fruto de su cariño por él y sus temores, efecto de la pusilanimidad, propia de mujeres. Sintiéndose ya héroe de una justa causa, no se dejaba doblegar por nada; ni cuando mi madre, la hermana pequeña, calladita hasta el último momento, intervenía ella también con sus lágrimas y sus súplicas, afligida de pensar que su hermano podría sufrir cualquiera de los accidentes que la madre le vaticinaba.

**

Hacía algunas semanas que en la casa se sabía que Francisco, encargado por su partido para trasladar armas de un punto a otro, con otros compañeros, salía de noche y volvía a deshoras de la madrugada o no volvía hasta un día o dos después.

Y en una de esas salidas ocurrió esto: vuelve a su casa de noche; llama a la puerta; la madre le abre, le nota descompuesto, desencajado, anormal en su talante; advierte que su modo de tenerse de pie no es el habitual; observa que su cuerpo no está derecho sino que se inclina a un lado, y ve que opriime su diestra ensangrentada contra sí mismo.

—¿Qué te pasa? —exclama inquieta— ¿Estás herido?

—Sí, madre —contesta él con voz desfalleciente.

—¡Pasemos, hijo mío! ¡Ven! ¡Vamos a tu pieza! ¡Haz un esfuerzo! ¡Tienes que acostarte!

Y mientras el herido camina, apoyado en la madre, articula unas frases más o menos así:

—Fué un bayonetazo... la guardia civil nos sorprendió... Pero me he salvado... No saben quién soy... ni saben que fuí tocado... He podido huir... No se aflija, madre... No es nada...

La herida efectivamente no era grave; era un puntazo

de bayoneta, algo profundo pero en tejido muscular solamente; no había interesado ningún órgano vital.

La madre le cura y le pide explicaciones. ¿Qué ha pasado? Muy simple: él y otros iban caminando con las armas al hombro; seguían la vía férrea; estaban llegando al túnel llamado de Andoain, que está sobre el pueblo mismo. En esto, alguno de ellos advierte que un piquete de la guardia civil está a la vista. La autoridad sabía efectivamente que se pasaban armas; sabía que éstas venían de Francia y eran llevadas a refugios o escondites preparados al efecto, y que se llevaban y traían de acá para allá para su distribución clandestina entre las guerrillas y los nuevos reclutas que se iban enrolando.

Esto que pasaba en Andoain, huelga decir, no era sino un detalle en el conjunto de los preparativos guerreros de toda una región del país; lo mismo que en Andoain se hacía en otros pueblos de Guipúzcoa, de Vizcaya, de Navarra, y en otras provincias, donde el espíritu revolucionario había entrado más hondo en el sentir del pueblo.

La guardia civil, pues, segura de estar frente a un grupo de jóvenes dedicados a ese tráfico, corre tras ellos. Estos tiran las armas y se desbandan. Mi tío corre al túnel y entra en él; la guardia civil, algo distante aún, después de hacer fuego con sus armas, corre al túnel a

su vez. El túnel de Andoain es largo, es ancho— ha sido hecho para una doble vía—, es curvo; a un centenar de metros de la entrada, es ya muy oscuro. Mi tío, muchacho ágil, de menos de veinte años, calzado livianamente con alpargatas, y que ya tenía ventaja sobre sus perseguidores, hombres más pesados que él, la aumenta rápidamente. Pero ¿qué le ha pasado? ¿Tenía miedo de que a la salida del túnel hubiera guardia allá también y tuvieran fin en ese punto sus afanes patrióticos? No lo sé. Pero es el caso que se decide por esconderse en el túnel mismo, en su parte más oscura. Sus perseguidores, que sospechan que se ha guardado allá, avanzan, pero les falta algo esencial: no tienen luz, van a oscuras. ¿Es que están desprovistos de fósforos? ¿Será que el viento que atraviesa el túnel normalmente les apaga los mixtos? ¿o es que éstos no alumbran bastante y que aunque resuelvan gastar muchas cerillas, éstas no aclararían lo suficiente para descubrir al fugitivo, en lo más oscuro, allí, en un hueco, hecho un ovillo? Muy probablemente.

La guardia civil, pues, avanza y busca al hombre dando bayonetazos a diestra y a siniestra; escrutan el suelo y las paredes, los ángulos, los huecos, con la punta de las bayonetas. Se detienen particularmente en las hendiduras, entre rieles y durmientes, donde creen posible se oculte el fugitivo. Este se ha acurrucado en un hueco efec-

tivamente, y tan bien ha disimulado su cuerpo que sólo con ojos muy abiertos y una buena linterna habría sido posible dar con él. Entretanto el joven, bien quedo en su escondite, cortada la respiración para no revelarse, espera a que, sin ser notado, sus perseguidores, que ya están allí, a dos metros de él, tanteando y chuceando todo, pasen y se alejen. Y pasan efectivamente, pero no sin que antes un guardia civil, le haya dado un puntazo con su bayoneta. De más está decir que él aguantó el dolor, y se cuidó muy bien de acusar el impacto con la más leve queja. Sabía de sobra lo que la menor debilidad de su parte en aquellos momentos le podía costar. Continuó allí hasta que llegó la noche; y salió entonces para dirigirse, goteando sangre, paso a paso, hasta su casa.

**

Pasado el primer susto, y seguros todos de que la herida no comprometía su vida, fué la ocasión que aprovechó la madre para ensayar un último recurso ante el hijo:

—Mira, Francisco —le dijo en un vascuence suave y maternal— estas cosas no pueden continuar así.

—¿Y qué puedo hacer? —contestó él.

—Vete a América —propuso ella.

—¿A América? —repitió él, iluminándose los ojos.

—Sí, a Buenos Aires.

—No conocemos a nadie allá —dice él, tentado, pero resistiéndose algo todavía.

—Hay otros de acá que se han ido antes y es probable que al irse tampoco conocían a gente alguna allá.

—¿Y el dinero para el viaje? —arguye él.

—Yo me encargo de eso; lo conseguiré —contesta la madre.

—Está bien. Acepto, mamá. Me iré a América.

Al día siguiente, la madre está ya en campaña para procurar el dinero que necesita su hijo para el viaje. Va primero a ver a Machimbarrena, el médico, el amigo de su difunto esposo, que fué para ella en sus horas difíciles, el noble y leal consejero en quien halló siempre comprensión, respeto y palabras de estímulo. Machimbarrena aprobó la idea; era lo que ella quería; no fué a él por otra cosa; deseaba tener en su aprobación la seguridad de que no iba a hacer dar a su hijo un paso equivocado. Acto seguido se dirigió a un tal señor Gaztañaga—al que todos llamaban familiarmente Bashtero—, persona conocida por su posición holgada, padre de familia, hombre honorable, conocido de ella y de su difunto esposo.

El buen vasco, después de oír las razones de la noble mujer, le dió los 80 duros que necesitaba, sin interés y sin poner fecha para su pago. Quedó convenido que el

emigrado giraría de América ese importe apenas ahorrara acá lo suficiente para ello.

He ahí el punto de partida de la venida de todos los míos, por la rama materna, al Río de la Plata. Ya se verá en las líneas que siguen, cómo la familia que quedaba iba a salvar las dificultades más grandes para vivir, que iban a surgir luego, por efecto del recrudecimiento de la guerra en sus tres largos años que duró; y se verá también cómo, casi diez años después de la venida del hermano mayor, mi madre, ya señorita, sonriente y graciosa en la esbeltez de sus veinte años, comprometida a mi padre que había llegado al Plata un año después que mi tío, iba a embarcarse ella también rumbo a esta Argentina, que ahora, sus hijos, llamamos orgullosamente nuestra patria.

IV

La guerra.—Los carlistas le llevan el otro hijo.—Dificultades para vivir.—Mi abuela y el alcalde de Andoain.—Lo que fueron estos funcionarios en esa guerra.—Llavera de la alhóndiga.—La familia de los Larreta.—Los dos duros de la madre.—La niña mensajera.—El llanto del soldado.

Pero la guerra, ayer como hoy, tiene cosas imprevisibles siempre. No sé qué pensador moderno ha dicho —refiriéndose al optimismo del kaiser Guillermo II y de sus generales, en vísperas de la batalla del Marne, que había de serles fatal—, que la guerra es siempre un error de cálculo. Y esto que entendía que era verdad aplicado a estrategos, a reyes, a mariscales, en las grandes guerras, lo es igualmente si se mira bien aplicado a las guerras chicas, y aun a las cosas mínimas de la vida diaria de cada uno de los simples y humildes mortales que somos todos.

Mandado a América su hijo mayor, mi pobre abuela, calculó que así salvaba de un peligro inminente de muerte o de invalidez por toda la vida, al más expuesto de sus hijos. ¡Qué poco se imaginó que los carlistas, defraudados, iban a acusarla de haber provocado una deser-

ción en sus filas e iban a venir a su casa a quitarle en represalia a su otro hijo, el segundo, el más querido por ella, mi tío Manuel, que, pese a su tendencia política contraria, hubo de vestir así, antes de lo previsto, el uniforme carlista para llenar el claro que dejó su hermano!

El pobre hogar desmantelado, falto del apoyo material al que los dos hijos mayores concurrían con su trabajo, pese a la escasez de éste y a lo poco que ganaban, quedó de pronto ante las perspectivas más sombrías. El pequeño negocio de comestibles de mi abuela, falto de mercadería, pues todo lo llevaban los soldados y se dejaba muy poco o nada para la población civil, no le producía lo suficiente para el sustento de su reducida familia. ¿Cómo se amañó?

Hay circunstancias en la vida que dan ocasión mejor que otras para poner de relieve a veces el temple moral de una persona. ¿Abandonó la batalla? ¿renunció a la lucha? ¿pisoteó su dignidad, confesándose vencida, y arrastró su decoro por los suelos para mendigar un pedazo de pan? No, señor. Imitando, sin saberlo, a aquel convencional célebre que, en vísperas de la batalla de Valmy, exclamaba: “¡Audacia! ¡más audacia! ¡siempre audacia! ¡y salvaremos a nuestra Francia!”, así también la sencilla mujer de quien estamos hablando echó mano

de un recurso que no podrá negarse que requería coraje. El alcalde de Andoain era conocido por su tendencia carlista; él y otros fueron los que le quitaron su hijo Manuel; mi abuelita, hija de un carlista notorio de la primera guerra, era conocida y hostigada actualmente por no sentir simpatía alguna por esa causa.

Ir a verlo al alcalde en esas condiciones, para exponerle sus cuitas, era exponerse a sufrir un cruel desaire, si el funcionario no se conducía con todos los miramientos debidos, como es frecuente en estados de guerra y aún de paz, cuando la pasión y el partidismo enceguecen el espíritu y hacen parcial al hombre. Mi abuela sabía perfectamente esto, pero no se arredró por ello; se fué a la casa consistorial y pidió hablar con el alcalde personalmente.

En un pueblo chico es bien sabido que no ya sólo las caras se conocen todas, sino también el modo de ser, diremos así, íntimo de cada habitante del pueblo. Llevada a presencia del jefe de la comuna, mi abuela, en su vacuence habitual, le dijo en substancia esto:

—Señor alcalde, ¿tiene tomada la autoridad municipal las medidas necesarias para que nuestros niños tengan de qué comer durante esta guerra y las madres podamos estar tranquilas de que no se nos van a morir de hambre?

El alcalde, como he dicho antes, tenía su ideología

política en la que era intransigente y estaba de lleno dado a servir la causa guerrera de los carlistas, pero era también hombre de corazón; conocía perfectamente a la mujer que tenía delante suyo; sabía que esa madre no había dado el paso que daba cerca de él, no teniéndole simpatía alguna como era notorio, si una razón muy fuerte no la hubiera incitado a ello; sabía de su noble origen y que, pese a las durezas de la vida, conservaba el empaque de una altivez digna; sabía, en fin, que a esa mujer no se la podía echar de allá de cualquier manera, sin que después recayera sobre él la sanción de desprecio y mengua de autoridad, en proporción a su inconducta, ante todo el pueblo.

El alcalde la escuchó, pues, con respeto; guardó silencio un momento antes de contestarle, y departió con ella luego con esa ecuanimidad de buen hombre y de buen padre que era él mismo. Hubiérase dicho que la voz de la noble mujer resonó en sus oídos como el clamor de cien otras que no tuvieron la lucidez espiritual o el valor de presentar así, con esas precisas palabras, el drama que estaban viviendo en Andoain todas las madres y todas las esposas, cuyos hijos y maridos les habían sido arrancados para la guerra civil.

Ese alcalde, al igual de la mayoría de sus colegas vascos en otros pueblos, era y se sentía, como se ve, más que

partidario de una causa que podía ser buena o mala, por encima de todo, vasco y más que vasco, en su función de jefe de la comuna, hijo de su pueblo. Esta es la ventaja de tener en los municipios —y lo digo como ejemplo, para nuestra República Argentina, donde los poderes públicos nacionales, provinciales y municipales, son ejercidos frecuentemente por extraños—, en los cargos de cierta responsabilidad, a hijos del lugar; a gente que se conoce, que habla la misma lengua y cuyo sentir íntimo se comprende a veces sin necesidad de palabras; a gente con quien se convive, que se quiere y se respeta, sean cuales fueren las disensiones pasajeras que existen con frecuencia en la vida algo compleja y no siempre fácil de las personas.

**

Se ha dicho que el pueblo de Andoain, por su situación geográfica en el línde mismo de los bandos en lucha —carlistas por un lado y gubernistas por otro—, fué uno de los del país vasco que sufrió más en las dos guerras; los carlistas dominaban los montes, en tanto que los centralistas del gobierno ocupaban las ciudades. San Sebastián, en ambas guerras fué un bastión de los gubernistas, pues esa plaza, cortada muchas veces en sus comunicaciones por tierra, podía y era abastecida fácilmente por mar. Así es como las guerrillas carlistas, dueñas de

los montes y de los pueblos circunvecinos, tenían en Andoain, por su proximidad con San Sebastián, uno de sus baluartes.

Los alcaldes de los pueblos chicos, como en el caso que cito, pese a ciertas críticas asaz severas de que se les ha hecho objeto alguna vez por su partidismo obcecado, fueron no obstante en la mayoría de las veces la providencia de estos pueblos. Esos hombres hicieron en general, en situaciones muy difíciles casi siempre, pues no eran a menudo sino simples juguetes en manos de otros, todo lo que pudieron para mitigar los sufrimientos de la población civil, proveniente principalmente de odios desatados, de estados de inquietud y de temor inevitables en personas indefensas, y por la falta de todo: no había trabajo, faltaban materias primas, no había dinero —los que lo tenían se habían escapado—, no había víveres, no había ropa...

El hecho es que, con su paso cerca del alcalde, en el momento muy oportuno en que lo hizo, y gracias al espíritu de comprensión que halló en éste, mi abuela consiguió, aparte el alivio moral que su correcta conducta con ella significó para su tranquilidad, que la municipalidad la restableciera en la función de llavera de la alhóndiga de Andoain que se le había quitado. Este cargo, que tenía desde poco antes de fallecer su esposo, y que

no le daba trabajo propiamente —ya que la alhóndiga solía estar cerrada y los que necesitaban las llaves venían a ella a buscarlas a su negocio—, constituía no obstante una fuente de entrada, muy modesta naturalmente, pero que agregada a sus otras entraditas normales, le permitía equilibrar mal que bien su pequeño presupuesto doméstico.

Por otra parte, hubo otro recurso que la favoreció también. Ella tenía una amistad vieja que cultivó siempre con la familia de Larreta, de Azelain, casa solariega de donde son originarios los actuales Larreta y Rodríguez Larreta de la República Argentina. El jefe de esta familia, don Buenaventura, una buenísima persona, le pidió un día que mientras durara la guerra, se encargara ella en su negocio de Andoain, de percibir pagos que algunos caseros de allá oblaban periódicamente a esa casa, por concepto de leña que extraían de bosques pertenecientes a la misma. Huelga decir que mi abuela aceptó el encargo encantada; y así, mediante la pequeña comisión que con esto pudo agregar a sus otros renglones, logró crearse una situación casi, diríamos, privilegiada en medio de aquel caos. Tanto que pudo abrir su mano y su corazón ahora para algo como esto que voy a referir: Cierta vez, allá por 1874, un año después aproximadamente de la venida a América de mi tío Francisco, parece que mi abuela llamó aparte a su hiji-

ta mayor, la que después iba a ser mi madre, niña de doce años por ese entonces, y le dijo:

—Mira, Josefa; en este pañuelo he envuelto dos duros. Toma; es para Manuel. Tienes que ir al monte donde está y dárselos de mi parte.

Le indicó el camino que tenía que tomar y a qué lugar de un monte cercano debía dirigir sus pasos, para hallar a su hermano Manuel que, con su batallón ocupaban las alturas allá, impidiendo con sus guerrillas todo movimiento de las tropas del gobierno por Hernani y Urnieta, en el valle del río Urumea.

La niña, vivaz, decidida, inteligente, comprende en el acto la misión delicada, pero muy grata a la vez para sus sentimientos íntimos, que su madre le encomienda. La idea de que va a tener ocasión de ver a su hermano Manuel, después de muchos meses de ausencia, y de que va a poder abrazarlo, da alas a sus pies y camina como una gacela impávida durante horas enteras en la dirección que se le ha señalado; de tanto en tanto se encuentra con caseras, con caseros de los montes y puestos de soldados a los que pregunta si va bien por el camino que lleva para llegar al punto donde acampa la tropa donde está su hermano. Ella es una niña, tiene sólo doce años, los hombres de tropa son vascos, son creyentes, son respetuosos, hay disciplina: eso basta. La

niña llega a su hermano sin ningún contratiempo. Al verse ambos, al reconocerse, corren el uno al otro y se estrechan en un abrazo largo y emocionado.

Como en esa malhadada época, para toda esa pobre gente, las malas noticias eran lo normal y las buenas la excepción, el soldado presente en el acto, al ver a su hermana, que es seguramente alguna desgracia acaecida en su casa lo que la trae; pero la niña no le da tiempo para que vaya muy lejos en sus presentimientos sombríos, pues a la pregunta:

—Gure ama nola dago? (¿Cómo está nuestra madre?), ella contesta entregándole el pañuelo con las diez pesetas de que es portadora para él de parte de la santa mujer.

Manuel, al ver ante sus ojos esa prueba más de la solicitud materna, sabiendo toda la pobreza y desolación en que quedó la pobre familia al ser llevado él, e imaginando todo el esfuerzo de economía heroica, de facultad creadora, de virtud y de amor, que esos dos duros representaban, parece que, sin fuerzas para tenerse de pie ni para articular una sola palabra, se sentó en una piedra y, contrariamente a lo que pensaba la criatura de que le traía una gran alegría, no pudiendo contener sus lágrimas, rompió a llorar sollozando convulsivamente.

Y luego, secados los ojos y serenado el ánimo, charlaron un buen rato de cosas del hogar.

V

A mi tío Manuel lo traen herido. — Tratamiento médico que se daba a éstos. — El caso del general Zumalacárregui. — Dominguito. — El herido habla por entre los vendajes. — Un carácter de hombre. — La vuelta al frente. — Referencias sobre penurias de la vida en las trincheras.

Pero esa situación de tranquilidad relativa que supo crearse la hacendosa mujer, adaptándose a las circunstancias, en aquel ambiente de inseguridad en todo y de inquietud, habría sido un milagro que se hubiera prolongado mucho.

Así es cómo, algún tiempo después de la escena que he referido de los dos duros, ocurrió que un grupo de soldados baja del monte y llega a Andoain trayendo a un herido. Se detiene frente a la puerta del negocio de mi abuela, y se oye una voz que dice:

—Au da etxea. Emen da. (Esta es la casa. Aquí es.)

Esa era efectivamente la casa que buscaban. No es menester mucho ingenio o sentido psicológico en quien, analizando estos hechos, se ubique un momento en la situación de los actores, para imaginar la angustia, la ansiedad que ese espectáculo haría nacer en el acto en

aquella madre y en los niños todos de la casa que salen corriendo para inquirir qué es lo que significa todo ese aparato. Mi pobre abuela no necesitó por cierto ir lejos en sus averiguaciones; su corazón ya le estaba diciendo, con la opresión que sintió al instante al ver a esa gente, que el herido allí tendido en unas parihuelas, con la cabeza cubierta de vendajes, no podía ser otro que su hijo Manuel. Y mi madre, la niña de entonces, aterrada, conteniendo a los otros hermanos más chicos que ella, Nemesio, María y Lorenzo, sintió también que aquel hombre, sin equívoco posible, era Manuel, su hermano; el mismo a quien hacía unas semanas había ido a llevarle en dos monedas gruesas de plata la prueba del cariño materno y de ella misma.

**

El caso de un herido que es llevado a su domicilio propio no era general en esas guerras, pero sí frecuente; y sobre todo cuando sus familiares vivían cerca. Por otra parte, en estas guerras civiles, hechas con escasísimos recursos y en base a un pedido constante de sacrificios a los soldados y a la población civil, en una época en que la medicina, comparada con lo que es hoy, estaba muy atrasada, sería pueril pensar que los carlistas dispusieran para sus soldados algo que fuera ni la

sombra de los elementos sanitarios de que disponen, por ejemplo, en la guerra mundial actual, los ejércitos de las grandes potencias.

Para mostrar la pobreza franciscana y la escasez de recursos de todo orden con que se hicieron esas guerras, y para que esto se vea más patente en una persona de esa época altamente colocada, me voy a permitir citar, como ejemplo, el caso del general Zumalacárregui, al ser herido en Begoña, en la primera guerra: Este hecho ocurrió, como sabemos, en momentos en que el general inspeccionaba la instalación de una batería de cañones para atacar Bilbao. Dice el informe, cuyo texto tengo a la vista en estos momentos, que al llegar el médico el general estaba desmayado; que tras rebuscas inútiles en la cabeza y en el pecho, al fin halló la herida "por un agujero que vió en el pantalón rojo..." Una bala de fusil, efectivamente, le penetró en la pantorrilla, rozó la tibia y se desvió en su trayectoria, dificultando así la tarea de ubicar el proyectil para extraerlo. Por razones diversas, que el médico explica en su informe, se decide al fin a curar la herida, dejando la bala donde está, sin extraerla. Entretanto el herido ha sido llevado a Durango. En esta localidad recibe a los generales Iturrealde y Villarreal, y es visitado por su rey, don Carlos, que está instalado allí con sus ministros y algunos palaciegos.

Zumalacárregui, que no tiene fe en el médico que le atiende, hace llamar a Petriquillo, un curandero, paisano suyo, a quien conoce y en cuya experiencia tiene más confianza que en la ciencia médica de entonces (1). Por otra parte, el general, que es un hombre de mucho carácter, inquieto, de genio vivo, a quien ni el propio don Carlos contrariaba sin exponerse a alguna genialidad suya de las más bruscas, se hace llevar en una cama —transportada en hombros por sus soldados—, a Villarreal, de Villarreal a Vergara, y de Vergara a Ormaiztegui, su pueblo natal. Total tres días de marcha. Y como si eso fuera poco, no sintiéndose bastante cómodo allí, ese mismo día ordena que se le lleve a Cegama, dos leguas más lejos, para alojarse en la casa de una prima suya, que es donde va a morir. Zumalacárregui falleció, efectivamente, el 24 de Junio —fué herido el 15—, por efecto del balazo más absurdo, en la parte de su cuerpo donde la herida no podía ser mortal nunca, si los recursos de la medicina, aun entonces, se hubieran aplicado debidamente.

Cito este caso, como he dicho antes, por tratarse de quien era el vasco ilustre, y a título de ejemplo, para mostrar que, si para un general en jefe no había más elementos —ni una ambulancia siquiera—, ¿qué podemos imaginarnos que tendrían los soldados en materia

de hospitales y servicios médicos en esas guerras? En Cegama no había ni botica, y para traer un calmante, en el último día de vida de Zumalacárregui, un ordenanza caminó una legua para ir hasta el pueblo de Segura, y recién dos horas después, estuvo de vuelta con el remedio para su general, que estaba entrando en estado agónico.

Cuando uno lee un informe médico de esos tiempos, como este que digo sobre el caso de Zumalacárregui, aun a pesar nuestro, la imaginación nos lleva a los galenos de la época de Luis XIV, que Molière ha ridiculizado tan mordazmente en sus comedias. En Puente Nuevo o poco antes, a Zumalacárregui le aplican un apósito llamado "Legítimo bálsamo de Malast"; en Durango el médico ordena que se le coloquen sanguijuelas alrededor de la herida; y horas después, como el general se quejara de dolores persistentes aún y estuviera desasosegado, el médico ordena nuevamente que se le apliquen sanguijuelas en la pantorrilla; Petriquillo, en Villarreal, adonde llega con toda diligencia, salvando montes y valles apenas supo que se le llamaba, le fricciona la pierna herida con una untura de su composición; y en la herida, que no es sino el pequeño orificio de entrada de la bala, le aplica un bálsamo él también, el cual esta vez se llama de "la Samaritana", y le envuelve la pierna con un ven-

daje empapado en vino. En Cegama, en el último día, como remate de todo, después de otra aplicación de sanguijuelas que ha ordenado el médico, se procede, *in extremis*, a extraerle la bala en una operación larga y cruenta —ya que entonces no se disponía aún de ese aliado precioso de la cirugía moderna que es el anestésico—, con renovadas pérdidas de sangre; operación que dirige Petriquillo, secundado por un tal Teodoro Gelos, cirujano de cámara, enviado por el estado mayor, y un tal Beloqui, a quien llaman profesor. Naturalmente, Zumalacárregui murió.

Pero el cuadro de la muerte del caudillo, ya que me he extendido sobre este punto, sería incompleto si no agrego al estado de atraso de la ciencia médica, otra dificultad que hubo para su tratamiento racional, y es que Zumalacárregui, postrado y febril, desatendiendo consejos reiterados, no quiso abandonar durante todo ese tiempo la conducción superior de la guerra, recibiendo a generales, oficiales de estado mayor, ayudantes, delegaciones provinciales, municipales, curas, monjas, amigos, etc., en un trajín de entradas y salidas en su aposento, interminable. (2)

Todo esto que digo tocante al general, ocurría en 1835, pero la verdad es que en 1873-76 no se estaba mucho más adelantado en esta materia, sobre los cuidados a

tenerse con los heridos. Los soldados que recibían un balazo en el campo de batalla entonces, como aun hoy mismo, eran socorridos en primera instancia por sus camaradas de cuerpo, cuando se podía; y cuando no se podía —cosa que ocurría y ocurre a menudo—el cuerpo del caído sangra, solo y abandonado en el campo de la acción, sin socorro alguno. Así era en Europa, en las guerras que ha habido y hay, como lo era también en nuestra América, cuyas páginas de historia están llenas de ellas. Dominguito, el hijo adoptivo de Sarmiento, ese joven preclaro, una de las esperanzas de la generación de Carlos Pellegrini, de Miguel Cané y de tantos más, en la guerra del Paraguay, murió desangrado. Una herida en el talón de Aquiles, en la batalla de Curupaití; eso fué todo. La lesión, en sí, no era grave, y no habría tenido las consecuencias fatales que tuvo, si se le hubiera podido socorrer a tiempo.

**

Mi tío Manuel tuvo, pues, la suerte de hallar compañeros que en seguida pudieron prestarle auxilio. Puede decirse de él que fué un privilegiado. Y eso de tener a una madre cerca, para atenderlo y cuidarlo, y a una hermana, que ya empezaba a ser grandecita también, era tener una suerte de la que no todos disfrutan en la guerra.

Pero mi tío Manuel, que yo he conocido y tratado mucho después, ya hombre maduro él, cuando mis padres me llevaron al país vasco, era uno de estos caracteres preciosos de hombre. Al reconocer a la madre, al oír su voz, y por entre sus vendajes que le impiden ver y hablando con dificultad, pues las heridas en la cara le impiden articular bien las palabras, dice:

—Ez bildurtu, ama. Ez da ezer. Etorri, ama, etorri. (No se aflija, madre. No es nada. Venga, madre, venga.) — y alza sus brazos para estrecharla en ellos.

Todo dicho y hecho en tal tono y en tal forma, que instantáneamente renace la vida en todos, en la humilde familia. Por lo menos quedaban enterados de que no era un muerto lo que allí traían y de que ese herido tenía brazos todavía para estrechar a los suyos, y, mal que bien, podía hablar. Conociéndolo, como he conocido yo después a mi tío, y recordando su modo de ser peculiar, su buen humor de siempre, su llaneza, comprendo que aquel hombre, aun en tales circunstancias, herido, necesitado de asistencia, siendo una carga, ese hombre, cuyo amor a los suyos y lealtad no se podían poner en duda nunca sangrando, sin fuerzas, era aun así, en medio de aquella desvalida familia, una potencia, un estímulo, una razón de ser, un aliciente para todos, que disipaba las caras acongojadas en chicos y gran-

des, y hacia renacer en el acto el coraje, la fe, la confianza.

Felizmente, la herida de mi tío, impresionante para los ojos por las desgarraduras carnosas en pleno rostro, no era grave, dentro de la relatividad en que todas las heridas, hoy consideradas sin gravedad, lo eran entonces. Una granada de los gubernistas estalló a dos pasos de donde estaba él; la explosión se produjo sobre unas bolsas de harina en el vivaque del batallón; un fragmento ha despanzurrado una de las bolsas, que horas después se iba transformar en pan para la tropa, y ha venido a darle en la cara, lacerándole cruelmente toda la mejilla. Por suerte, el trozo de granada, amortiguada su fuerza por la bolsa de harina, no la tenía bastante ahora para destrozarle la cabeza y matarlo. Ha sufrido una fuerte conmoción y una hemorragia que se contuvo a tiempo; eso es todo. Un mes después mi tío ya estaba en condiciones de volver a ocupar de nuevo su puesto de soldado.

**

Yo he oído a veteranos que sirvieron en Francia durante la guerra mundial de 1914-18, al hacerme confidencias sobre las penurias que hubieron de sufrir en el Yser, con los pies en el agua durante días enteros, en pleno invierno, en Verdun y en el Aisne, con lluvias que

no cesaban, en trincheras llenas de barro; de cómo se lamentaban después de estar algún tiempo en la retaguardia, en los hospitales y en los hogares —por razón de alguna herida leve recibida en duelos de ametralladoras o de cañón con el enemigo—, para volver nuevamente a aquella vida de trogloditas en el frente; se lamentaban, me han dicho, de que su herida no les hubiera invalidado alguna vez del todo, arrebatándoles una pierna, un brazo, un ojo, para librarse de esa tortura. Y el que más escuché yo, para anotar el detalle por lo que tiene de interesante, en confesiones íntimas de esta clase, no era ningún cobarde o un mal patriota como podría pensarse, sino simplemente hombres de carne y hueso que dicen así, sencillamente presentándonos su caso, cómo a veces la persona humana flaquea cuando se pide de ella más de lo que puede dar. Eran hombres nada más, que habían llegado al límite de sus fuerzas; y eran muchos los que estaban cansados de esa vida en las trincheras, en meses y años interminables.

En la guerra carlista de que hablo, mi tío también, una vez curado, hubo de volver a su regimiento. No es para decir —ya que esto todos lo adivinan—, con cuánto disgusto y contrariedad habría rehecho así el camino de la montaña, para presentarse otra vez a sus jefes, y para continuar sirviendo en una causa que no

era la de sus convicciones y a la que acusaba interiormente de haber traído a los vascos, sólo males.

(¹) Estos Petriquillo, cuya fama de osteópatas ha pasado de padres a hijos, desde varias generaciones, eran conocidos en Tolosa, cuando el autor de estas líneas ha vivido en esa villa en su infancia.

(²) He aquí los párrafos esenciales del informe a que aludimos, según aparece en la *Historia de España* de Miguel Morayta:

"... a mi llegada —habla el médico— encontré al general sin conocimiento en una de las salas del precitado edificio, sentado en una silla, sostenido por varios oficiales de estado mayor, y rodeado por algunos otros. Pedí en seguida un vaso de agua fría, que le tiré sobre el rostro y con este estímulo volvió en sí entreabriendo los ojos.

"... explorando todo su cuerpo y con particularidad la cabeza, pecho y vientre, nada encontramos, y como el general aún no hablaba, seguimos examinando el resto del cuerpo. Por fin hallamos un agujero del tamaño de una bala de fusil en el pantalón rojo, y examinada la pierna derecha vimos el mismo agujero en el tercio superior y parte anterior e interna de aquélla, rozando el borde interno del hueso de la tibia a la distancia de dos pulgadas poco más o menos de la articulación femorotibial, o llámese rodilla.

"En este momento empezó a hablar el general, manifestando un vivo deseo de que se le sacase pronto de aquel punto, lo que se verificó en seguida con inminente riesgo suyo... Por fin llegamos a una casa como a mitad de camino de Begoña a Puente Nuevo, en donde nos detuvimos por la comodidad y seguridad que ofrecía. En este punto le coloqué en un colchón en el suelo, se le descosió el pantalón, se le quitó la bota y reconocí la herida. Era ésta, en efecto, de bala de fusil, habiendo penetrado por el sitio que se ha dicho ya.

"... propuse en aquel momento su extracción. El general y los que le acompañaban se opusieron abiertamente a una operación...

"... Pero mi responsabilidad cesó desde el momento que se manifestó tan tenaz oposición, oposición invencible si se atiende al genio del paciente, y al convencimiento que adquirí después de que desde aquel momento se fijó su imaginación en el curandero Petriquillo, Gelos y otros de esta ralea que lo curasen.

"Al ver mi insistencia sobre la necesidad de proceder a la sustracción de la bala, se me preguntó si la permanencia de ella en aquel punto produciría algún peligro, a lo que contesté que no, pues en ésta y otras muchas campañas se ha visto a muchos sujetos vivir con balas dentro de su cuerpo... En virtud de esto, se me dió por el intendente Zabala un pomito, que según me dijo, contenía el legítimo bálsamo de Malast, y lo apliqué al general, colocando en la herida una planchuela empapada en dicho bálsamo, su compresa, y cubriendo el todo con su correspondiente vendaje circular. Se colocó al general en unas parihuelas con dos colchones, dió sobre la marcha algunas instrucciones al general Eraso, a quien confirió el mando del ejército, y llegamos a Puente Nuevo. A aquella hora, pues serían las diez de la mañana, el calor se hacía sentir con notable fuerza, y como manifestase el general que iba bastante incómodo en dichas angarillas, se le trasladó a una cama de sofá, que se sacó al efecto de las tres hermanas, colocando un toldo blanco encima para que no le molestase el sol; se le preguntó entonces que adónde quería marchar, y contestó que a Durango...

"... Apenas llegamos a esta villa, entrada la noche, nos dirijimos al antiguo alojamiento del general, poniéndole con toda comodidad en la mejor habitación. Instalado en ella, y después de un rato de descanso, le ordené una sangría que en seguida fué hecha, y, además,

el uso de la horchata de las simientes menores. A poco rato vino un ayudante de don Carlos, diciéndome pasase a palacio, pues se hallaba a la sazón el cuartel real en el indicado pueblo...

"...A media noche llegaron los generales Iturrealde y Villarreal, con los que habló el herido un rato, dándoles instrucciones. A este último, que me habló después, en la sala inmediata, tuve ocasión de manifestarle mis temores. Se marcharon luego, y el enfermo estuvo mucho tiempo descansando; disfrutando de un sueño harto tumultuoso e inquieto. Oyósele hablar contra el ministro Cruz-Mayor y sobre la colocación de las baterías y cañones;... les manifesté mi dictamen, reducido a volverle a evacuar otra sangría, y conforme todos en su necesidad, se le hizo en seguida...

"...Apenas salió el rey de la estancia del enfermo, ordenó éste la salida que se verificó al momento. Llegamos a medio día a Villarreal, donde descansamos, en cuyo pueblo nos alcanzó el curandero Petriquillo con el cura Zabala.

"Se presentó al punto al general, cuyo semblante animó una ligera sonrisa de esperanza al ver al hombre que, en su concepto, le había de curar. Acto continuo, el curandero empezó a ejercer sus funciones. Le quitó todo el apósito que se le había puesto en las inmediaciones de Bilbao, sustituyó una fuerte untura que él mismo le dió con manteca, y cuyas bruscas fricciones principiaban en la cadera y terminaban en el pie, hecho esto cubrió toda aquella parte con una venda ancha empapada en vino, colocó en la herida una planchuela con bálsamo samaritano y envolvió todo con un vendaje particular que él mismo cortó de una sábana. El general sufrió todas estas operaciones sin dar ninguna señal de dolor en la parte afectada.

"...manifesté mis temores a uno de los ayudantes de Zumalacárregui, llamado don Pedro Ceces. La noche se pasó más o menos

como la anterior, se me preguntó qué régimen dietético se debía seguir, y contesté que dieta rigurosa y la limonada gomosa a pasto.

"En la madrugada del día siguiente 17, continuamos la marcha, tomando la carretera de Francia y llegamos a mediodía a Ormaiztegui. Aquí, después de la triste entrevista del general con sus pacientes, descansó un rato del calor que había sufrido en el camino hasta que habiendo repetido Petriquillo la cura que había hecho en Villarreal, se produjeron con más fuerza los dolores. A la caída de la tarde nos pusimos en marcha, y salvando las dos leguas que nos faltaban, llegamos a Cegama en muy buena hora. Allí se le colocó en una buena alcoba de la casa de su prima, y se le dejó descansar.

"...Congregados en junta aquella misma noche Gelos, Petriquillo y Beloqui, convinieron unánimemente que lo primero que debía hacerse, era practicar un reconocimiento en la herida, lo que efectuaron a pesar de mi oposición. Varias veces introdujeron la sonda sin otro fruto que el de martirizar al enfermo, aumentando nuevos dolores a los que ya tenía; pues habiendo tomado el proyectil primero una dirección recta y después oblicua, no era tan fácil como les parecía dar con su verdadera posición, tarea que dificultaba más la inflamación que había empezado a manifestarse en toda la circunferencia. Esta tercera tentativa, más ruda que las anteriores, fué causa de que pasase el general una noche más tormentosa; pues estuvo continuamente desvelado, con la lengua seca y encendida, con sed inextinguible, mucho desasosiego, y la orina escasa y ardorosa.

"...Y por último les indiqué, que para combatir en una tanto como en otra, era de absoluta necesidad emplear con la mayor urgencia modos energéticos; pues si se atendía solamente a la herida, los demás síntomas se agravarían en términos de declararse con suma facilidad una fiebre gastro-entero-encefalitis, o sea adinámico atáxica

que comprometiese su existencia, y que respecto a la bala no debía darnos ningún cuidado por el sitio que ocupaba y por las partes que había interesado. Sin agraviar a dichos profesores, tengo la íntima convicción que en la parte puramente médica no fuí comprendido por ninguno de ellos y menos que por nadie, por Petriquillo. Sin embargo, fuese por complacerme, o porque mi razonamiento les pareció de algún peso, casi todos convinieron conmigo en que se aplicase a toda la inmediación de la herida, o sea la parte más interesada, un gran golpe de sanguijuelas, en que después de desprendidas éstas se le pusiesen cataplasmas templadas de harina de la simiente de lino, con rigurosa dieta, limonada gomosa fría a pasto, y varias enemas emolientes; . . .

" . . . La noche fué también sosegada como la anterior; pues aunque soñó algo hablando contra Cruz-Mayor, dando órdenes a sus batallones y ocupándose de los asuntos de la guerra, este sueño no alteró su tranquilidad, y fué como el de algunas personas, que en sana salud relacionan por la noche lo que les ha sucedido de día.

" . . . En el día 22 tuvieron los referidos profesores y Petriquillo varias juntas a las que no asistí, lo uno porque no me llamaron, y lo otro porque me formé la idea de que cualquiera cosa que maquinases para la extracción de la bala, no había de contar con mi asentimiento. . .

" . . . En la madrugada del 23 volvieron los facultativos a repetir la tentativa de sondar la herida, y aunque les manifesté mi oposición haciéndoles presente que sobre ser esta operación de ningún fruto, podrían con la sonda producir mayores males y sobre todo despertar los dolores que tan felizmente habíamos calmado, despreciando este saludable aviso, lo verificaron. . . Por espacio de dos horas estuve experimentando el general los resultados de aquella imprudente tentativa, y ni un momento dejó de quejarse; mas al fin se amortiguaron los dolores, en cuyo instante pude conocer cuál había sido el objeto

de las reuniones del día anterior, objeto al que concurría el beneplácito del general. La extracción de la bala era el pensamiento culminante de los médicos y el más vivo deseo del general, deseo que no fué difícil vislumbrar, al ver la paciencia y el silencio con que sufrió la dolorosa maniobra...

"...El parte que se dió este día al cuartel real fué como en los tres días anteriores, de hallarse el general más aliviado de su complicada dolencia..."

"...Abrí la puerta, y encontré al referido ayudante don Dámaso Berchel, que se paseaba por la sala sumamente alegre. Preguntéle qué había sucedido. "¿Qué ha de suceder?", me contestó, que el general dentro de pocos días estará bueno y a la cabeza de su ejército, a pesar de los temores de usted. Gelos, Petriquillo y Beloqui acaban de sacarle la bala, y véala usted en este plato, que ya ha corrido por todo el pueblo a pesar de la hora que es." Con efecto, me acerqué a la mesa y reconocí la bala; estaba un poco aplastada hacia el lado que había rozado con la tibia sin que tuviera otra cosa de particular... Pasé en seguida a ver a los operadores y los hallé en el comedor. Estaban a la sazón lavándose sus manos ensangrentadas, cual pudieran hacerlo tres carniceros que acabasen de degollar una res.

"...Habían pasado dos horas cuando sentí quejarse mucho al general, y pedir sin cesar refresco al cura Zabala, que se había quedado de guardia aquella noche. Desperté a Gelos en seguida y le dije: "Mucho se queja el general; sin duda deben ustedes haberle hecho grande destrozo para hallar la bala." "Ha habido precisión, me contestó, de hacerle dos aberturas bastante profundas, por lo que no es extraño que se queje" ... Por lo que hace a mí, me hallaba tan desvelado, y me dolían tanto los lamentos del general, que pasado un rato me levanté de la cama..."

"...Eran las seis de la mañana cuando pasamos al cuarto del enfermo; me coloqué a la derecha de la cama y Gelos a la izquierda; le miré el semblante, que encontré bañado en sudor frío y con todos los caracteres de la muerte; ... Cuando nos íbamos a retirar, el general con voz algo trémula, pero conservando aún mucho valor, me dirigió la palabra en estos términos: "¡Ay doctor, estoy perdido; me hallo peor que cuando tenía la bala dentro! Si le hubiera creído a usted, no me hubiera visto en este caso. Son insopportables los dolores que sufro." Estas palabras me traspasaron el corazón; pero haciendo un esfuerzo, le animé lo mejor que pude, y nos retiramos.

"...Reunidos los parientes del enfermo les manifesté la fatal situación en que se encontraba, lo que les sorprendió tanto más, cuanto que se les había asegurado cuando fueron despertados a media noche, que el general se hallaría mandando el ejército dentro de breves días. Aun no querían dar crédito a mi relación cuando llegó su secretario apoyado en dos muletas. Sabido por éste el caso en que nos hallábamos, dió crédito, no obstante su sorpresa, a mis verídicas palabras, y entre uno y otro arreglamos el medio mejor de disponerlo para recibir los auxilios espirituales. Una ligera insinuación hecha con maña bastó para que el enfermo manifestase que lo deseaba, y aprovechando tan feliz coyuntura, recibió con cristiana confianza los auxilios de la religión. Hablósele después de disposición testamentaria, y mostrándose muy dispuesto a hacerla, se limitó a decir: "Lo poco que hay es de mis hijas".

"...conservó su conocimiento hasta el último instante, y expiró a las once menos cuarto del precitado día 24 de junio del año 1835, a las diez horas poco más o menos de hecha la malhadada operación de la extracción de la bala."

VI

Tiroteos a modo de saludo. — Un golpe de mano de los liberales. — Delegación de cuarenta personas a San Sebastián. — Mi abuela. — Indignación de las familias de los desterrados. — Mi tío Manuel baja del monte. — Desatención de los jefes. — Sentimiento de rebeldía del soldado frente a la injusticia. — En San Sebastián. — El comandante de la plaza. — Mi abuela ve al médico Machimbarrena. — Por si se repite la alcaldada.

Pero las cicatrices que nosotros, sus sobrinos, le hemos visto en el rostro a nuestro tío en Andoain, treinta y más años después de estos sucesos, disimuladas debajo de una espesa y hermosa barba, ya grisácea, no fué en un Lepanto donde fueron ganadas o en batalla determinada con nombre resonante que registre la historia, sino en un episodio baladí, entre los tantos que acechan a diario la vida del soldado en un frente de guerra.

Entre las guerrillas carlistas y sus oponentes, los gubernistas, era costumbre de cambiarse tiros de vez en cuando a modo de saludo; costumbre general en la guerra, por lo que vemos, según detalles — risueños algunos — que conocemos de la última guerra civil española, de la guerra mundial pasada y de la actual. Tanto que,

según referencias parece que cuando leemos en las crónicas periodísticas y en los comunicados oficiales de la actualidad, que los cañones de Dóver, en los acantilados de la costa inglesa, en el canal de la Mancha, se hacen oír a veces después de semanas y meses de silencio tronando contra Gris-Nez o Calais y que los alemanes, intrusos en Francia, contestan con sus cañones monstruos, tenemos que interpretar que no son a menudo sino simples manifestaciones de estado de alerta y uno de los modos que tienen, oficiales y soldados, de ensayar sus armas.

Es en ocasión de un cambio de granadas que se tiraron así de uno y otro lado que mi tío tuvo la poca fortuna de ser alcanzado al estallar una cerca de él.

**

Pero todo eso ya es historia vieja. Nuestro hombre se había curado ya y estaba reintegrado a su campamento. La vida seguía su curso. Las semanas venían y pasaban, lo mismo que los meses, cuando un buen día empezó a circular en Andoain el rumor de que los liberales habían dado un golpe de mano feliz contra los carlistas, que había puesto a los jefes de éstos fuera de sus estribos.

¿Qué había ocurrido? La cosa más risueña y truculenta a la vez que cabe en circunstancias como las que se estaban viviendo. Parece que una partida liberal había

conseguido sorprender y llevar a San Sebastián cuarenta animales vacunos que los carlistas tenían al pastaje por aquellos alrededores, y que constituían nada menos que la reserva de carne destinada a alimentar a su tropa por algunos días.

¡Que les roben cuarenta novillos, así en las tinieblas de la noche, fué para esta gente altiva algo más humillante, a lo que se ve, que si en buena lid les hubieran matado cuarenta hombres! ¡No era, pues, posible dejar sin respuesta tamaña afrenta! Había que hacer algo. Y cayeron en la idea peregrina de protestar solemnemente, contra el golpe, por artero.

A este efecto redactaron una nota para el comandante de la plaza de San Sebastián y resolvieron hacerla llevar a su destino por cuarenta personas caracterizadas del pueblo, conocidas o simplemente sindicadas de tendencia opuesta a los carlistas o frías con ellos. Mi abuela fué una de las cuarenta personas escogidas.

En la nota se exigía la devolución lisa y llana de la hacienda robada o, de lo contrario, que los portadores no retornaran a Andoain y fueran así —pensaban ellos— para San Sebastián una carga, ya que eran cuarenta bocas más para comer, y para Andoain la misma cantidad de bocas menos; con lo cual creían ingenuamente dar una réplica condigna al golpe recibido.

Estas cuarenta personas, huelga decir, eran en su mayoría ancianos; en situación financiera holgada algunos; muy conocidos en el pueblo todos. Incapaces los más de caminar mucho y de llegar a San Sebastián sin paradas repetidas y prolongadas en el camino.

O se devolvían, pues, las vacas o esos andoaindarras quedaban proscriptos de su pueblo; las madres separadas de sus hijos, los abuelos de sus nietos; con muy poco dinero en el bolsillo todos y con la angustia de no saber cómo iba a terminar para ellos la aventura.

Parece no obstante que hubo un coraje admirable en todos estos viejos; ninguno de ellos, durante las varias horas —casi un día— que duró la marcha, dió muestras de aflojamiento en su entereza moral; todos se guardaron para sí sus íntimas congojas; nadie del grupo tuvo el mal gusto de aumentar la preocupación de los otros con lamentos inútiles. Reinó entre ellos, por momentos, salidas de buen humor que contrastaban con la confusión de la primera hora ante la intimación perentoria de partida que se les dió. Caminaron —se nos dice— con esa gravedad de ancianos curtidos en sinsabores de la vida, conversando apaciblemente entre ellos sobre tópicos indiferentes, como si hicieran un paseo. No faltó quien pronunciara en alta voz, para entonar a algunos silenciosos que parecían más preocupados, palabras alegres y

hasta de fina ironía, como expresión de costumbres levantadas.

Pero no ocurrió lo mismo con las familias que se quedaron en el pueblo. Aquí se armó una algarada de protestas, de indignación y de crítica acerba contra el acto desmedido. Mi tío Manuel fué enterado en el monte de cómo su madre había sido mandada a San Sebastián con sólo un plazo de pocas horas que se le dió para prepararse, y cómo sus hermanos pequeños se quedaron solos. El soldado pidió permiso a sus jefes para bajar al pueblo.

Las pobres criaturas estaban perplejas. Rodeadas del cariño de todos, pero inquietas; no sabían lo que iba a ser de la madre, ni si la volverían a ver nunca más. Una de ellas —la que yo he conocido después como mi tía María, de ocho años de edad entonces, estaba con sarampión, en cama—. Mi madre, la mayor, hacía desen vueltamente y con mucha dignidad de ama de casa y de mamita momentánea de sus hermanos más chicos.

Mi tío Manuel nos ha referido cómo, al llegar a la casa y comprobar la verdad de lo que se le había dicho, pasaron por su espíritu mil ideas de encono contra sus jefes carlistas, a quienes sindicaba como culpables únicos de acto tan arbitrario.

—¿Cómo? —decíase a sí mismo—. ¡Yo estoy sirvién-



IGLESIA PARROQUIAL DE ANDOAIN

Cap. XI



ADUANA Y MUELLE DE PASAJEROS DE BUENOS AIRES EN 1873

Cap. XIV

do la causa carlista! ¡soy soldado en sus filas! ¡expongo mi vida! ¡mi cara está marcada por las cicatrices de heridas recibidas hace muy poco todavía! ¿y mi madre es tratada como una enemiga? ¿enviada a San Sebastián, a pie, sin miramiento de ninguna clase? ¿sin seguridad de retorno? ¿separada de sus hijos? ¿Y son dejados éstos en la más completa orfandad? ¡No, no! ¡No puede ser! ¡Es demasiado!

Así fué cómo, con estas ideas negras, volvió luego al campamento y se quejó a sus jefes amargamente. Pero como notara que sus razones no eran comprendidas por ellos y eran rechazadas con gesto áspero, sintiéndose humillado, su espíritu empezó a ser trabajado desde entonces en la idea de la rebelión, que, haciéndose luego imposible su permanencia entre los carlistas, estalló en la forma que se verá más adelante.

**

Veamos ahora, entretanto, lo que fué de la caravana que se trasladó a Donosti.

La delegación de las cuarenta personas, después de varias horas de marcha, bajo un sol de plomo, llegó, pues, a San Sebastián.

El comandante de la plaza los recibió cortésmente. El texto de la nota ya había sido leído por él, pero volvió

a hojearla ante el grupo haciendo recalcar algunos párrafos en alta voz, y muy luego, con humor de hombre que siente lo débil de la posición del adversario y lo cómodo de la propia, dijo calmamente:

—Ustedes volverán a Andoain mañana. Les voy a dar la respuesta mía para que la entreguen al general Mogrovejo. Espero que después no los van a molestar a ustedes más. Entretanto nosotros proveeremos por el sustento de ustedes acá. No se inquieten, pues, por ese lado.

Al día siguiente toda la caravana emprendía el regreso. Antes de partir se enteró a los portadores de lo que la nota-respuesta contenía. En sustancia era esto: "Si molestáis a estas cuarenta personas o a una sola de ellas por razón de sus ideas o puerilidades de vacas y cosas parecidas, ejerceremos represalia en San Sebastián sobre los carlistas que tenemos acá. Por otra parte, si insiste ese comando en querer desterrar a esta gente y le obliga a rehacer el camino recorrido, prevenímosle que los alojaremos en San Sebastián en las casas de los más destacados carlistas de ésta y que éstos irán a ocupar las casas de ellos en Andoain."

No se necesitó más. La nota era contundente y su efecto fué instantáneo. Los carlistas agacharon la cerviz y no volvieron a hablar más del asunto. Éste fué la comidilla de San Sebastián durante varios días. Todo el

mundo se reía, incluso las víctimas, mi abuela entre ellas, que fué una de las que trajo a su regreso a Andoain la noticia de cómo entre los liberales y la gente de la calle, el asunto había provocado la hilaridad general.

El golpe de mano sobre aquella hacienda, efectivamente, era un acto típico de guerrilla, y la reclamación de parte de los carlistas, guerrilleros simplemente como eran en aquella zona en aquel entonces, era un contrasentido manifiesto.

**
*

Pero el efecto moral, el disgusto que el acto arbitrario produjo en el ánimo de las personas así tratadas y de sus familias, quedó en la memoria de éstas como un recuerdo ingrato y como una prueba de las pobrísimas armas de que se valían los beligerantes a veces para atacarse en esa dura guerra.

Mi abuela, entretanto, había tenido tiempo en las veinticuatro horas que estuvo en San Sebastián para ver a su amigo Machimbarrena, el médico de Andoain, que, como liberal que era y donostiarra, había dejado el pueblo con su mujer y sus hijos apenas las primeras guerrillas carlistas hicieron su aparición por aquellos contornos.

—Si os mandan nuevamente a ésta —dijo el buen médico— haced que los niños, vuestros hijos, con las ropitas esenciales y lo que puedan traer, os sigan en el

camino hasta llegar a esta ciudad. De ese modo, no tenéis luego necesidad de volver a Andoain. Os quedáis acá. No os faltarán medios para que podáis vivir como hacemos todos, y como hacéis vos misma actualmente allá.

Ella volvió, pues, a su hogar con ese estímulo y con el propósito de dejar el pueblo si se repetía la alcaldada.

Instruyó a su hijita mayor, mi madre, sobre el plan propuesto; le habló sobre la ropa y algunos objetos de mediano valor que iban a procurar llevar consigo, y sobre cómo tenía que proceder ella, la niña, para conducir y guiar a sus hermanos más chicos, en el caso de que se repitiera la orden sin darle tiempo para preparar las cosas ella misma.

Felizmente todo quedó en nada. No hubo necesidad de llegar a esos extremos. Las tribulaciones de la familia no obstante no terminaron ahí.

VII

Niños argentinos en tierra vasca. — Cómo se les hablaba de cosas pasadas. — La historia de nuestro tío. — Mi tío se escapó de los carlistas. — “¡Matamos un perro!” — Cruzan el río a nado.

Desde muy chicos, poco después de nuestro arribo al país vasco con nuestros padres, y desde que conocimos en el pueblo de nuestra madre a nuestro tío Manuel, se nos dieron tales referencias de él que llenaron nuestra alma de simpatía e interés por su persona. Había que agregar a esto el don de gentes, innato en él, que cautivó nuestro corazón desde el primer abrazo, lleno de cariño, que nós dió, y desde sus primeras palabras.

Para nuestro espíritu infantil de entonces, era algo fantástico eso de que nuestro tío, el que estaba delante de nosotros, hablando con nuestros padres, hubiera sido soldado en su juventud en una guerra sangrienta, que —se nos decía— había tenido lugar en aquella región de Vasconia, cuando nuestra madre era niña.

En Tolosa luego, en los años que convivimos después con muchachos de nuestra edad en el colegio, y en contacto con sus familias y personas mayores, en todas las cuales el recuerdo de esa guerra estaba muy vivo todavía,

empezamos a familiarizarnos de más en más con las referencias que de ella se nos daban fragmentariamente, acá y allá.

Poco a poco, así, nos fuimos enterando de cómo no sólo en los alrededores del pueblo de nuestra madre, sino también en Tolosa y sus contornos y en gran parte de todo el país vasco, esa guerra había desolado los campos, turbado la paz de sus habitantes, y fué causa de que muchas madres perdieran a sus hijos, muchas esposas a sus maridos y miles los niños que se quedaron huérfanos.

Nuestra madre, en los días fríos del invierno vasco, en torno de un fuego alimentado con leña de aquellos montes, mientras comíamos castañas tostadas —que allí por lo general son de excelente calidad y que constituyen uno de los alimentos populares por excelencia en el invierno—, nos refería anécdotas de hechos que ella conoció en su infancia.

Nos hablaba con frecuencia de la actuación de nuestro tío y de las inquietudes que durante todo ese tiempo hubo de sobrellevar la abuela nuestra, y ella misma.

Así es cómo podemos dar ilación a estas líneas ahora, tratando sobre esta materia, con lo que nuestra memoria ha retenido de esos relatos.

Volviendo a él, pues, diremos que llegó un día en que nuestro tío Manuel dejó las filas carlistas y se pasó al bando opuesto, donde se ofreció como voluntario para sentar plaza al servicio de la causa de la legalidad, representada por el gobierno central de entonces, que se había adherido a la persona del ex príncipe de Asturias, don Alfonso, de edad de diecisiete años, hijo de la ex reina doña Isabel II, destronada hacía seis años; el cual había sido proclamado rey en Sagunto por Martínez Campos, con el nombre de Alfonso XII.

Sus partidarios habían levantado el pendón simpático a la juventud, por sobre todo, de la libertad; procuraban hacer saber por todas partes en el reino de que ellos eran liberales, en oposición al absolutismo de que se acusaba a los carlistas; prometían al pueblo un gobierno de orden, de tolerancia, de libertad de cultos, de libertad de ideas, de libre discusión, de respeto a la constitución y a la ley; ofrecían elecciones libres y derecho al pueblo para expresar su voluntad por medio de diputados a Cortes. Asseguraban así que iban a hacer de España una nación moderna y progresista, al ejemplo de las grandes potencias de entonces, que, con excepción de la Rusia de los zares y la Turquía de los sultanes, eran democracias liberales todas, como nuestra República Argentina.

La proclamación de don Alfonso, joven muy atrayente,

sonriente siempre al pueblo, como lo fué en su juventud también su hijo, don Alfonso XIII, y su entrada triunfal en Madrid en enero de 1875, unido todo a las ideas progresistas que se le atribuían y de justicia para todos, además de sus declaraciones de que sería un rey constitucional simplemente, al modo de la reina Victoria de Inglaterra y del rey Leopoldo de Bélgica, que eran monarcas modelos, fué recibido con favor general en el pueblo español. A partir de ese instante la causa de don Carlos estaba muerta. Pero la guerra continuaba e iba a continuar todavía un año más.

Con nuestro tío se pasaron al bando liberal, al mismo tiempo que él, otros hombres de su mismo cuerpo y de sus mismas ideas.

Por las referencias que se nos daban de estos hechos, sabíamos que habían atravesado un río a nado y que en su fuga los carlistas descargaron algunas ráfagas de balas sobre ellos.

Recuerdo que nuestro tío, cuando la conversación de sobremesa en su casa alguna vez se llevaba a ese momento crucial de su participación en la guerra carlista, solía decirnos:

—Bai! txakur bat il gendun! (¡Sí! ¡Matamos un perro!)

**

—¿Un perro? —preguntábamos nosotros, extrañados.

—¡Sí, un perro! —contestaba él, seriamente.

Tras eso esperábamos que nuestro tío continuara, ya que el tal can empezó a intrigarnos. Pero notábamos que él dejaba a un lado luego ese asunto y pasaba a otra cosa; o si proseguía un momento lo hacía con reticencia visible y con rodeos que obscurecían el relato. Todo contra el modo muy claro que tenía habitualmente de hablar y decir sus cosas.

Eso de matar un perro, por otra parte, no nos parecía a nosotros —aunque criaturas— una cosa tan extraordinaria, y sobre todo en una guerra, en la que a los soldados nos gustaba imaginarlos en actos heroicos de naturaleza más grande. ¡Si habríamos visto perros en nuestra niñez, hijos del campo argentino como éramos, en la estancia de nuestro padre! ¡Y si recordaríamos cuando algún peón, por orden de él o de mi madre, se encargaba de eliminar a alguno de ellos, ya que la jauría como el número de las ovejas, era respetable siempre, y no faltaba algún indeseable de la familia canina, cimarrón agregado a veces a la casa, que se eliminaba expeditivamente, sin que a los niños se nos consultara en estas cosas para nada!

Pero el perro de mi tío era evidente de que no debía de ser un animal como los otros.

—¿Por qué será —nos preguntábamos— que nuestro

tío atribuye tanta importancia al asunto del perro y deja luego la narración inconclusa, como temiendo de no explicarse bien o de no ser comprendido?

El caso tenía para qué. Fué algo decisivo en su vida. Y era natural que su espíritu, que le llevaba con frecuencia a ese punto, retrocediera luego como paralizado por nuestra juventud, al ver en nuestros ojos la limpieza de nuestras almas. Conciencia limpia como era la de él mismo sentía un poco de vergüenza que aun en la guerra, donde el matar no es crimen, se hubiera visto envuelto en un hecho de sangre y de violencia de carácter singular.

El, pues, nunca nos dió una versión personal precisa de cómo fué el suceso. Pero nuestra madre nos aclaró más adelante, cuando ya fuimos más grandes y teníamos más sentido de las cosas, que el tal perro no era más que un símbolo, o un modo discreto de llamar a algo muy distinto.

No hubo ningún perro. Fué un episodio entre hombres. Una batalla entre ellos, en las filas carlistas. Los unos, soldados sublevados contra durezas que reputaban injustas, defendiendo la propia vida; los otros obedeciendo a sus jefes. En la refriega hubo heridos y hubo muertos. Uno de ellos, el famoso perro, oficial odiado por la mayoría de la tropa y por mi tío particularmente, cayó abatido en el entrevero de un culatazo en

la cabeza y algunas bayonetas con las que los vencedores clavarón su cuerpo en el suelo.

La fuga, que estaba preparada desde hacía días entre los conjurados, ahora hubo de realizarse precipitadamente y a la luz del día. Es decir, más peligrosamente que lo calculado. El campo liberal estaba del otro lado del río, en las faldas de los montes que se veían hacia San Sebastián, y les era relativamente fácil llegar allá.

Cuando mi tío articulaba la palabra "txakurra!" —¡perro!— ante nosotros, recalca bien el término y concentraba en él todo el encono que todavía le tenía a quien por sus brutalidades y porque quiso interponerse a último momento, queriendo detenerlo juntamente con otros, lo obligó a una batalla que no estaba en sus planes. Su voz traslucía todavía, a más de treinta años del hecho, la satisfacción de haber sido él y los suyos los vencedores en la escaramuza, salvando así sus vidas.

Las descargas que se hicieron luego sobre los fugitivos, mientras cruzaban el río y corrían en la ladera del otro monte, no debieron ser hechas por parte de sus ex compañeros de cuerpo con gran deseo de herirlos, puesto que ninguno fué tocado.

VIII

Un oficial instructor. — ¡Su hijo ha desertado! — Los castigos que aplicaban los carlistas. — El ¡ay! de la víctima. — Lo que refiere Sarmento sobre castigos corporales. — Las emplumadas de Tolosa.

Unos días después un oficial carlista seguido de un asistente llegó a la casa de mi abuela en Andoain y la sometió a un interrogatorio respecto a su hijo Manuel. La inocente mujer, que cree que su hijo está siempre con los carlistas, palidece en el acto. Piensa que algo grave debe haberle ocurrido.

El hombre, a poco de hablar con ella, advierte que esa madre no sabe nada de lo que ha pasado en la montaña, y le dice:

—Señora, su hijo ha desertado. Se ha pasado al enemigo. Vengo a usted para que lo haga volver.

—¿Yo? —contesta ella sorprendida.

—Sí, señora. Usted puede.

—¿Cómo puedo hacer yo eso?

—Muy simplemente. Déme una carta suya para él haciéndole saber que si no vuelve en un término de ocho días será usted la castigada en lugar de él.

—¿Cómo?

—Sí, señora. Es lo que se ha dispuesto. Tenemos que hacer un escarmiento. Su hijo ha huído. Es un desertor. Y ha cometido algún otro desaguisado más, que me reservo por ahora . . . Alguien tiene que responder de todo eso. Si su hijo vuelve él se justificará ante un consejo de guerra y a usted no le pasará nada. Si no vuelve en cambio, seremos implacables. Es en la persona de usted que se hará la justicia . . .

Mi abuela, que ya empezaba a ver más claro en ese maremágnum de palabras, y cuyo instinto empezaba a prevenirle sobre el peligro para su honor de mostrar flaqueza de carácter en tal coyuntura, repuesta ya de su turbación del principio, díjole:

—No sé lo que mi hijo ha hecho. Pero de algo estoy ya convencida, por lo que usted me dice, y es que él no está más con ustedes.

—Naturalmente —le contesta el hombre—, es un traidor su hijo.

—Esto para él, si vuelve —prosigue ella—, tiene que significar el pelotón de fusilamiento.

—No, señora. Nada de eso. Se hará justicia.

—Yo no tengo poder para hacer volver a mi hijo, y si lo tuviera no lo ejercería. Si necesitan ustedes una víctima y quieren que esa víctima sea yo, aquí estoy.

Prosiguió así la entrevista un rato más, y, al fin, el hombre se fué.

Mi abuela no ignoraba cómo eran, aparte el fusilamiento, los castigos que aplicaban los carlistas en ese entonces cuando querían hacer algún escarmiento o simplemente a modo de ejemplo, para impresionar a la población y tenerla sumisa por el miedo.

**

Nuestra madre nos ha referido el recuerdo que quedó en ella, siendo una niña, de cuando se oían a veces en el pueblo de Andoain, los gritos de dolor de hombres apaleados. Castigo que se aplicaba en hora y lugar calculados para que se oyera en todo el pueblo, con fin ejemplificador, decíaseles a los habitantes. Ella nos ha explicado el terror que se apoderaba de chicos y grandes en la población al oír esos lamentos.

Los palos —algo que evoca suplicios de otras edades— eran aplicados sobre el dorso desnudo de la víctima por hombres fornidos que se alternaban, bajo amenaza de ser apaleados ellos si no pegaban fuerte. ¡Quién no ha de imaginarse lo que sería esa puja! ¡Y el grito desgarrador, el ¡ay! espantoso de la víctima a cada golpe que hería sus carnes desnudas! ¡Tan impresionante que a su solo recuerdo, a más de treinta años de distancia, el

rostro de nuestra madre tomaba una tal expresión, que nosotros, viéndola y escuchándola, sentíamos cabalmente la sensación de la escena horrífica!

Ella nos ha explicado cómo ese ¡ay!, en cierta ocasión en que el supliciado era un hombre robusto, oyóse en el pueblo, al principio del castigo, en toda su potencia de un alarido salvaje; y luego, poco a poco, semejando el mugido de un buey —decíanos— por el vozarrón doliente y manso, pese a todo, como en una súplica desesperada, la queja repetida innúmeras veces, se iba debilitando hasta que se extinguía. Y no porque cesara el suplicio sino porque, agotada la víctima al fin, abandonándole las fuerzas, no podía gritar más.

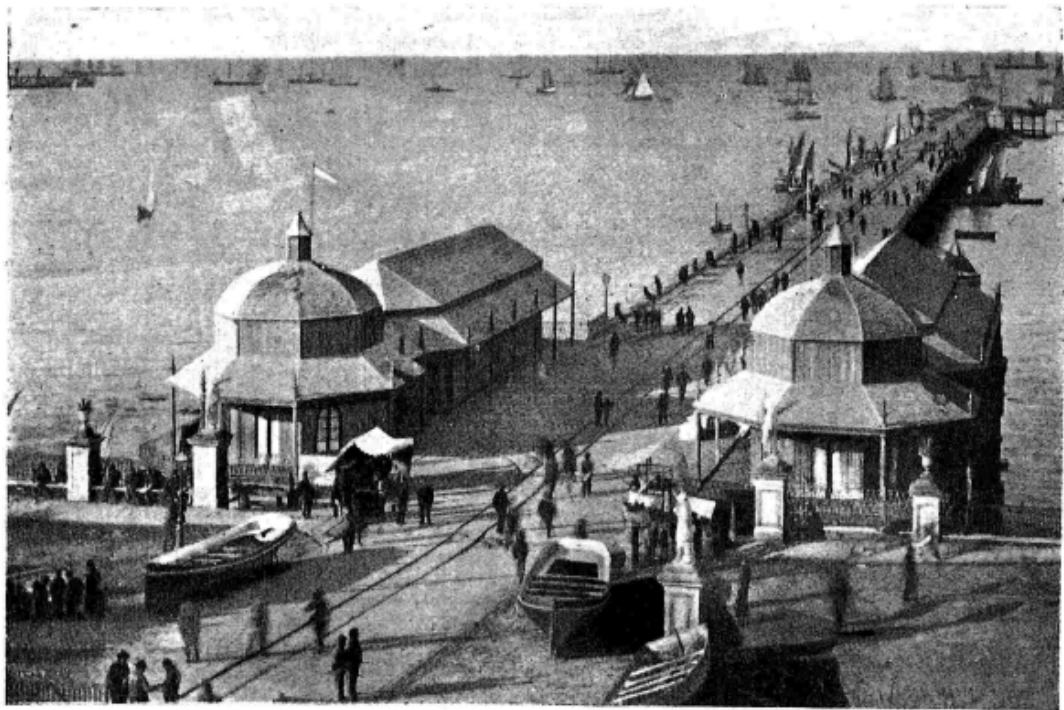
¡A tal grado de ensañamiento llegaba el odio de unos contra otros, en aquel ambiente de pasiones desatadas por la guerra, que la piedad, esa preciosa virtud cristiana, no tenía cabida en esos crueles verdugos!

Ha de ser oportuno recordar acá, a propósito de castigos corporales a seres humanos —ya que esto no concebimos hoy sino en sociedades inorgánicas, y en las naciones civilizadas, sólo en casos de excepción, como el que referimos por efecto de un estado de guerra— lo que Sarmiento nos dice en su *Facundo* sobre escenas que tuvieron lugar en Tucumán, en 1831, después del combate de la Ciudadela en que Lamadrid fué vencido por

Quiroga. He aquí cómo describe Sarmiento dos casos de éstos: "En fin, sabe Facundo que un joven Rodríguez, de lo más esclarecido de Tucumán, ha recibido cartas de los prófugos; lo hace aprehender, lo lleva él mismo a la plaza, lo cuelga y le hace dar seiscientos azotes. Pero los soldados no saben dar azotes como los que aquel crimen exige, y Quiroga toma las gruesas riendas que sirven para la ejecución, batiéndolas en el aire con brazo hercúleo, y descarga cincuenta azotes para que sirvan de modelo.

"Concluído el acto, él en persona remueve la tina de salmuera, le refriega las nalgas, le arranca los pedazos flotantes, y le mete el puño en las concavidades que aquellos han dejado. Facundo vuelve a su casa, lee las cartas interceptadas, y encuentra en ellas encargos de los maridos a sus mujeres, libranzas de los comerciantes, recomendaciones de que no tengan cuidado de ellos, etc. Una palabra no hay que pueda interesar a la política; entonces pregunta por el joven Rodríguez y le dicen que está expirando. En seguida se pone a jugar y gana miles.

"Don Francisco Reto y don N. Lugones han murmurado entre sí sobre los horrores que presencian. Cada uno recibe trescientos azotes y la orden de retirarse a sus casas cruzando la ciudad desnudos completamente, las manos puestas en la cabeza, y las asentaderas chorrean-



BUENOS AIRES. MUELLE DE PASAJEROS EL AÑO 1882

Cap. XIV



VISTA DE ELDUAYEN Y LA CARRETERA DE TOLOSA A BERÁSTEGUI

Cap. XVIII

do sangre; soldados armados van a la distancia para hacer que la orden se ejecute puntualmente. ¿Y queréis saber lo que es la naturaleza humana, cuando la infamia está entronizada y no hay a quien apelar en la tierra contra los verdugos? Lugones, que es de carácter travieso, se da vuelta hacia su compañero de suplicio, y le dice con la mayor compostura: “¡Páseme, compañero, la tabaquera; pitemos un cigarro!”

Traigo estas referencias de Sarmiento por lo que tienen de ilustrativas, dada la jerarquía del autor, y para mostrar como acá también, al igual de todos los países del mundo en algún momento obscuro de su historia, se han conocido esta clase de brutalidades. Acá, cuando los caudillos, antes de la organización nacional, se enseñoreaban de una región y se erigían en amos y señores de ella, con facultades omnímodas.

Mi abuela no solamente sabía que se aplicaban esos castigos de palos, sino también otros. En Tolosa, hacia algún tiempo, en presencia de don Carlos, en represalia por excesos —verdaderos, según parece— de que se acusaba a los gubernistas, poco después de la primera batalla de Estella, la de Monte-Muru, en que murió el general Concha, marqués del Duero, y en que los carlistas fueron los vencedores, el pueblo fué convocado a presenciar el paso de una comparsa que el ex profesor de historia

en la Universidad central de Madrid, don Miguel Morayta, en su Historia de España, página 369, tomo 9, describe así: "... después de anunciarlo largo tiempo para atraer numeroso concurso recorrieron las calles de Tolosa; primero, un grupo como de noventa carlistas, sin armas, pobres y suciamente uniformados, seguidos de una turba de muchachos, y tras de ellos montadas en burros las tres desdichadas mujeres, desnudas desde la cintura para arriba, afeitada la cabeza, untadas de miel, cubiertas con plumas y con una pandereta en la mano, que unos cuantos carlistas armados colocados a su lado las obligaban a tocar. Junto a ellas marchaba el pregonero, encargado de leer de trecho en trecho la condena infamatoria y detrás el tamborilero, entonando un aire alegre.

"Entre insultos y chanzas sangrientas que aumentaban la mofa y el escarnio, recorrieron buena parte de la población, hasta llegar a la plaza pública, donde al comprender había terminado el espectáculo, las gentes enfurecidas gritaban: «¡Apalearlas! ¡apalearlas!»; añadiendo muchos: «¡apalearlas ahora, y después fusilarlas!»

¿Qué habían hecho esas mujeres? Hay varias versiones. Pero la más difundida es que la culpa de dos de ellas no era otra que la de ser esposas de miqueletes al servicio del gobierno. Y la tercera era una madre de tres hijos, miquelete también.

¿Se da cuenta el lector lo que es vivir así, bajo hombres con poder discrecional, y que lo ejercen de tal modo?

He ahí la razón por qué, en nuestra República Argentina, las personalidades históricas de Urquiza y Mitre cobran contornos de próceres de la patria. Sobre todo por habernos dado una constitución jurada, y leyes que constituyen las garantías del individuo contra los abusos del poder; con lo cual se acabó con los caudillos omnímodos, y el país pudo ser gobernado al fin al ejemplo de los pueblos más adelantados, y realizar el maravilloso progreso material del que nos enorgullecemos actualmente los hijos de esta tierra. Por eso, más que por toda otra cosa, es que ellos, los organizadores de la nacionalidad, tienen estatuas en nuestras plazas y los argentinos conscientes reverenciamos su memoria.

En Andoain también se vieron espectáculos como el de las emplumadas de Tolosa. Pero en forma menos ostentosa. No fueron tres mujeres las que se pasearon montadas en burros en Andoain, sino una sola. Lo de Tolosa, efectivamente, había soliviantado de indignación a la opinión mundial, por la forma espectacular en que tuvo lugar el hecho, con la presencia del propio don Carlos, y por la gran publicidad que la prensa del mundo entero dió al asunto. En Inglaterra, según Morayta, que se atiene a los comentarios de la prensa de la época

—siendo Disraeli primer ministro— se habló de intervenir en los asuntos de España, tomando decididamente el partido del gobierno democrático de Madrid y ayudándolo con más suministros de armas y dinero, al modo como se había hecho en las postrimerías de la primera guerra. Y en Alemania, donde Bismarck, el famoso canciller, era todopoderoso, se clamó de que no se dejaría sin venganza la muerte de Schmidt. Este era un alemán que los carlistas habían tomado prisionero y que mandaron fusilar en Villatuerta (Navarra), juntamente con otro y otros —españoles éstos—, que fueron pasados por las armas, igualmente, en Abarzuza y en Zurucuain, después de la victoria de Monte-Muru.

IX

La guerra carlista prosigue. — Cómo vió mi madre, niña a la sazón, a la emplumada de Andoain. — Inquietud en que vivía la población civil. — Temores de mi abuela. — ¡Paz y Fueros!

Nuestra madre nos ha referido como presenció ella en Andoain, en su niñez, el espectáculo de la pobre emplumada que se vió allí también.

En el recuerdo de la niña, lo que más grabado quedó en su memoria fué una frase que la mujer repetía suavemente, como un estribillo: "Bai, nik Loma'rekin eta Moriones'ekin txokolatia artu det". — "Sí, con Loma y con Moriones yo he tomado chocolate." Lo cual, con la traza que tenía, provocaba la piedad en las personas jui- ciosas y la risa en las otras. Era la forma como los si- carios que la conducían hacían mofa de su adversario, pues los aludidos en la frase, eran los generales Loma y Moriones, jefes destacados de las fuerzas del gobierno de Madrid, contra el que los carlistas estaban alzados.

Respecto a la víctima misma, nuestra madre nos la describía así: "Era una viejita que daba una impresión de acatamiento sumiso a todo lo que se quería de ella. Iba montada en un burro, pero no como se hace ordina-

riamente, mirando hacia adelante, sino dada vuelta, mirando atrás. Tenía la cabeza afeitada y el busto cubierto con plumas de gallina pegadas a su piel desnuda, con lo que su aspecto era grotesco en grado sumo. Parecía un ser de otro planeta caído a la tierra. Su voz, no obstante, nos cautivó en seguida por la dulzura de la entonación y la blandura humilde con que pronunciaba las palabras."

"Nosotras, criaturas —proseguía nuestra madre—, íbamos y veníamos ante el espectáculo novedoso, repitiendo lo que ella decía, y corriendo en un trajín divertido, cerca del borrico en que iba montada, con toda la comparsa de acompañantes. «Txorua da! Txoro bat da!» — «¡Es loca! ¡Es una loca!» —decíamos luego a coro, inconscientes como éramos e ignorando el significado verdadero de la forma sangrienta en la que así fuimos parte involuntariamente."

¡Local! Esa era la idea que tenían de la víctima las criaturas en su candor infantil, no sabiendo —mi madre no lo supo sino años después —el uso inmoral que se hacía de la niñez, en un acto al modo como en la Edad Media se exhibían en la picota a los contraventores y acusados de delitos.

Esta emplumada no llevaba una pandereta en la mano como en el caso de las de Tolosa, sino que la obligaban

a repetir una frase estudiada sobre supuestas intimidaciones de la infeliz mujer con los generales Loma y Moriones, jefes que ejercieron el comando de la plaza de San Sebastián y su zona costera hasta la frontera francesa, el uno primero y el otro después.

¿Quién era esa mujer? Nadie la conocía. No era de Andoain.

Sabedora de todas estas cosas y el modo como ejercieron a veces su poder las autoridades carlistas, bajo cuyo dominio se hallaba Andoain por ese entonces, piénsese si mi abuela no tendría motivos para estar preocupada. Lo que había hecho su hijo Manuel, efectivamente, aunque en legítima defensa y bravamente, era mucho más grave al fin que todo lo que se atribuía a los hijos y maridos de las famosas emplumadas.

Pero hay casos que imponen respeto aun a los más desalmados. A mi abuela no se la molestó más. Y no está dicho que no haya sido por la impresión que produjo con sus respuestas, muy dignas todas, en el oficial que la interrogó. No obstante esto, la situación de inquietud en que vivió después, a partir de ese momento, y durante largos meses, era apenas llevadera. Vivía en un estado de sobresalto y temor constante de que en cualquier momento pudieran llevarla y darle Dios sabe qué trato.

Esta es otra de las cosas trágicas de la vida cuando se

siente que no se tiene el amparo de la ley, y se está a merced del capricho de poderes arbitrarios. Y como, por otra parte, los jefes de operaciones guerreras, de la clase que estamos refiriendo, no son escogidos por lo general entre personas blandas o sentimentales, sino muy al contrario, pues lo más frecuente es que se revelen más aptos para la acción bélica cuanto más duros y sanguinarios, calcúlese cuál sería la situación de las personas que podían temer persecuciones y venganzas.

Para mí, en este caso particular, quiero creer que esa gente pensó dos veces el asunto antes de someter a vejámenes indignos a una nueva víctima. Los buenos tiempos de los carlistas, efectivamente, ya habían pasado y ahora las cosas en todas partes empezaban a andar mal para ellos.

El pueblo estaba, no ya sólo cansado y arruinado, sino harto de muchas cosas que allí se habían hecho. No se veía tampoco ya cómo podían ganar los carlistas la guerra cuando sus huestes eran aproximadamente treinta mil hombres contra varios cientos de miles que había movilizado el gobierno en toda la península y estaban entrando en campaña.

En tal situación, el propósito que hubo en algunos de renovar los castigos en la persona de una madre por faltas supuestas de un hijo —cosa repugnante a la con-

ciencia aun de los más fanáticos—, debió ser objeto de un análisis más cuidadoso que de costumbre, ya que, por más desviados de la buena moral que estuvieran esos hombres, era imposible no advertir que un nuevo auto de fe de esa clase, en pueblos ya demasiado castigados por exacciones de todos los días y sumidos en la miseria por ellos, tenía que producir un efecto desastroso en toda la región.

**

Es por ese entonces que empezó a circular en el país vasco aquel estribillo de: "¡Paz y Fueros! ¡Paz y Fueros!" que no era sino la repetición de un clamor idéntico que se oyó también en 1839 y resonó en los Pirineos vascos en las postrimerías de la primera guerra. Desde que se lanzó en la refriega don Carlos y se vino al país vasco para dirigir desde allí esta segunda guerra civil, tuvo un gesto efectivamente con el que consiguió agregar a sus filas a muchos hijos de la región.

Se fué a Guernica, villa sagrada de los vascos, y allí, bajo el árbol legendario, frente a la Casa de las Juntas, juró los Fueros.

Bien sabemos que en esa época, 1873, los vascos ya no tenían Fueros. Se les despojó de ellos al fin de la primera guerra, como resultado del convenio de Vergara. Don Carlos decidió pues irse a Vergara también, para

proceder a la incineración y aventamiento de las cenizas de lo que se hizo creer al buen pueblo que era el documento original del odiado convenio. Todo lo cual en realidad no fué sino una farsa, pues el documento aludido no estaba en Vergara sino en los archivos de Madrid.

Pero lo más curioso de todo esto —y que conviene aclarar históricamente y explicarlo para su mejor comprensión— es que los Fueros, consagratorios de las libertades y derechos de un pueblo, como la Carta Magna en Inglaterra, les fueron arrebatados a los vascos por hombres de ideas liberales; en tanto que los otros, los reaccionarios, los partidarios de don Carlos, eran propicios a ellos.

El general Espartero, jefe de las fuerzas del gobierno de Madrid en 1839, todopoderoso entonces; la reina gobernadora, doña Cristina; los ministros, las Cortes, todos estaban imbuidos, en efecto, del espíritu democrático, constitucional y de libertad del individuo, general en los pueblos del mundo entero a principios del siglo XIX.

Don Carlos, pues, que pretendía ascender al trono de España, para erigirse en rey absoluto, se proclamaba como vemos, defensor de los Fueros vascos. Es decir, que reconocía a esas provincias las libertades de que habían gozado secularmente, a la vez que para las otras

regiones de España alegaba derechos divinos de monarca absoluto, a lo Fernando VII, su tío abuelo.

De ahí un extraño equívoco y la explicación del por qué muchos vascos han tenido a los liberales y a los demócratas en general, durante decenios, como a enemigos de ellos; y a la vez, así se comprenderá también por qué, muchos demócratas sinceros, han despreciado la alegación vasca de los Fueros durante mucho tiempo, por la identificación incomprensible de infinidad de estos —los fueristas— con los carlistas, que simbolizaron en España durante casi todo el siglo XIX la tendencia absolutista y antidemocrática por excelencia de la política española.

X

La guerra toca a su fin.—Repliegue de los carlistas de Cataluña, Valencia, Aragón y el centro de España, hacia el norte.—Concentración en los montes de Vasconia.—Ofensiva general de los liberales.—Quesada y Martínez Campos.—Don Carlos convoca a un consejo de generales en Beasain.—La batalla de Estella.—El general Primo de Rivera, marqués.

Y he, al fin, la hora de la liberación que llegaba.

Se estaba a principios de 1876. Los carlistas, vencidos en Cataluña, en Valencia, en Aragón, en el llamado el Maestrazgo y en el centro, después de tres años largos de pelear, se habían retirado a sus últimos reductos en los montes de Vasconia.

Las capitales de las cuatro provincias vascas, Bilbao, San Sebastián, Pamplona y Vitoria, continuaban en manos de los liberales, ya que, pese a sus esfuerzos, los carlistas fracasaron siempre al intentar apoderarse de ellas.

El ejército del gobierno, que ahora se había robustecido en el norte con el arribo de los contingentes de Cataluña y del centro, era comandado por los generales Quesada y Martínez Campos. Ambos tenían jerarquía de general en jefe, pues parece que hubo razones para que el

gobierno, cuya estabilidad dependía mucho de la buena voluntad de ciertos militares, no deseara afectar la susceptibilidad personal del uno ni del otro.

Quesada, que estaba ya en el norte como comandante que era de las fuerzas de esa zona, tomó el mando de lo que a partir de entonces se llamó la izquierda, y que comprendía a las fuerzas que iban a iniciar el ataque por Alava y Vizcaya. Martínez Campos cuyo nombre sonó universalmente por primera vez al sublevarse en Sagunto, proclamando a Alfonso XII rey de España, tomó el mando de lo que se llamó la derecha, para amagar a los carlistas por Navarra.

En total, los dos generales tenían ciento cuarenta y tres mil hombres —cincuenta y un mil Martínez Campos y noventa y dos mil Quesada—, contra treinta y tantos mil del adversario. Este tenía a su favor, en cambio, el terreno, tan adecuado al género de guerra que hacía, y que estaba fortificado en los puntos llaves, en las faldas de los montes, con un sistema de casamatas y campos atrincherados que los técnicos juzgaban poco menos que inexpugnables.

Iniciada muy luego la ofensiva, el general Quesada, cuyos lugartenientes eran los generales Moriones, Loma, Echavarria, Villegas y otros, avanzó en toda la línea. Primeramente, fué el general Loma el que tomó los ba-

luartes carlistas de San Antonio de Urquiola y Llodio, y siguió contra Valmaseda, en Vizcaya, que tomó también.

El general Quesada a su vez —así hacían los generales en jefe la guerra entonces—, salió de Bilbao, donde tenía su cuartel general, y tomó Guernica, no lejos de allá, y Durango luego, y prosiguió avanzando hacia Guipúzcoa; mientras Moriones, por orden de él, en un movimiento convergente, salió de San Sebastián por mar con algunos contingentes, los desembarcó en Guetaria y avanzó hacia Cestona para darse la mano con Quesada, quien ya traspónia los montes de Elgueta y entraba en Guipúzcoa, dominando las riberas del Deva después de ocupar Eibar, Elgoibar, Placencia y Vergara.

Loma por su lado, maniobrando más al sur, pasó Valmaseda y avanzó también hacia Guipúzcoa, donde tomó Mondragón y Oñate.

Estamos siempre con las fuerzas del ala izquierda, que dominan ya, pues, los valles del Deva y del Urola. Les queda por tomar todavía lo que se llamó entonces la línea del Oria, donde está enclavada como población principal Tolosa, y en cuyas riberas se halla también Andoain.

**

Don Carlos, visto el matiz sombrío que empezaban a tomar para él las cosas, ya que sus posiciones en las que tanta confianza había puesto, estaban siendo tomadas una tras otra, convocó urgentemente a un consejo de generales en Beasain.

Veamos un momento quienes eran estos generales con los que don Carlos iba a librar su última batalla. El comandante, con título de general en jefe, en esos momentos, era el conde de Caserta; el general Brea, del arma de artillería, que sirvió con el gobierno y se había pasado a los carlistas, era el jefe de estado mayor. Con ellos estaban los generales Carasa, Rodríguez, Valdespina, Argonz, Cavero, Ugarte, Lizárraga, Pérula, Leóncio Granda y otros.

Entre estos hombres no está, como se ve, ni Dorregaray, que, víctima de intrigas y críticas interesadas de rivales, había sido separado del mando por don Carlos hacía tiempo; ni Mendiry, a quien se acusó de traición o connivencia con el enemigo y se le abrió proceso, expatriándose a Francia; ni otros que fueron nombres resonantes un tiempo y jefes de confianza del pretendiente.

El general en jefe, pues, por resolución de don Carlos y porque Pérula no quiso o no pudo continuar en el cargo, era a estas horas, como decimos, el conde de Caserta, primo de don Carlos, de 35 años de edad a la sazón, de

nacionalidad italiano, hermano del ex rey de Nápoles. Este jefe era resistido, como es lógico, por los jerarcas carlistas, a quienes repugnaba verse mandados por un extranjero que no había vivido nunca en España hasta entonces. Caso, por cierto, que tenía alguna semblanza con el del propio don Carlos, ya que este tampoco había nacido en España, ni había vivido en la península, pues su abuelo, el primer don Carlos, como sabemos, fué proscrito con toda su familia después de la primera guerra, cuando todavía el don Carlos de ahora no había nacido, y cuyos miembros no volvieron al país sino al estallar la segunda guerra.

Téngase presente que todo esto que decimos no es más que un esbozo rapidísimo que hacemos del final de esta campaña, trazado con el fin de dar una idea general del panorama guerrero que llenaba el ambiente de la época, y para proseguir en ese cuadro nuestra narración de la historia de una familia. Pues mi tío Manuel estaba con las tropas de San Sebastián, participando activamente en las operaciones de guerra que describimos, en calidad de guía que era del general Moriones. Los guías eran soldados. Mi tío no estaba solo, había otros —vascos voluntarios como él todos—, escogidos así por su conocimiento del terreno.

¿Qué discutieron los generales de don Carlos, y éste

mismo con ellos, en el consejo de Beasain? Planes de guerra que un jefe y otro jefe, en vista de una situación nueva, iban exponiendo y que todos discutían para ver si les era posible hacer frente de algún modo a la avalancha de fuerzas desatadas contra ellos. El ataque contra sus posiciones, efectivamente, no se limitaba a los avances que hemos dicho de las tropas de la izquierda, que venían de Alava y Vizcaya, sino que Martínez Campos a su vez, por la derecha, y gracias a la superioridad abrumadora de hombres que tenía sobre el adversario, se movía también de Tafalla, donde estaba, y se dirigía a Pamplona, y de allí a puerto de Belate y a Elizondo, en el Baztán, donde los carlistas tenían posiciones fuertes, con la intención de seguir a Vera, y de allí a Oyarzun, en un vasto y atrevido movimiento de flanqueo por el norte, para darse la mano con las fuerzas alfonsinas — así se las llamaba también — que ocupaban San Sebastián y la costa Cantábrica hasta Irún.

Por otra parte, el general Primo de Rivera, lugarteniente de Martínez Campos, que se había quedado en el valle del río Arga, en la parte meridional de Navarra, coadyuvaba a su vez al movimiento general, atacando las posiciones carlistas en Santa Bárbara de Oteiza, famosa como bastión considerado muy fuerte, y dirigiéndose luego a Estella, la villa sagrada de los carlistas, donde don

Carlos tuvo su cuartel general un tiempo, y donde él, el general Primo de Rivera, iba a lograr una victoria, que el rey Alfonso XII recompensaría haciéndolo marqués de Estella. Título que pasó después —ya que él no tenía hijos— a su sobrino, Miguel Primo de Rivera, que siguió también la carrera de las armas, y fué general en su edad madura, y dictador de España bajo el reinado de Alfonso XIII, hecho que, en opinión de los entendidos en cosas españolas de nuestros días, contribuyó en alto grado al destronamiento de ese rey.

XI

El avance de las tropas de San Sebastián. — Llegan a Andoain. — Sorpresa en el pueblo. — Mi tío Manuel viene en el pelotón de cabeza de la columna que avanza. — Cómo es reconocido por su hermana. — Desde una ventana se hace fuego contra la columna. — Amenaza de entregar al pueblo al saqueo. — Actitud decidida de mi tío. — Héroe de un momento.

Por ese entonces tuvo lugar la ocupación de los montes de Mendizorrotz y Arratzain, sobre la orilla derecha del bajo Oria, y los de Zudugaray y Bidaurreta, a la izquierda. Se estaba además en vísperas de la ocupación del famoso San Marcos, de Rentería, posición que, con Santiago-mendi, fué el bastión desde el que los carlistas tuvieron en jaque a San Sebastián durante años.

Ya se estaba, pues, en pleno avance sobre la última y más fuerte línea de resistencia que les quedaba a los carlistas: la del Oria. Pero éstos no se aferraron a sus reductos como se creía, ni ofrecieron la resistencia desesperada que se suponía de ellos, sino que, comprendiendo la inutilidad de sacrificarse allí, semienvueltos y expuestos a ser aniquilados o copados como estaban, fueron abandonando posición tras posición y monte tras mon-

te, retrocediendo ordenadamente hacia el este y nordeste de Guipúzcoa, en dirección al norte de Navarra —una de cuyas vías de acceso era el camino de Tolosa a Leiza, por Berástegui—, donde tenían todavía posiciones fuertes, pese a Martínez Campos que andaba por allá, y desde donde podían pasar a Francia, como lo hicieron, cuando todo estuvo perdido.

**

La aparición de las fuerzas liberales en Andoain, sin que nada lo anunciara, fué para muchos el despertar a una vida nueva de libertad y de esperanza.

En la familia de mi abuela, fué además el día fausto del encuentro con el hijo que volvía sano y salvo. Mi tío, efectivamente, venía entre esas tropas. Venía a la vanguardia. Era guía, y en esa calidad, junto con otros —con boinas vascas ellos—, su lugar estaba a la cabeza de la columna.

Mi madre, que era ya una jovencita de catorce años, y que jugaba momentos antes con otras niñas de su edad en el cruce del camino de San Sebastián con la calle Mayor de Andoain, fué sorprendida, lo mismo que sus compañeras, por la visión de una masa negreante de soldados que venían por esa ruta a paso de marcha, hacia el pueblo.

Las niñas, entre intrigadas y curiosas, se acercaron colocándose a la vera del camino para ver pasar a esa tropa, sin comprender todavía qué es lo que significaba todo eso. Pero ¡cuál no sería la alegría que iba a experimentar un momento después la niña al reconocer entre los primeros hombres de la columna a su hermano Manuel, que ya la había visto y, sonriendo, alzaba su brazo derecho para llamar su atención saludándola. La chica, sin tomar tiempo para más, ni ocurrírsele por un momento ir a él, se da vuelta y corre a su casa, distante unos cincuenta metros del lugar, donde está la madre, para darle la grata noticia:

—Ama! Manuel or dago! (¡Mamá! ¡Ahí está Manuel!)

—¿Manuel?

—¡Sí! ¡Viene con la tropa! ¡Son los liberales! ¡Recién lo he visto y él también me ha visto! ¡Todo el camino está lleno de soldados hasta perderse de vista!

Y tomando a su madre del brazo, agrega:

—¡Venga, mamá! ¡Venga a ver!

Y un rato luego —después de cierto incidente que referiré en seguida—, madre, hijo y hermana, se confundían estrechamente abrazados, entremezclando las lágrimas de alegría con las expresiones de gratitud al cielo por sus bondades —pese a todo— con la pobre familia.



Las fuerzas que avanzaban por el camino, coincidiendo con otros grupos de tropas que se desplazaban por los montes, ocupando las posiciones que los carlistas en su retirada iban abandonando, no entraron sin embargo en el pueblo sin cierto contratiempo ingrato. Este es el incidente a que me refiero en líneas anteriores, y que retardó un momento el abrazo de la madre con el hijo y del hermano con la hermana.

Todos sabemos lo que se entiende por saqueo de una población vencida, cuando una tropa, sin el freno de la disciplina militar, entra a saco en un pueblo. Esto, naturalmente, no suele tener lugar, autorizado o permitido por los jefes, sino en ciertos casos enteramente excepcionales, y como azote o castigo las más de las veces contra la conducta hostil de un pueblo a la entrada de un ejército. En todas las guerras y en todos los tiempos se han conocido saqueos de pueblos, ciudades y aldeas. Para el soldado, aun de aquellos pertenecientes a las naciones más cultas, la licencia para saquear, es la ocasión del desborde de los más bajos instintos humanos; es la oportunidad que hombres extraños y sin control, liberados de la disciplina, aprovechan para entrar sin freno en los hogares ajenos y cometer en ellos latrocinos y violencias.

Andoain había conocido el saqueo en sus casas en la

primera guerra, hacía cuarenta años, y la población conservaba con horror el recuerdo de lo que había sido aquello. No se había respetado nada: ni la santidad de las cosas sagradas, ni el pudor de inocentes criaturas.

Ningún jefe militar suele dar permiso a su tropa para saquear un pueblo, por de pronto porque existe un freno moral que es privativo del modo de ser decente de toda persona de alguna cultura, como debe ser un jefe, y porque existe una sanción de la historia y nadie es tan torpe que quiera dejar su nombre manchado en ella; y porque ningún jefe es tan absoluto en definitiva, aun en la guerra, que no haya algún poder por encima suyo que le obligue un día a rendir cuenta de sus actos.

Los jefes responsables, pues, no suelen dar por lo general a sus hombres licencia para esta clase de excesos sino en ciertas circunstancias, y casi siempre como derivado de descargas hechas a mansalva y de agresiones desde las casas contra la tropa o cuando se oculta en ellas a los que se ha dado en llamar francotiradores.

Pues bien, en el instante en que el ejército del general Moriones, de que estamos hablando, y cuando la niña, mi madre, había ido corriendo a transmitir a la suya la noticia de la llegada del hermano, he ahí que se oyen varias descargas de fusilería que parten de las ventanas de una casa del pueblo, contra la columna de soldados que avanza.

Los guías que venían a la cabeza, y entre los que había varios hijos de Andoain, fueron el blanco de esas descargas, hechas nerviosamente y sin puntería.

Fué una circunstancia feliz la presencia de estos vascos e hijos del pueblo entre esa tropa, compuesta en su inmensa mayoría de castellanos y de españoles de otras provincias, pues los vascos y andoaindarras, prevenidos como estaban del peligro de que pudiera darse libertad a la tropa para saquear el pueblo se encargaron con riesgo de sus vidas de hacer cesar el tiroteo por cuenta propia.

La voz poderosa y el vascuence limpio y convincente de mi tío, tuvo gran valor en esa circunstancia, pues mientras el resto de la tropa, al oír las primeras descargas, se desplegaba, se parapetaba y corría a tomar posiciones para repeler el ataque y contraatacar, él, singularizándose en un gesto personal de lo más oportuno, se adelantó caminando a pecho descubierto hacia la casa de donde partían los tiros, que él conocía, e increpó a sus moradores desde el medio de la calle:

—Botatzen ba dezute beste tiro bat, danak puskaturak izango zerate txakurrak bezela! (¡Si tiráis otro tiro, os vamos a despedazar a todos, como a perros!) —Y agregó—: ¡Está ordenado que si la población se resiste a la entrada de estas tropas en ella se entre a saco en todas las casas, una a una! ¡Es decir, que el pueblo será en-

tregado a la vergüenza de un saqueo! ¿Es eso lo que queréis para Andoain?

Y, dicho esto, él y otros penetraron en la casa para dar su merecido a los culpables, que por cierto no fueron hallados, pues los pícaros se escaparon por los fondos, y en la casa sólo hallaron a unas cuantas indefensas mujeres que al ver entrar a los soldados, se echaron de rodillas a sus pies implorando que no les hicieran nada.

Felizmente, todo terminó, pues, sin consecuencias.

Mi tío, con su gesto, se ganó lo que entre los criollos en la Argentina decimos, "un poroto". Su gesto viril y su actitud resuelta, se conocieron en el pueblo como algo de mérito que le valió la alabanza y gratitud de todos.

Pero hubo algo más, que se me ha referido sonriendo, y fué que algunas familias carlistas que habían sido hostiles a mi abuela y amargaron un tanto su vida hasta la víspera de la entrada de los liberales, ahora tenían miedo de que hubiera quien pudiese ejercer venganza sobre ellas.

Así se vió, entre otros hechos curiosos, a alguna damaisela gentil del partido vencido, entrar precipitadamente en la tienda de mi abuela y acercarse al héroe diciéndole:

—Nosotros hemos sido siempre muy amigos, Manuel.
¿No os acordáis?

—Sí, amigos... muy amigos...

—¿Verdad que sí?

—Cómo no. ¿Es para decirme eso que venís?

—Y para felicitarnos por vuestro valor...

—¿Nada más?

—Y para saber si no estáis enojado con nosotros.

—Y por qué voy a estarlo?

—Porque papá y mamá...

—¡Ah, sí... Ahora me acuerdo... Son carlistas...

—Eran.

—¿Cómo?

—Eran carlistas. Ya no lo son.

—¡Ah, bueno! Me alegro mucho.

Y en Andoain, no sabemos que ninguna familia haya sido molestada, después de esa guerra, por razón de sus ideas.

XII

Fin de la guerra.— El avance hacia el Ernio.— La acción de Gazume.— El gobierno decide que el rey, Alfonso XII, se traslade al norte para entrar en Tolosa en medio de sus tropas.— El anuncio del fin de la guerra civil.— Razones políticas que se tuvieron para esto.— La señal de la victoria de los alfonsinos sobre los carlistas.— La cuestión de los Fueros.

El general Moriones venía allí entre sus hombres. Estos no se dirigieron directamente a Tolosa, como en el primer momento creyó la gente, sino que, pasado Andoain, se bifurcaron por el camino principal y por senderos en dirección al monte Ernio, cuya posesión se consideraba esencial antes de ocupar Tolosa.

El general Loma, entretanto, con el fin de coadyuvar al movimiento de las fuerzas de Moriones, se trasladó a Azpeitia e hizo llegar algunos contingentes a Cestona, para atacar él a su vez el macizo montañoso del Ernio, por el oeste.

Por otra parte, siendo ya evidente el descalabro de los carlistas en toda la línea y que la guerra tocaba a su fin, el gobierno de Madrid quiso que la toma de Tolosa tuviera la resonancia de un gran suceso nacional. A ese

fin, se decidió que el rey don Alfonso XII en persona fuera el que entrara en esa población como jefe vencedor, al frente de sus soldados.

Quería con ello, en primer lugar, dar a la nación la noticia del fin virtual de la guerra y el advenimiento, virtual también, de la paz tan anhelada por todos, ya que lo que quedaba por hacer al ejército luego no era más que una tarea de limpieza; y, en segundo lugar, aureolar al joven monarca con el prestigio de una victoria militar, que, si técnicamente no era de él en términos de armas, lo era de sus generales y de la nación entera, liberal en su inmensa mayoría y republicana en gran parte todavía.

Para el espíritu sencillo de las gentes era muy elocuente, en efecto, la presencia ante sus ojos de un joven, de apenas dieciocho años, hijo y nieto de reyes, que deja su palacio dorado, su corte de gentileshombres y damas linajudas, y aparece al frente de sus soldados a la vista de todos, cabalgando un magnífico corcel. El propósito de prestigiar a la monarquía recién restaurada y hacerla popular, si no querida, se consiguió así en gran medida; ya que don Alfonso XII era él mismo, como hemos dicho, muy atrayente.

La entrada del rey en Tolosa, en calidad de jefe de las fuerzas armadas triunfadoras, fué pues, por voluntad del gobierno de España, la señal de la victoria definitiva de los alfonsinos o liberales sobre los carlistas.

Tolosa, efectivamente, significaba la toma de la sede del cuartel general de don Carlos, y significaba además la toma del bastión más codiciado por los generales del gobierno, al fin de la guerra. Pues si San Sebastián fué un hueso duro de roer para los carlistas, Tolosa, por su parte —desde que éstos entraron en ella, tras duro pelear, al principio de la guerra—, fué la Troya que no se doblegó después hasta que fuerzas abrumadoramente superiores rebasaron las defensas montañosas de sus contornos que la protegían.

Así fué como mi madre vió al rey don Alfonso, montado en un espléndido caballo blanco, de paso por Andoain, camino de Tolosa, seguido del general Quesada y otros que esa guerra ilustró.

Me complace mucho hacer destacar acá el papel histórico principalísimo que cupo a Tolosa en esos sucesos, ya que muy pocos o ningún historiador ha insistido bastante sobre la importancia de esta villa como meta que fué en cierto momento de una guerra. El día de la entrada del rey don Alfonso en esa población, el 21 de febrero de 1876, fué, efectivamente, el que se llamó el del fin de la guerra carlista. La víspera había tenido lugar, al pie del Ernio, la acción de Gazume, en que fué rota la última resistencia de las huestes del pretendiente.

**

Pero hay un detalle en ese acontecimiento —la entrada del rey en Tolosa—, que no me resigno a dejarlo pasar en estas líneas sin un comentario. Tolosa había sido considerada como la capital foral de Guipúzcoa y ya circulaba el rumor de que los tolosanos, los guipuzcoanos, los vascos todos, iban a ser castigados por la parte que muchos de ellos tomaron en esa guerra en favor de don Carlos.

Hubo un día, en 1839, como hemos dicho ya, en que a los vascos se les quitó sus fueros. Pero algo quedaba todavía de ellos —los vascos no estaban obligados aún en 1873 a servir militarmente al rey de España ni a jurar su bandera— y fué tras esta segunda guerra de que estamos hablando cuando se decidió despojar a los vascos de ese fuero —el último que les quedaba propiamente— y se infirió un nuevo agravio a un pueblo que al través de los siglos, y en medio de vicisitudes diversas, supo conservar su personalidad y sus libertades.

Huelga decir que, para cualquiera que analice imparcialmente los hechos, esa ley no tenía otra justificación que la de ser el fruto de las pasiones del momento. Los vascos habían sido víctimas de cuestiones dinásticas de España, que les trajeron conflictos a su territorio. Fueron

víctimas de los carlistas que durante esas guerras se instalaron allí, sobre todo por razones geográficas —zona montañosa propicia para la guerrilla y por su cercanía a la frontera francesa—, y que no hicieron, mientras allí merodearon, sino devastar, esquilmar, destruir, aplicar impuestos, llevar haciendas y víveres que pagaban con bonos de guerra que no se cobraron nunca; enrolar hombres por la fuerza para hacerlos soldados de la rebelión, etc. Y cuando vencieron los liberales, los vascos fueron puestos nuevamente en la picota, pues aquéllos creyeron bien cargarles con culpas supuestas —olvidando que Bilbao, San Sebastián, Pamplona y Vitoria, les respondieron siempre— y resolvieron arrasar con lo que les quedaba todavía de sus Fueros, sin pensar que en las guerras los pueblos nunca son culpables sino víctimas, y que el vasco lo había sido en mucho mayor grado que el de cualquiera otra región de España.

El cercenamiento de las libertades vascas, a raíz de esas guerras, fué un acto exclusivo del gobierno español, sin tener en él los vascos otro papel que el de víctimas.

De parte del gobierno de Madrid fué una injusticia y un error político, aun mirado desde el punto de vista exclusivo de los mejores intereses de España; corroborado esto, por cierto, por hombres como los generales Quesada, Moriones, Loma y otros, jefes liberales todos, que

fueron los que más guerrearon contra los carlistas, y que eran partidarios convencidos, en bien de España, de que debía dejarse a los vascos con sus Fueros, con su lengua, con sus costumbres, con sus tradiciones; sin mancillarlos, sin manosearlos, sin humillarlos con torpeza y con injusticia, como se hizo. En España, efectivamente, desde que a los vascos se les quitaron los Fueros —contra la voluntad unánime de aquéllos— existe una cuestión vasca, como existe una cuestión catalana y como parece que se avecina una cuestión gallega.

Pero dejemos esto. Al entrar en Tolosa el rey, en 1876, sabedor el pueblo tolosano de que el gobierno del joven monarca tenía decidido imponer a los vascos el servicio de quintas, se alzaron voces al paso del rey, moderadas en el tono y respetuosas en la forma, pero firmes y valientes en el fondo, que decían:

—¡Fueros! ¡Fueros! ¡Nuestros Fueros! ¡Paz y Fueros! ¡Paz y Fueros!

Y el rey pasó. Se fué de Tolosa a Pamplona y de allí a Vitoria, y volvió a Madrid. Y el pedido de los tolosanos, que era el de todos los vascos, no fué escuchado.

XIII

La vuelta de un pueblo a la paz. — La fábrica de tejidos de Andoain. — El hermano de América. — Hacía tres años que partió. — Los contrabandistas traían y llevaban las cartas de América. — Los ochenta duros del pasaje. — La humillación de no poder pagar una deuda.

Al fin, el mar de Vizcaya y el país vasco todo, tras la tempestad de pasiones que trastornó la vida organizada del hombre allí, volvió a tener la paz.

Los guerreros volvían a sus familias y los hogares recobraban la armonía de los días bonancibles.

Lo que preocupaba ahora no era ya si don Carlos tenía más derechos que don Alfonso para ser rey de las Españas, o si la forma de gobierno del país debía de ser monárquica constitucional y no republicana o monárquica absoluta en vez de liberal. Ni siquiera los Fueños abolidos eran motivo de preocupación seria ya para el hombre de la calle. Este tenía apremios más urgentes de qué ocuparse: rehacer los hogares destrozados; restañar las heridas sangrantes en infinidad de corazones; reparar el inmenso mal hecho a toda la región en su faz material tanto o más que lo fué en espíritu por los odios desencadenados y proveer cada uno al pan cotidiano.

Lo que buscaban todos a este fin era tener trabajo. En esto la gente ya no era exigente. Cualquier labor era buena con tal de tener alguna. La guerra enseñó en las trincheras y fuera de ellas lo que es verdaderamente malo en la tierra. Y entre el sargento prepotente que, aparte la carencia de todo lo que hace agradable la vida, amenaza con sanciones del reglamento por cualquier bagatela, y las bondades de la madre en el seno familiar, no era cuestión de preguntar a nadie qué es lo que era preferible.

Los hogares, aun los más desprovistos de todo, con sólo el calor del cariño familiar, eran afortunados, si había en ellos, como era general en las familias vascas, la comprensión mutua de las personas y un magnífico espíritu de solidaridad en el sacrificio, que no faltó nunca; unido todo a la voluntad de hacer unos y otros lo que humanamente podían, cada uno en su esfera y en la medida de sus fuerzas, para volver a hacer sonrientes las casas y fructíferos los campos.

Los saltos de agua de los ríos volvían a dar fuerza para las industrias, y las máquinas —para proveer al pueblo de los enseres de la paz—, volvían a ponerse en movimiento.

En Andoain había una fábrica de tejidos, La Guipuzcoana, de Zulueta e Isasi en la cual hallaban trabajo

centenares de personas. Para el pueblo, este establecimiento industrial constituyó en los años difíciles una fuente de recursos que hizo posible la vida de muchas familias, pese a los menguados jornales y a las catorce horas que tenían que trabajar por día.

Mi tío Manuel, que ya había estado en ella, volvió a la sección tinturas, donde era ayudante del jefe, un técnico francés, que más tarde fué gerente de la fábrica, y de quien nuestro tío nos habló siempre —muchos años después— con cariño y respeto. Por influencia de este hombre y por lo que le decía de su patria, a la que adoraba, mi tío sintió luego siempre simpatía por Francia.

**

Veamos ahora lo que fué del otro hermano de mi madre, el mayor, el que vino a América.

Habían transcurrido tres años desde que se había ido. La deuda de los ochenta duros que la madre contrajo con Gaztañaga para su viaje, todavía estaba impaga. Por causa de la guerra civil y la incomunicación en que se vivía, desde que partió, no se habían tenido sino raras cartas de él.

La pobre madre, durante todo ese período, agregaba así a las tribulaciones de la guerra y a las preocupaciones de la vida, la carencia en que estaba de noticias del hijo

de América. El servicio de correos de los carlistas era sumamente deficiente. El buen pueblo, en ciertas localidades, para tener cartas de sus deudos expatriados, recurrió a contrabandistas que pasaban a Francia para despacharlas allá, y recibirlas del mundo exterior también en dicho país, desde donde las traían a España y procedían a su reparto entre los destinatarios. Este servicio costaba una peseta oro por carta. Mi abuela también se servía de él.

Los ochenta duros, digamos en homenaje a mi tío, no fueron fáciles de ganar acá para un recién llegado y en una época en que se pagaban los sueldos con los llamados pesos bolivianos que era como decir los pesos paraguayos de ahora. Por eso tardó un buen tiempo en girarlos, pero los giró. Ahora bien, la malandanza de las cosas en esa época, hizo que ese envío no llegara a su destino. La madre no lo recibió. Sabedor el hijo, con enorme tardanza, de este contratiempo, volvió a remitir nuevamente el mismo importe.

Este llegó cuando la guerra ya había concluído. Esos tres años parecieron tan largos a la madre para pagar una deuda, que, avergonzada ante Gaztañaga, cuando por cualquier motivo tenía que pasar por delante de la casa de él, tal era su humillación, que desviaba el camino y hacía un rodeo, como si sintiera en lo íntimo de su ser,

profundamente honrado, que los muros mismos de la casa del acreedor tenían que acusarla de una obligación incumplida. La jovencita de entonces que luego sería mi madre, sabedora de estas intimidades de la suya e identificada totalmente con ella, parece que cuando alguna diligencia la llevaba ante la casa de Gaztañaga, la niña también sentía el rubor de esa situación molesta, y pasaba por delante, inclinando la cabeza, mirando al suelo, sin osar alzar los ojos.

¡Y qué dicha la de toda la pobre familia cuando al fin se pudo pagar la deuda!

XIV

En el Buenos Aires de 1873.—Don Martín Echeverría.—Su mujer era de Andoain.—El joven vasco se coloca.—La casa está en crisis.—El empleado pierde sus ahorros.

La llegada de mi tío al Río de la Plata y su iniciación acá, tiene la sencillez de miles de casos similares; y por eso, para que en estos trazos se vean dibujados algunos de ellos, además del particular que trato, voy a detenerme un momento a hacerlo resaltar en algunos detalles.

Parece que un día, en una modesta familia vasca de Buenos Aires, allá por 1873, se entabló una conversación más o menos así:

—¡Hola, Echeverría! Vea, ahí anda dando vueltas en el muelle desde hace tres días un joven que no sé si se aparta del lugar ni siquiera para comer y que, por la pinta, me parece que es vasco.

—¿Vasco?

—Sí. Si no es vasco ese . . .

Y la mujer de Echeverría, con su corazón como el de todas, o casi todas . . . oyendo eso, le dijo a su marido:

—Vete al muelle, Martín. Ve a ese joven. Hábla-

le... Tal vez sea alguno que no tiene a nadie acá y no sabe qué hacer...

Echeverría, hombre bonachón, de alma noble, no necesitó más. Se puso la boina y calzado como estaba con sus alpargatas —era un hombre de trabajo—, encaminó sus pasos a lo que se llamaba entonces "la bajada del muelle" o, simplemente, "el muelle de pasajeros". Huelga decir que en el Buenos Aires de esa época no existía todavía el gran puerto que hoy conocemos.

El joven estaba allí. Echeverría lo ve y se dirige a él:

—Diga, mozo. ¿Usted es vasco?

—Sí, vasco soy.

—*Euskalduna?* (¿Vasco?)

—*Bai, jauna.* (Sí, señor.)

—*Zein erritakoa?* (¿De qué pueblo?)

—*Andoingoa.* (De Andoain.)

—*Andoingoal! Nere emaztea ere angoa da. Zein etxetako zera?* (¡De Andoain! Mi mujer también de allí es. ¿De qué familia?)

La excelente mujer que era la esposa de Echeverría, efectivamente, era de Andoain. Hacía algunos años que había venido a la Argentina y conocía perfectamente a la madre del recién llegado.

Y él, el vasco de las cosas prácticas, con la satisfacción del bien hacer, trajo en seguida al joven a su casa.

Le prestó el precioso estímulo moral que necesitaba, ofreciéndole un techo y una mesa servida. La casa del vasco se abrió para el joven como un nuevo hogar.

**

Poco después el recién llegado se colocó. Su patrón era comerciante. Con él trabajó varios años. Su sueldo era magro, como era general en ese tiempo. Pero hubo algo peor, y es que la casa en que se había colocado, por causa de algunos negocios desafortunados de su dueño, entró en crisis. El hombre empezó a debatirse entre dificultades financieras. Estaba en trance de tener obligaciones que le apremiaban y que no podía satisfacer. Algunos empleados —mi tío entre ellos— dejaron sus sueldos en manos de él, tal era la buena voluntad de todos y tal el buen concepto en que sus subalternos le tenían. Un día, un acreedor impaciente, que la víspera era muy liberal con él y que ahora apretaba el torniquete, pidió la quiebra del comerciante. La casa se cerró. El asunto pasó a abogados y procuradores. El comerciante se quedó en la calle y mi tío perdió los ahorros de varios años de trabajo.

Había pues que empezar de nuevo.

XV

La campaña argentina.—El vasco sale al campo.—Maipú, provincia de Buenos Aires.—Contraste de dos mundos.—La hacienda suelta.—El ferrocarril.—Lo que esto significó como factor de progreso y de riqueza en la Argentina.

Tras andanzas diversas, al fin, salió al campo. Se colocó en otra casa de comercio, esta vez en plena campaña, en Monsalvo, partido de la provincia de Buenos Aires, al que en el año 1878 se puso el nombre de Maipú, en honor de la batalla ganada en los llanos de Maipo, cerca del río epónimo, en Chile, en la guerra de la independencia por el general San Martín, y en ocasión de la repatriación de los restos del prócer que tuvo lugar en ese año, trayéndolos de Boulogne-sur-Mer, donde estaban —en la iglesia de Brunoy—, para guardarlos como reliquia sagrada en la catedral de Buenos Aires.

Maipú, la cabecera del partido, era entonces un poblado incipiente, en el que recién se establecía una parroquia, y cuyos habitantes iban a recibir con júbilo la primera locomotora que se veía por allí. La vía férrea, efectivamente, que llegaba ya a Dolores, se estaba prolongando hacia el sur.

De aquellos pueblos de templos seculares, de campanarios sonoros, de edificios macizos de piedra, de alcaldes, de casa consistorial y alguaciles, nuestro hombre de Andoain llegaba, pues, a un país y se dirigía a una campaña de una vastedad ilimitada; donde las extensiones de la tierra, los campos, la propiedad del terrateniente, se medían todavía con toda liberalidad por leguas cuadradas; donde el agua no era de arroyuelos de montes, ni de fuentes alegres, sino que se extraía de jagüeles y de pozos, de escasa hondura o profundos, que el hombre cavaba en la tierra. Era poblador de un país donde el ganado cimarrón —vacas y caballos— estaba todavía libre en ciertas zonas, como los fiandúes, y eran de quién, diestro en el manejo de las boleadoras y el lazo a la vez que buen jinete, podía darles alcance y domeñarlos. Hay historias en nuestro país de quienes hicieron fortuna con gauchos que tenían a su servicio y a quienes pagaban a tanto por vaca y caballo suelto que traían a sus campos, y cuyo valor no era a menudo más que el del cuero, pues con la carne no se sabía qué hacer, a tal punto abundaba.

Todos sabemos en la Argentina lo que significó, como factor de progreso y de riqueza acá, el riel, en la época esa en que, estimulados por los intereses metalúrgicos de Inglaterra y de Francia —por no citar sino los principa-

les—, ciudadanos emprendedores de esos países se ocupaban de esta clase de negocios. Era además la cosa novedosa de entonces, que despertaba el entusiasmo de la juventud y de los hombres de pro, como el automóvil hasta hace poco y el avión ahora. El entusiasmo, el furor —digamos así— por el ferrocarril, no era sólo una cosa peculiar de la República Argentina; en los Estados Unidos que era un país nuevo también, en el Canadá, en Australia, y en las naciones todas de Europa, fué lo mismo. Un poco antes en unas, un tanto después en otras; eso fué lo que las diferenció.

Tras la vía férrea, auspiciada su implantación por gobiernos argentinos progresistas, iban al campo en nuestro país, en las zonas beneficiadas por sus servicios, los hombres de empresa que se agregaban así a los ganaderos algo rústicos de entonces que ya estaban allí con sus haciendas; tras ella iban los comerciantes, los agricultores, los trabajadores de otros mundos que venían acá de más en más a probar fortuna. Y todo contribuía a poner en valor la tierra. Así empezó a ser trabajada más intensamente que hasta entonces; se empezó a parcelarla, a mensurarla; se la deslindaba mejor, se le ponían mojones; se compraba y se vendía, se alambraba, se abrían caminos, se ponían tranqueras; se empezó a arar, a sembrar, a preocuparse de refiniar los pastos para

las haciendas, las cuales a su vez eran mejoradas en su calidad, pues teniendo medios de transporte adecuados —disminuidas las distancias por el riel— y siendo estos productos fácilmente negociables, valía la pena ocuparse seriamente de ellos. La población era todavía muy escasa, pero estaba llegando.

XVI

El encuentro de dos vascos en la pampa.—Invitación para salir el domingo al campo.—De caza.—Don Pedro Garamendy.—Un día delicioso.—La charla de sobremesa.—Una casa de comercio en pueblo de campaña.—¡Ah, si yo tuviera diez mil patacones!—Don Pedro y mi tío se asocian.—La casa de comercio nueva.

Mi tío, pues, ya era un habitante de Maipú.

Por el azar del destino a esa misma zona había llegado hacia poco otro hombre, hijo de Vasconia también. Y ocurrió un día que éste entró en la casa de negocio donde estaba aquél para hacer una compra, acompañando a una señora, vasca a su vez. El recién llegado era el que, con el correr del tiempo, iba ser el padre del autor de estas líneas.

La señora era la esposa de un vasco francés, hacendado, establecido en Monsalvo hacía años, y conocido en el lugar con el sobrenombre —que todos le daban cariñosamente— de Pedro Flaco. Este don Pedro, no era flaco, sino gordo, pero había sido flaco; de ahí el mote. Su nombre verdadero era Pedro Garamendy.

La esposa de don Pedro era prima en segundo grado del joven que iba con ella; era hija de Berástegui, como

su acompañante, y había llegado a la Argentina hacia algunos años. Don Pedro era bastante mayor que ella, y ella mayor que su primo.

A las primeras palabras cambiadas con el empleado del negocio descubren todos con alegría que son vascos los tres y guipuzcoanos.

Los dos jóvenes, el de Berástegui y el de Andoain, simpatizan en seguida. Se hacen amigos. El del campo invita al del pueblo a venir el domingo a pasarlo en la estancia de don Pedro, que es donde él va también, ya que en su rancho, en la sección de campo que ocupa, con varios miles de ovejas, tercianero que es con don Pedro, no hay comodidades. Es un rancho de barro con techo de paja, donde él está solo con un peón que le ayuda a cuidar las ovejas. Lo invita a pasar con él el domingo galopando por la campaña, cazando, agarrando mulitas que abundan allá, patos silvestres en las lagunas, cigüeñas, bandurrias, flamencos, ñandúes y toda la gama zoológica de la fauna pampeana, en que la zona es riquísima. Allí hay teros, chajás, gavilanes, chimangos, gallaretas, lechuzas, martinetas, perdices, etc.... hasta decir basta.

El día es delicioso. El del pueblo pasa un domingo encantador en aquella campaña y con aquella gente, entre la que es acogido a partir de ese día como uno de la casa. Y ya no hay domingo o día festivo en que el

hombre no busque en aquel lugar, desde la mañana hasta la noche, el ambiente hogareño que hace su felicidad.

Allí no solamente se caza y se come —en una mesa opípara, en la que la empanada criolla, el churrasco, cuando no el asado con cuero y las perdices, hacen el deleite del paladar—, sino que, se habla también, y cada uno tiene ocasión de expresar su sentir, de traer sus recuerdos familiares, de hacer revivir el ayer y de trazar cuadros de esperanza para el porvenir.

**

Los primeros en abrir su corazón —tras un buen yantar— fueron los amos de la casa, don Pedro y su esposa, quienes evocaron sus días primaverales en Berástegui y el país vasco-francés. Los jóvenes alternaron en la conversación con ellos. Estos son más abiertos, más loquaces; son entusiastas, tienen en el alma el optimismo propio de la edad.

De lo que dicen se deduce que todo se desliza amenazante para ellos. La pampa acogedora y ubérrima hace la vida fácil a esos extranjeros y les autoriza a ambicionar y esperar mucho —pecuniariamente, se entiende— de su esfuerzo en América.

Mi tío habla del negocio de Maipú, donde está colocado. Explica a sus interlocutores lo que es una casa de

comercio de pueblo incipiente en la campaña argentina, cuyo mecanismo los otros desconocen, pues han sido hombres del campo siempre. Así les dice que su patrón está haciendo el dinero que quiere. Y al dar algunos datos, exclama:

—¡Ah, si yo tuviera en estos momentos diez mil patacones!

—¿Qué haría si tuviera esa plata? —le pregunta bonachonamente don Pedro, él que tiene esa suma disponible, precisamente.

—Me establezco con negocio de almacén y ramos generales —contesta el joven, sin vacilar.

—¿En Maipú?

—Sí, pues.

—¿Una casa como la de Martínez?

—Naturalmente. Acá no puede ser sino un negocio donde haya de todo.

—¿De todo?

—De todo, incluso perfumería y productos de farmacia.

—¿Es buen negocio entonces ése? —inquiere de nuevo don Pedro, a quien el asunto le tiene meditativo.

—¿Cómo no va ser! ¡Maipú tiene una campaña muy rica! ¡Y con el precio que tienen ahora los cueros y la lana...! ¡Hay que ver el balance de fin de año de mi



VISTA PANORÁMICA DE UNA PARTE DEL PUEBLO DE BERÁSTEGUI

Cap. XVIII



IGLESIA DE ASTEASU (GUIPUZCOA)

Cap. XX

amo! ¡Y yo soy en realidad el factor de su prosperidad, pues, es por mí que la gente viene de más en más al negocio! —dice orgullosamente y algo consentido sobre su propio valer, el joven vasco.

Y prosiguió dando datos, cifras, haciendo cálculos . . .

Mi tío con su discurso, sin pensar en el efecto inmediato o muy próximo que sus palabras iban a tener, echó así la semilla que iba dar su fruto. Pues don Pedro era propietario de una buena extensión de campo que había comprado cuando en la Argentina se vendía la legua cuadrada por lo que hoy se considera un valor irrisorio.

Y cuando al otro domingo el del pueblo volvió al campo, don Pedro, en la charla de sobremesa, llevó la conversación otra vez al tema de lo que un comerciante gana en un año con sus ventas de palos para alambrar, de rollos de alambre, de puntillas, de botas, de ponchos, camisas, vino, yerba, etc. Así dió ocasión para que el joven diera más referencias sobre lo que suele haber en la trastienda de un negocio de éstos y completara sus datos anteriores calculando incluso la cantidad de azúcar que consume en doce meses una chinita criolla mateando debajo del alero de su rancho, mientras su "dueño" cabalga en pos de su hacienda extraviada en la pampa infinita . . .

Habló sobre los tercios de yerba que despacharía en un año en su negocio, si lo tuviera; sobre la cantidad de vino, de arroz, de sillas de montar, recados, chiripaes, ropa blanca, rebenques, y de la ganancia que todo eso le reportaría . . . Dió datos sobre lo que el paisanaje criollo deja como beneficio al pulpero cuando entra en el despacho de bebidas de éste para calentarse el garguero con caña, simple o doble; con coñac, ajenjo, vino, café, etc., mientras discute sobre si don Sofanor Luna es más diestro que don Aniceto Ferreira en el juego de la "taba", o sobre si el malacara de Heriberto Laguna es más ligero que el zaino de su compadre, don Leocadio Vizcacha, en las carreras cuadreras; y habló sobre lo que consume en el despacho de bebidas del pulpero la gente del campo en los domingos mientras comenta entre copa y copa sobre alguna nueva hazaña de Juan Moreira, que ha hecho ya tantas de las suyas con su facón en mentados duelos criollos, y de las muertes que tiene en su haber, y de cuando enfrenta a las partidas policiales que intentan prenderlo en el campo, cosa difícil, pues el gaucho tiene un pingo al que es muy difícil dar alcance con los matungos policiales en llanuras tan dilatadas.

Y así prosiguió el joven europeo explicando a don Pedro, a mi padre y a doña Francisca, que le escuchaban, sobre lo que es también el negocio de la compra y venta

de lana para exportar, de cueros de animales que se faenan y mueren en la campaña, etc.

—¡Así es que con diez mil patacones...! —vuelve a preguntar don Pedro, queriendo estar bien seguro antes de tomar una resolución.

—¡Cómo no! —contesta el joven—. ¡Diez mil pesos oro! ¡Ah, si yo los tuviera!

—¿Se puede hacer mucho con ellos?

—Es evidente. Y, además, los mayoristas de Buenos Aires son actualmente muy liberales con sus clientes. Tienen confianza en los negocios del campo. Hay un optimismo muy generalizado. Fían mucho; así como el comerciante fía también a la gente campera, cuentas que se cobran luego con el producto de la hacienda. No es raro el caso —agrega— de que el monto de estos créditos sea muchas veces superior al capital del hombre de negocios.

Así, entre el vasquito, mi tío, que no tiene dinero, pero sí condiciones naturales de hombre de empresa, claridad de vistas y elocuencia, y don Pedro, un buen día deciden formar una sociedad. El uno, el joven, será el socio activo; el otro será socio comanditario. El uno aportará el capital, el otro pondrá su trabajo personal, su actividad, sus cualidades juveniles de entusiasmo, su competencia.

XVII

Prosperidad. — Una joven que reza en vascuence. — El comerciante vasco se enamora. — Mi tío pide a mi padre la mano de su hermana. — Este se declara a su vez enamorado de la hermana del otro. — Se convienen dos bodas a celebrarse en un mismo día. — La llegada de la joven prometida a Maipú. — Cómo entra en contacto con el hombre de su destino. — Mis padres se hablaban de "vos".

La casa de comercio nueva se abrió, pues, en Maipú. Al cabo de un tiempo, el joven en plena libertad en el ejercicio de su comercio, activo, sagaz y hombre de mucha iniciativa como es, hace de su casa el establecimiento comercial más importante del lugar. A los pocos años es considerado ya un hombre de posición destacada en Maipú, al par del intendente del pueblo, del jefe político, del médico, del señor cura, del juez de paz y de algunos hacendados ricos de la zona, entre los que hay nombres como Ramos Mejía, Madero, Pizarro, Pereyra Iraola, Luro, Zubiaurre, Anchorena, Lynch, Ortiz Basualdo, etc. Todos lo conocen; es amigo de todos; de todos es bienquisto y considerado. Ya no hay más el diminutivo de Paco, Pancho o Pachi; ahora es don Francisco.

En su roce con unos y con otros ha adquirido mundo, don de gentes y un barniz cultural de conocimientos generales que lo hacen agradable en el trato, no haciendo en verdad un papel deslucido ni aun cuando tiene oportunidad de hablar con las personas más representativas, incluso con el propio don Carlos Pellegrini y algunos de sus ministros, cuando aquél ejerció la presidencia de la República en 1890.

Al lado de la suya, las otras casas de comercio de Maipú y su zona circundante, son meros boliches. Su ex patrón, hombre de mucha menos visión que él para los negocios, queda reducido a una clientela mínima. El lo arrastra todo. La sociedad con don Pedro, a los pocos años, se disuelve. Y él trabaja por su cuenta desde entonces, con capital propio. El volumen de sus operaciones comerciales se cifra por centenares de miles de pesos al año.

**

Pero este hombre, antes de alcanzar todo ese desarrollo y prosperidad, a poco de establecerse y antes de separarse de don Pedro, sintió un día que tenía una situación que le permitía ambicionar decorosamente algo más. Decidió casarse.

Había conocido a una compatriota suya recién llegada al Plata. La niña era sonriente, suave, recatada,

discreta, tímida, muy delicada e infinitamente gentil. No hablaba casi el castellano. Su lengua era el vasco. Cuando iba a misa en Maipú, los domingos y días de guardar, rezaba en vascuence, como lo había hecho siempre en su pueblo de los Pirineos. El comerciante se había enamorado de ella. Esta joven era hermana de mi padre que, llamada por éste, había llegado al país hacía poco tiempo, juntamente con otro hermano.

Si los dos amigos, mi padre y mi tío, estaban unidos antes por los lazos de una simpatía recíproca invencible, ahora había una razón más entre ellos para ser inseparables.

Y, como era inevitable, llegó un día en que mi tío decidió formalizar las cosas, pidiendo a mi padre la mano de su hermana.

**

Entre los dos amigos la escena fué de las más comovadoras, pues mi padre no pudo ocultar a su vez que él también quería, y que el objeto de su amor era la hermana ausente del otro. ¡Tanto le había oído al amigo hablarle de ella! ¡Tantas veces le había visto sacar de su cartera el retrato de la joven, que —flaqueza a la que no pudo escapar—, se enamoró él también...

La mujer que él quería, pues, estaba ausente, no la conocía, no la había visto nunca; todo lo que sabía de ella

era por las referencias del hermano; por lo que había observado en el amigo de cómo tenía vivo en su recuerdo la imagen de esa hermana chica que dejó en Andoain; cuyas cartas leyó algunas y de la que le había enseñado en esos días un último retrato, recién recibido, sacado en San Sebastián. La niña de otras horas, efectivamente, era ya una señorita, graciosa, bonita, risueña y que tenía en sus ojos, puros como su alma, todas las seducciones de su edad.

Cuando después, con el correr de los años, yo llegué a mi edad de hombre y confronté las referencias que de estas cosas me transmitía mi madre con el retrato de ella de cuando tenía diecinueve años, comprendí cuán lógico fué este amor de mi padre, y acepté sin dificultad que se pueda prescindir del conocimiento personal, para el arraigo en nuestro pecho de la pasión amorosa, en casos especiales.

**

¡Cuál no sería su deslumbramiento cuando la realidad vino a confirmar sus ensueños y vió, meses después, a una deliciosa joven, vivaz, deslumbrante de belleza, que baja del tren sonriendo en la estación de Maipú, acompañada de un caballero —vasco también— que viene con ella desde Buenos Aires! ¡Y cuál no sería su dicha al advertir que la joven, gentil con todos —tras el abrazo efusivo

a su hermano mayor que está allí esperándola y a otro hermano menor, que ha venido a América antes que ella—, sin saber quien es él todavía, le sonríe también cordialmente! ¡Y cuando siente el timbre de su voz, como un arrullo, y comprueba la seducción de sus ojos, más bellos y más diáfanos de pureza aún de lo que parecían en el retrato! ¿Cómo dudar de que estuviera seguro de no equivocarse al pensar que su hogar en ciernes, con tal compañera a su lado, tuviera él por mansión un palacio en una gran capital o se anidara en un rancho perdido en el campo argentino, tenía que ser idílico forzosamente?

Y allí hubo un *quid pro quo* delicioso, pues mi padre no fué presentado a la joven inmediatamente como el novio que era ya, con quien estaba prometida y con quien iba a casarse meses después, sino que, por una ocurrencia del momento, tras el abrazo de los hermanos, mi padre se adelantó a ella desenvueltamente, diciéndole en vascuence:

—¿No os acordáis de mí?

Ella le mira y dícele:

—Sí, os recuerdo. Sois Ignacio.

—Ese es mi nombre, en verdad. Pero temo asimismo de que me confundáis con algún otro. ¿De dónde creéis que soy?

—¿No sois de Andoain?

El vacila un instante, pero se recompone en seguida:

—Sí, soy de allá. Pero me refiero a la casa de mis padres en vuestro pueblo.

—¿En vuestro pueblo? —dice ella mirándolo otra vez con atención, por si no se habrá equivocado.

—O de sus alrededores —responde él vivamente, temiendo de que ella le dé la espalda y le desprecie si le confiesa que no es de Andoain.

—¡Ah, sí! Es cierto. Sois de las afueras —agrega ella luego—. Vuestra casa es tal... —y da el nombre de un caserón opulento de la montaña, del que él no ha oído hablar nunca.

Pero el error en que ha caído la joven tiene su faz de encanto y él —aparte de que no se atreve a desdecirla— está absorbido en la dicha de oír esa voz que suena en sus oídos más fina y suave que la de un ángel.

—Habéis acertado —contesta, mientras caminan hacia el negocio de mi tío, que está a dos pasos de la estación—. Ese Ignacio soy... y de esa casa que decís...

Y cuando un momento después, ya en el negocio, se descubre el equívoco, en medio de la risa de todos, ella ya no protesta sino que aprueba también, pues el detalle le ha permitido conocer un tanto al hombre, aqualatar sus maneras, ver su talante, comprobar su modo de ser comedido y obsecuente; por todo lo cual le ha

caído en gracia ya, a la vez que por la entonación rendida de su voz, y por el modo un poco travieso como ha entrado en contacto con ella.

¡Y cosa curiosa! El es un hombre que nunca miente; es el modelo del hombre veraz y serio por excelencia; jamás mi madre va a recordar que le haya mentido en ninguna otra ocasión en todo el resto de su vida.

**

Uso el "vos" en el tratamiento que se dieron entre sí mis padres, pues —según ellos— corresponde al *zu* o *zuk* que usaban en su vascuence. Nunca emplearon entre sí el *i* o *ik*, que es equivalente al "tú"; como tampoco el *berorri* o *berorreka*, que corresponde al "usted".

Siempre fué el *zu*, es decir, el "vos". Por eso lo empleo en sus diálogos, por entender que se ajusta más a la verdad y por ser la forma respetuosa —muy frecuente entre los vascos— que tenían de tratarse entre ellos.

XVIII

Quién es él.—El pueblo de Berástegui.—El caserío de mi abuelo.—Mariezkurrenea.—Los Arrue, los Ibarrola, los Garaicoechea.—La institución del mayorazgo.—Causa secular de emigración de muchos vascos.

Pero veamos antes quién era este hombre a quien mi tío —que los que le han conocido después le han tenido siempre por persona de cierto empaque— iba a pedirle su hermana para compañera de su vida y le iba a dar la propia en matrimonio; y en cuyo honor iban a escoger ambos, para la consagración matrimonial conjunta de las dos parejas, un 31 de julio, día de San Ignacio.

Mi padre era cinco años más joven que mi tío y toda su fortuna consistía, cuando se casó, en unos miles de ovejas cuyo valor era de unos pocos pesos por cabeza. No era, pues, por sus riquezas que se le tenía en esa consideración.

Pero es que suelen ocurrir en la vida hechos mínimos que repercuten a veces trascendentalmente en el destino de los hombres. El encuentro de mi padre con mi tío fué uno de estos casos. Es entonces cuando se produce efectivamente en este hombre un vuelco en su modo de

ser y en sus perspectivas de desenvolvimiento en América. Hasta la sociedad con don Pedro, que fué el punto de partida de su prosperidad ulterior, fué debida a la intimidad de estos dos amigos —según confesión de don Pedro— más que a las peroraciones inflamadas de un joven dependiente de almácén sobre los milagros que sería capaz de hacer con diez mil patacones, si los tuviera.

El contacto con mi padre transformó a mi tío, de alguien que no ve claro su porvenir todavía y que vegeta sin rumbo bien determinado, en un hombre que halla al fin su ruta; se llena de entusiasmo, de optimismo, de confianza en sí propio y en su porvenir. Es él, el que le hace admirar hasta un punto no conocido hasta entonces las cualidades de virtud, de amor a los suyos, de bondad, de seriedad, de pundonor y de fe religiosa, que embellecen un carácter de hombre. Así se explica que le diera su hermana dilecta en matrimonio sin vacilar y sin consultarla siquiera a ella, seguro como estaba de destinarla a un hombre que la haría feliz.

Hay otro detalle ilustrativo para aquilatar la estimación en que se tiene a una persona. Por aquel entonces el hogar de don Pedro fué agraciado por el nacimiento de una niña, y es al joven ese a quien se le pide que sea el padrino de bautizo de la criatura y no al otro, pese

a que éste era socio ya de don Pedro y mayor que él. Mi tío fué objeto, es cierto, del mismo honor más tarde, dándosele a alzar otra niña que vino al mundo un año después.

Mi madre, cuando me explicaba estas cosas, siendo yo un niño todavía —muerto ya el autor de mis días—, me decía siempre que él, en Berástegui, era de una familia más importante que la suya en Andoain, ya que ésta pasó por tribulaciones que la otra no conoció.

Tenía este orgullo, el de querer ver una mayor jerarquía en su marido; y me place registrarlo por lo que revela de la consideración respetuosa que le tenía y del amor que le profesaba; pues no era sólo con el fin de inculcar en su hijo el sentimiento de la veneración por la memoria del padre muerto lo que la movía a hablarme así, sino que sentía realmente por él la unción de una enamorada.

Trasladémonos, pues, un momento a Berástegui, su pueblo natal. Veamos de qué familia era, qué hacía allí y por qué dejó sus lares un buen día y se vino al Plata.

**

El alcalde del pueblo, cuando mi padre emprende el camino de América, era mi abuelo, su padre. Había sucedido en ese cargo a aquel famoso Alduncín, su ami-

go, a quien el guerrillero Santa Cruz, célebre por sus crímenes, en los principios de la segunda guerra carlista, hizo fusilar con toda injusticia.

Berástegui es un pueblo del que apenas puede decirse que tiene un núcleo urbano propiamente dicho; sus casas, fuera de unas pocas alrededor de la plaza —con la casa consistorial allí y el frontón de pelota—, todas son caseríos; la iglesia misma está ubicada a cierta distancia de la plaza con otro grupo de unas cuantas casas en su torno.

Esto no quita que —visto desde una altura— todo ese conglomerado de construcciones sin orden simétrico alguno, que se va dispersando a medida que se aleja del centro y se ralea —con senderos que llevan en todas direcciones— desparramándose en las ondulaciones del terreno, al borde de arroyuelos y en las faldas de los montes, es de una belleza encantadora.

La autoridad comunal —alcalde, teniente alcalde y concejales— está constituida en Berástegui, como en otros muchos pueblos vascos, en su casi totalidad por caseros; es decir, hombres de la tierra, simples labradores. Y no se diga que esto deba redundar necesariamente en desmedro del buen gobierno del municipio, sino que casi siempre es todo lo contrario. ¡Benditos los pueblos que tienen por administradores de la cosa

pública a estos aldeanos de pocas luces y mucho buen sentido, y que están desprovistos por lo general de toda otra ambición que no sea la de merecer el bien y la estima de sus iguales en el vecindario! Hasta en la solemnidad de su indumento —chistera, capa y bastón de mando el alcalde, seguido de los concejales, con capa y chistera también ellos—, precedidos del tamboril, cuando van a misa los domingos en corporación, muestran la seriedad que dan a la función.

**

Mi padre no era pues del pueblo, sino del caserío.

La cuna de mi madre —he dicho ya— se meció en una casa de la planta urbana de un pueblo pequeño en Guipúzcoa; pues bien, en contraste con eso y con el fin de destacar la diferencia de unos vascos y otros, según sean unos hijos de la montaña y otros no, debo decir que mi padre vió la luz de la vida en un caserón enclavado en una altura, en tierras de cultivo relativamente extensas, dentro de lo reducido que es en general la propiedad rural en el país vasco.

La importancia del casero allá, como la del estanciero acá, se mide por la superficie de sus tierras. Pero sin saberse todavía cuál es la extensión de éstas, ya se aprecia la responsabilidad material y moral del casero por

la masa mayor o menor de edificación que constituye su casa.

La de mi abuelo era una mole no despreciable de piedra. Esa casa tenía sobre sus techos varios siglos de lluvias y nieves invernales. Sus muros de piedra, de hasta un metro de espesor en ciertas partes, daban la impresión de poder desafiar sin miedo a un milenio o dos de años más, y sobrevivir a guerras, cambios de dinastía, revoluciones y vuelcos de la sociedad, conforme a la ley de la evolución de las cosas en el transcurso del tiempo, lo mismo en el orden social que en el orden físico.

Esta casa tenía un subsuelo, una planta principal, un primer piso y un desván. El subsuelo era una especie de cuadra, en el que se recogían los animales domésticos por la noche —vacas lecheras, bueyes, burros, cabras, cerdos, etc.—. No había ninguna pared o subdivisión interior, salvo una fuerte columna en el centro que servía de apoyo a los pisos superiores y al techo. En él cabían no solamente docenas de animales mayores, sino carros, herramientas de labranza, etc. Se entraba en ese subsuelo por un plano inclinado descendente, bien empedrado, con amplio portalón a dos batientes.

A la planta principal, donde estaban las habitaciones de la familia —cocina, comedor, etc.—, se subía por un plano inclinado ascendente de mampostería de piedra,



UNA VISTA DE TOLOSA EN LA QUE SE VE EL RÍO ORIA, LAS ESCUELAS PIAS, A LA IZQUIERDA, EL PUENTE DE
NAVARRA, EL PALACIO IDIAKEZ A LA DERECHA

Cap. XIV



VISTA DE TOLOSA, CON LA IGLESIA DE SANTA MARÍA AL FONDO, Y EL VIEJO PALACIO DE IDIAKEZ

Cap. XXIV

que daba a un portón amplio, como para que pudieran entrar allí también *gurdís* (carros) cargados y bestias, dentro mismo de la casa, y evolucionar en ella. No olvidemos que el *gurdi* de los vascos es generalmente bastante pequeño, y que no tiene nada de común en todo caso con esas inmensas carretas, en uso antaño en la pampa argentina.

Más arriba, el piso superior y el desván, servían como depósitos para los productos de la tierra que allí se almacenaban.

¿Cuántos siglos tenía esa casa? No lo sé. Pero puede inferirse algo de su antigüedad por este detalle: al lado de ella había un cuerpó de edificio, que en tiempos prósperos mi abuelo hizo construir, para tener más lugar para su hacienda; almacenar sus productos de granja: cereales, heno, lino, papa, remolacha, haba, arveja, alubias, manzanas, ciruelas, guindas, castañas, huevos, lana, cueros, etc., frutos todos que se cosechaban en las tierras de su propiedad.

Esto no quiere decir que mi abuelo fuera un gran terrateniente. ¡No! Nada de eso. Tenía ganado y cultivaba de todo y todos estos productos los he visto yo con mis ojos, sembrados, recolectados y almacenados, como es habitual en las granjas vascas, pero todo en escala modesta.

A esta casa anexa se la llamaba la casa nueva, y que no por ser así, dejaba de ser todo un respetable edificio, en el que podían tener cabida y vivir muy cómodamente unas cuantas familias, en caso de necesidad. La tal casa nueva fué construída a mediados del siglo xix, y tenía pues ya muy cumplido el medio siglo cuando yo la conocí. La casa nueva era blanca, para que, en contraste con la otra, pareciera coqueta, como una niña casadera y bonita cerca de la madre.

Los muros de ésta —la casa vieja—, son sombríos; tienen el color cetrino que pone el tiempo con su páginas en la piedra. A nadie se le ocurre, ni al más rústico casero, profanar esa belleza de cosa antigua poniendo ahí una mano de cal, sino que se la deja así, con ese aspecto severo de los muros seculares. Y no hay duda de que dentro de un siglo o dos se la continuará llamando la casa nueva. ¿Cuántos siglos tendría entonces la vieja, que era más maciza, más imponente, ante la cual la nueva, pese a su aire alegre, parecía pedir perdón por la cercanía en que la pusieron de ella? No lo sé.

Esta casa tenía un nombre: se llamaba Mariezkurrena. Fué de los Arrue durante siglos; tocó en herencia a mi abuela, que era una Ibarrola. Esta Ibarrola se casó con don Juan Miguel de Garaicoechea, mi abuelo, que así fué el primero de su apellido que entró en esa casa. Los

Garaicoechea no eran de Berástegui, sino de Elduayen, donde tienen su solar y su blasón.

¿Pero a qué hacernos ilusiones y a qué esperar que las cosas ocurran de otro modo que como han de ser? Yo sé perfectamente que de esa casa un día desaparecerán los Garaicoechea, como desaparecieron los Arrue y los Ibarrola y como ha desaparecido también de la casa de Elduayen el nombre de mis antepasados.

Otras familias con otros apellidos pasarán por ella en los siglos venideros; pero, eso sí, la casa estará ahí, enhiesta, altiva, severa, solemne; visible desde lejos, como la veía yo de niño cuando con mis padres y con mis hermanas —argentinos traviesos nosotros— íbamos en nuestras vacaciones a ella, a pasar unos días o semanas, en compañía de nuestros tíos y primos muy simpáticos, que teníamos en la montaña, y con quienes, en pláticas sencillas, practicábamos el vascuence.

En esa casa nació mi padre. En ella se despidió de su madre, llorando, cuando impelido por la guerra carlista, ante el temor de ser llevado soldado por Santa Cruz, y aterrado su padre por el fusilamiento de Alduncin, se precipitó su venida a América, cuando sólo tenía 16 años de edad.

Mi abuela paterna no tenía hermanos varones. Si los hubiera tenido el caserío de que estamos hablando no le habría correspondido en herencia a ella. Pues en el país vasco, en ese tiempo, estaba en pleno vigor la institución del mayorazgo. Según éste, el primer hijo varón de una familia era el que heredaba la propiedad paterna. Los otros recibían el tercio —así era en tiempos de mi padre— del valor calculado del bien paterno, el cual —el tercio que decimos— era subdividido a su vez en tantas partes iguales como hermanos menores había en la familia.

A nuestra mentalidad de argentinos, con otras leyes sobre esta materia y país nuevo como es el nuestro, con campos todavía de gran extensión y sin los problemas que engendra la propiedad muy subdividida, a primera vista, esto nos parece absurdo. Pero si nos detenemos un momento a considerar el punto con un caso concreto a la vista, veremos que él obedece a un razonamiento de los viejos enteramente lógico.

Si se procediera a subdividir tierras ya muy reducidas, efectivamente, en fracciones menores aún, en la siguiente o subsiguiente generación, la propiedad quedaría mermada en parcelas tales, que no podrían vivir con el fruto de su trabajo en ellas, ni el mayor ni los otros. Para evitar esto, el primero se queda con todo, obligándose a

indemnizar a los segundos... con algo... ya que no es razonable pedir mucho.

Los hermanos de mi padre —varones y mujeres— eran siete. Dividido el tercio entre los seis segundos, a él le correspondió algo así como diez mil reales.

Todos sabemos la influencia que la institución del mayorazgo ha tenido durante siglos en las familias vascas, y cómo ha sido causa de que infinidad de éstos emprendieran la carrera de las armas, la carrera eclesiástica, las profesiones liberales o emigraran a América.

La América, con sus leyendas de tierras fabulosas —en los siglos pasados más que hoy—, atrajo así a esos hijos segundos desde que vinieron acá los primeros conquistadores. Esa emigración sabemos que ha sido muy importante siempre.

¿A qué extrañarnos pues de que el fundador de Buenos Aires fuera un Garay y el de Montevideo un Zabala y que Bolívar fuera de estirpe vasca? Esa emigración continuó durante todo el siglo XIX, de más en más numerosa.

En muchos casos el ser mayor en una familia no era un privilegio, sino todo lo contrario; era empezar la vida con mala suerte, pues el mayor se quedaba atado a la tierra, como Prometeo a la roca caucásica, imposibilitado de moverse y sujeto a gabelas diversas y al pago de su

parte a los otros hermanos, cosa no siempre fácil de cumplir, dado el mucho trabajo y poco fruto a menudo de esas propiedades. Tanto que hay casos de hijos primogénitos que hicieron abandono de sus derechos en favor del segundo, para tener libertad ellos de emigrar y probar fortuna en otros mundos.

En el caso del hermano mayor de mi padre, parece que éste vaciló algo, entre quedarse allí y ser un casero obscuro por toda la vida —pese a que su caserío pasaba por ser uno de los ricos de Berástegui— o venirse a América.

Naturalmente, las causas de la venida de infinidad de vascos a nuestro continente son múltiples. La cuestión de los mayorazgos fué una, nada más. Las guerras civiles y coloniales que desangraron a España repetidas veces en el siglo XIX y aun últimamente, también han sido factores de expatriación de centenares y miles de personas que, sin esa circunstancia, muy probablemente no habrían salido de su país.

XIX

El guerrillero Santa Cruz.—Sus crueidades.—Un pastor de la montaña.—El Padre Ibarrola huye.—El camino de Berástegui a Leiza.—El pastor se entera de quién es el militar que venía a la cabeza de la partida.—Contribución de guerra al pueblo de Berástegui.—Visita intempestiva de Santa Cruz al alcalde.—Amenaza de fusilamiento.—Confidencias del alcalde al teniente alcalde, su amigo.—Presentimientos sombríos del primero.

Veamos ahora cómo ocurrió el fusilamiento del alcalde Alduncín y cuál fué la parte involuntaria que un joven pastor de dieciséis años iba a tomar en este suceso. Me detendré algo en este asunto, entre otras razones, por la influencia que tuvo el hecho en la decisión de mis abuelos para apurar la venida de su hijo a América.

Santa Cruz era sacerdote. Era el cura párroco de Ernialde. No pudiendo con su temperamento buliente, con su partidismo intransigente por don Carlos, y malaventido con la doctrina de paz, de caridad, de fraternidad, de comprensión, de tolerancia y de amor al prójimo de Nuestro Señor Jesucristo, este famoso cura colgó un día su sotana, dejó su parroquia y se presentó

ante las gentes al frente de una partida numerosa y sembrando el terror por donde él pasaba, como Atila.

¡Pobre pueblo vasco! ¡Las que conoció con este cura lanzado a redimir el mundo apelando a la violencia y con una cohorte de fanáticos a sus órdenes, armados hasta los dientes! El primer entuerto que iba a corregir Santa Cruz en este mundo de pecadores, para salvar a la patria en peligro y a la religión amenazada por las ideas de libertad que corrían por el mundo, era —nada menos— hacer justicia con don Carlos, colocándolo en el trono de España, como soberano absoluto del reino, a título de nieto de aquel otro don Carlos, el hermano de Fernando VII, que hizo la primera guerra contra su sobrina Isabel II, la hija del rey.

Los recuerdos que Santa Cruz ha dejado de su actuación en la segunda guerra carlista, son de exacciones, incendios, apaleamientos arbitrarios, fusilamientos sin causa, autos de fe en los registros civiles, cuyos documentos quemaba, pues el ex cura párroco veía de mal ojo que las Cortes de Madrid hubieran votado hacia unos años el establecimiento del registro civil en España. Y estas fechorías de Santa Cruz se entreveraban con algunas travesuras de su espíritu de género reidero, a la manera de Fernando Amezketarra, y su gusto por hacer espionaje personalmente cerca de alcaldes y curas mo-

derados, introduciéndose en sus casas disfrazado de mujer —viejita y pordiosera—, simulando para ello una descompostura súbita, con lo que conseguía se le hiciera entrar, se le diera caldo o alguna bebida reconfortante, ocasión que aprovechaba para hablar y enterarse de lo que se decía de él, y dejando luego siempre tras sí un mal recuerdo en las personas objeto de esta clase de visitas.

Durante su estadía en el país vasco y en su trato con vascos, en Euzkadi y en América, el autor de estas líneas no ha oído jamás a nadie —ni carlista ni liberal— decir nada en descargo de la conducta, culpable con sus compatriotas, de Santa Cruz durante esa guerra. Santa Cruz quedó en el recuerdo de las gentes, en los montes vascos, como el de un guerrillero cruel, injusto, arbitrario, prepotente, indisciplinado y desobediente aun a las órdenes del propio don Carlos, su rey y señor; quien al fin, cansado de las tropelías y malas referencias que se le daban del tal partidario suyo, tomó medidas contra él, como se verá.

Es indiscutible, efectivamente, que este guerrillero, con sus fechorías, repudiadas por todos, contribuyó en mucho al descrédito de la causa carlista en el país vasco y en toda España. Causa que fué muy popular, como hemos dicho ya, principalmente durante el corto reinado

de don Amadeo y durante la regencia de Serrano, y cuando don Alfonso, un niño aún, no había aparecido todavía en la escena, reclamando el trono vacante de España para él.

Sería muy largo hablar de Santa Cruz en detalle, y muy tétrico. Aquí vamos a referir, con sus pormenores, solamente uno de sus hechos.

**

Así como en los cuentos para niños, empezaremos diciendo que hubo una vez un pastor, de no más de dieciséis años que mandado por su padre estaba en un monte en unas tierras que tenía éste en un lugar lejano de la sierra. Allí había un bosque de flora variada y lujuriante, con abras ricas en pastos para el ganado. Por esta razón su padre tenía una majada de ovejas allí, que era indispensable cuidar. Como el lugar estaba muy distante, el joven tomaba provisiones para varios días —seis — que eran los que pasaba regularmente fuera de la casa cada vez que iba a ese lugar. Los domingos estaba siempre de vuelta, para ver a los suyos, traer los quesos que elaboraba con la leche de las ovejas que pacía —en el país vasco se comen unos quesos exquisitos elaborados con leche de oveja— y para oír misa en la iglesia del pueblo.

Allí en la montaña, dormía en una choza, construída de piedra y techo de pizarra, en cuyo interior cabía una persona.

Y un día sucedió que ese joven ve llegar caminando hacia él, como extraviado por aquellos lugares, a un anciano sacerdote, que viene muy cansado. El muchacho reconoce en el acto a su tío abuelo, el Padre Ibarrola, cura párroco de Berástegui desde hacía muchos años. Este buen pastor de almas era tío carnal de su madre.

Parece que el Padre Ibarrola se dirigió por aquellos sitios sabiendo que ese muchacho estaba por allí y iba en su busca. Al verlo, el joven, con ese acatamiento y respeto que se tiene en el país vasco por los deudos ancianos y los hombres de iglesia, corre a él y le dice:

—¡Tío! ¿Se ha perdido usted en el monte?

—No, hijo mío —contesta el sacerdote—. He tomado expresamente este camino. Me voy a Leiza. Me he apartado de la carretera, pues Santa Cruz anda por acá y tengo miedo de ser sorprendido por él. ¡Está cometiendo tantas fechorías! . . .

Y prosigue:

—Tú que conoces los vericuetos de estos montes, llévame por donde nadie anda. Deseo ir a la casa del cura de Leiza. Pero antes tú le vas a ver de mi parte y le

vas a preguntar si puedo entrar en su casa sin peligro para la persona de él y para la mía.

El muchacho abandona sus ovejas y se va con el anciano. Este camina pesadamente, pues a los achaques de la edad se agrega en esta ocasión una gran pesadumbre moral.

La marcha es lenta. El terreno es difícil, el sendero es escarpado; hay subidas empinadas y hay bajadas casi a pique, en las que el más leve descuido, una mala pisada al borde del precipicio, puede costar la vida a uno o a ambos caminantes.

Al fin, llegan a Navarra y allí —cerca del línde con Guipúzcoa—, Leiza, donde el anciano halla la acogida más cordial de parte de su amigo, el cura párroco.

**

Pero las aventuras del pastor en ese día y en los que le van a suceder, no iban a terminar con eso. Apenas se reintegra al cuidado de sus ovejas, ve una partida de soldados que, evitando también el camino regular, se dirigen a él y le preguntan por qué senderos van a poder llegar a Berástegui, ya entrada la noche, sin ser sentidos por nadie. Pues éste, el sigilo, era un detalle al que Santa Cruz, en sus tácticas de guerrillero, daba importancia. Debió leer en algún libro que Napo-

león en sus campañas, como el águila que cae de improviso sobre la víctima escogida, debió en su tiempo —sobre todo en los principios de su carrera— algunas de sus más resonantes victorias a la sorpresa de marchas sigilosas realizadas de noche por caminos conceputados imposibles.

El pastorcillo no sabe quién es ese militar que le interroga, que le hace ir cerca de él, hablándole y haciéndole preguntas sobre personas y cosas de su pueblo. Téngase presente que esto ocurría en 1873, cuando la guerra carlista recién empezaba. Pues Santa Cruz fué uno de los primeros en empuñar la tea y abrir el fuego en esa guerra.

Al fin, llegan a Berástegui en plena noche. El muchacho es retenido unas cuantas horas más entre esos soldados, pues el guerrillero quiere proceder en las tinieblas, y ese pastor puede hablar, puede hacer saber antes de lo conveniente que hay una partida de hombres de guerra que ha llegado al pueblo.

Y cuando el joven al fin, puede ir a la casa de su padre, lo halla a éste sumido en las más tristes cavilaciones. No es él el que lleva a los suyos la noticia de que Santa Cruz está allí y que ha traído en sus miras un plan que va horrorizar a Berástegui horas después. Es su padre, son sus hermanos los que le dicen:

—¿Cómo has venido, Ignacio? ¿Sabes que Santa Cruz anda por acá?

—¿Santa Cruz? Yo he venido del monte indicando el camino a unos soldados... Pero... ¿sería Santa Cruz tal vez el que caminaba a la cabeza de esos hombres?... ¿el que me puso a su lado... y me preguntaba tantas cosas...?

—Pues es él.

—¿El? ¡Dios!

—¿Tú le has indicado el camino?

—¿Y qué otra cosa podía yo hacer? ¡Conmigo o sin mí, habría llegado lo mismo! A nuestro tío, el párroco, la víspera, le he acompañado a Leiza. Tenía miedo. Y precisamente se ha ido porque quería evitar encontrarse con Santa Cruz acá.

—Pues el pobre Alduncín yo no sé cómo va a salir del dilema en que lo ha colocado ese pícaro —dice el padre, que ha escuchado hasta entonces, algo apartado, la conversación de sus hijos—. Anoche, después de una intimación del guerrillero, vino a verme. Hemos estado hablando ahí un largo rato... Estuvimos de pie todo el tiempo... Ni se nos ocurrió sentarnos, tal era el estado de nuestros nervios... A la hora más intempestiva, anoche, Santa Cruz ha ido a su casa. Ha entrado en ella sin llamar, como un asaltante. Le ha hecho

levantarse de su lecho dándole una orden imperiosa, sin respeto ni consideración por él ni por su cargo. Le ha entregado una lista de provedurías diversas, de dinero que necesita para sus soldados y la entrega de jóvenes en edad militar, que hay en el pueblo, y que quiere agregar como "voluntarios", a su partida, llevándolos por la fuerza y so amenaza de castigos a ellos y a sus familias, si no obedecen y se avienen a seguirle . . ."

Y prosiguió:

— "Le ha dado un plazo perentorio. De no conseguirle todo, en el tiempo acordado, le ha dicho que será fusilado".

El pobre Alduncín ha movido ya cielo y tierra; no hay persona del pueblo a la que no ha pedido algo. Ha conseguido, no todo, pero sí lo más de lo que estaba indicado en la lista del guerrillero. ¿Qué faltaba? ¿Algo de los tantos miles de pesetas de contribución en metálico que impuso a Berástegui? ¿Serían algunos pares de alpargatas o de albarcas, o de camisas o medias, entre las docenas que el guerrillero pedía y que el alcalde consiguió en gran parte sacando las que tenían puestas en sus pies los hombres del pueblo, quedándose éstos descalzos?

XX

Santa Cruz acusa a Alduncin de mala voluntad con él. — El fusilamiento. — La fosa del muerto. — El llanto de los hijos. — Consternación en Berástegui por la muerte del alcalde. — Una hija de éste, años después, se casa en la Argentina con don Ramón Santamarina. — Don Carlos resuelve desarmar a Santa Cruz. — El guerrillero es sorprendido en Vera. — El lloro del hombre. — Se va a Francia. — La vuelta de Santa Cruz. — El general Lizárraga. — Golpe de audacia de éste. — Santa Cruz desaparece de la escena.

Después de todos sus esfuerzos de un día entero, sin dormir y sin comer, el buen Alduncin fué nuevamente a ver a su amigo, mi abuelo, que era en ese entonces el teniente alcalde. La escena del encuentro de ambos parece que fué de las más patéticas, pues Alduncin no se forjaba ninguna ilusión sobre cómo iba a pagarle Santa Cruz sus esfuerzos de todo un día para conseguirle ropa, vituallas, dinero y hombres para su tropa.

Lo único que le quedaba era escaparse. Pero este hombre pertenecía a ese tipo muy honroso de alcaldes vascos que, como el capitán de un barco en peligro en el mar, no abandona su puesto de mando en tales trances.

Las veinticuatro horas del plazo señalado, sonaron al fin. Alduncin hizo entrega a Santa Cruz de algo así como el 90 % de lo que el guerrillero impuso a Berástegui como contribución de guerra.

Pues no bastó. Acusó al alcalde de poca diligencia en sus gestiones y de haber puesto mala voluntad con él. Era falso. Pero ¿quién discute con un sujeto de horca y cuchillo que así plantea las cosas?

El ex predicador de la doctrina de Jesús en el púlpito de la iglesia de Ernialde, metido a político ahora, a partidario del absolutismo y a jefe de facción guerra, no entendía de piedad ni de caridad cristiana.

—¿Cuántos hijos tenéis? —le preguntó a Alduncin.

—Tantos —contesta éste.

—Hacedlos venir.

El padre llama a sus hijos, que están en otra pieza, ansiosos, esperando en qué va terminar todo eso.

—Vengan conmigo —dice el guerrillero—. Que cada uno de ustedes traiga una pala.

Y todos se dirigieron a un monte cercano, que el autor de estas líneas ha visitado en Berástegui, en cierta ocasión, acompañado de sus familiares.

—Bien —le dice Santa Cruz a Alduncin, cuando llegan a la cima—, tenéis diez minutos para encomendar vuestra alma a Dios.

El alcalde hinca sus dos rodillas, junta las manos piadosamente en la actitud de la plegaria, y, sin una palabra de debilidad, sin una sola queja, en voz baja, reza a Dios. Sus hijos le imitan, postrando en el suelo sus rodillas ellos también, juntando sus manos y orando.

Al fin, los diez minutos han pasado. Santa Cruz hace separar al padre de los hijos. Y, momentos después, una descarga de varios tiradores rompe el silencio de la trágica escena. El cuerpo de Alduncin está en el suelo.

—Cavad una fosa —ordena fríamente el guerrillero a los hijos del muerto.

Los muchachos, conteniendo el llanto, empuñan las palas y cavan la tierra en la medida y profundidad que Santa Cruz les ordena que sea.

—Bajen ese cuerpo a ese hoyo. Echen tierra sobre él.

Los hijos del muerto cumplen la orden.

Momentos después, el guerrillero con sus hombres se va. Los muchachos pueden, al fin, dar rienda suelta al sollozo reprimido hasta entonces estoicamente. Lloran desesperadamente sobre la tierra que acaban de arrojar y escarban en ella con sus manos y dedos en un llanto incontenido. No quieren valerse de las palas para no herir eventualmente con el metal la carne sagrada

y tibia todavía del muerto querido. Sacan toda la tierra que han echado sobre el cadáver momentos antes; llegan al cuerpo inanimado; lo sacan de la fosa; limpian como pueden el rostro lívido del difunto, sus ojos, su boca, sus mejillas... Toman el cuerpo a hombros y lo bajan al pueblo, para darle santa sepultura en el cementerio, al lado de la iglesia parroquial de San Martín, donde descansan sus abuelos.

Parece que cuando se supo en Berástegui la muerte de Alduncin y las circunstancias en que tuvo lugar el hecho, no hubo hombre, mujer, joven o anciano que no derramara lágrimas de pena. Tal era la simpatía general de que gozaba el muerto, y tal fué el efecto del acto inhumano de que se hizo víctima al honrado y querido alcalde.

Santa Cruz, por su parte, agregó una cuenta más a su ya larga lista de fechorías, que lo habían hecho célebre en el país vasco y en toda España; pues sus hechos, reprobados por todos, eran la comidilla escandalosa de las gentes en todo el país.

Una de las hijas de este Alduncin —con la que, entre paréntesis, mi padre bailó muchas veces, siendo jovencitos ambos, en la plaza de Berástegui, antes de venir a América— se casó, años después, en la Argentina, con don Ramón Santamarina. Y sus descendien-

tes, personas muy destacadas algunas actualmente en nuestro país, son, pues, nietos de este alcalde fusilado.

**

Pero veamos la continuación. Era inevitable que un hombre como Santa Cruz no podía terminar bien.

Don Carlos, incitado por sus generales Dorregaray, Lizárraga y otros —era a principios de la guerra—, apercibidos todos del inmenso descrédito que Santa Cruz traía a la causa carlista, encargó a Valdespina, otro de sus segundos, para que se apoderara del ex cura, vivo o muerto, lo desarmara, le quitara sus hombres y lo expulsara del territorio vasco.

Parece que Valdespina, con esa orden de don Carlos, lo sorprendió a Santa Cruz en Vera. Y, procediendo con cautela, lo llamó para que viniera a verlo. Santa Cruz se presentó a Valdespina como compañero de armas, como correligionario de una misma causa y como guerrero que creía de buena fe que él era una especie de Zumalacárregui pequeño y que su obra merecía premio. ¡Cuál no sería su sorpresa cuando su superior le notificó la orden que tenía de don Carlos para desarmarlo y quitarle sus hombres!

Sintiéndose perdido, acorralado, flaqueándole las fuerzas, ¡oh ironía!, este hombre cruel, incomprensivo

con los otros, imperativo, insolente, perverso, frente a la propia desgracia, se commovió en seguida hasta las lágrimas, y se echó a llorar como una criatura. Tanto que parece que Valdespina, de corazón sensible, llegó a conmoverse bastante de verlo así. Y eso que Santa Cruz no fué intimado para encomendar su alma a Dios y morir en un plazo perentorio, como había hecho él antes con tantas de sus víctimas, sino que muy generosamente Valdespina le ofreció un salvoconducto para transponer la frontera e irse a Francia.

Al fin, pues, Santa Cruz se fué. Pero díscolo como era y desobediente, contrariando las órdenes expresas de su rey, don Carlos, iba a volver y volvió de nuevo al país vasco.

**

Unos meses solamente duró su ausencia. De vuelta, pues, pasó la frontera y se presentó en Berrobi cerca de Tolosa, a algunos de sus ex compañeros de armas. Estos, por uno de estos casos curiosos de psicología de soldados, que es frecuente observar en la historia, se pusieron de su lado.

De Berrobi, el guerrillero se trasladó a Villabona y sorprendió allí a Iturbe, a quien apresó y le quitó sus hombres.

Se hizo así, dícese, de unas dieciséis compañías, con las que se decidió atacar al general Lizárraga, que se hallaba en Asteasu, a quien acusaba de ser el causante de su desgracia cerca de don Carlos. La verdad es que Lizárraga fué, efectivamente, el que más abogó ante el pretendiente para sacarlo de entre los carlistas y expulsarlo de sus filas.

Lizárraga, por su parte, al enterarse de la vuelta de Santa Cruz y de cómo había conseguido hacerse con algunas compañías de soldados, y al saber además que se venía contra él, se decidió a parar el golpe de un modo muy original.

Poniendo en práctica su idea —en la guerra todo es permitido—, Lizárraga se disfrazó y, adelantándose a Santa Cruz, se introdujo entre los soldados de éste. Muy luego, en medio de todos, aparece como el jefe que era, uniformado y dando voces de mando que galvanizan a la tropa. Los hombres, al ver al general Lizárraga allí en persona, en medio de ellos, altivo, decidido, magnífico de aplomo y de coraje, en la actitud de un jefe sin miedo, acatan sus órdenes, con lo que Santa Cruz se quedó sólo otra vez.

La táctica de Lizárraga, con lo que tiene de belleza por lo singular del gesto, estaba plenamente justificada por el conocimiento que tenía de sus hombres y, sobre

todo, porque de salirle bien, como le salió, evitaba el escándalo de un choque de carlistas contra carlistas.

Sintiéndose perdido, Santa Cruz se dió a la fuga. Así terminó este hombre de avería sus correrías por el país vasco.

Dícese que, tras andanzas diversas, vino luego a América y que se retiró a un monasterio en Colombia, donde murió.

XXI

El pastor del monte tiene 16 años. — Su venida a la Argentina. — Los consejos. — El paso a Francia. — El adiós a la madre. — Un viaje que empieza mal. — El incidente del queso. — Al fin, San Juan de Luz. — En Burdeos. — Al lado del transatlántico. — Espíritu de adaptación del vasco. — La llegada al Plata. — En las postimerías de la presidencia de Sarmiento.

Veamos ahora qué fué del pastor del monte. Este joven que hemos visto en la montaña con sus ovejas, es efectivamente el que, hombre luego, hemos dicho que se hallaba en Maipú, en la República Argentina, cuando conoció al hermano mayor de mi madre, y con quien iba a convenir, años después, la celebración de dos bodas.

Hemos dicho que la venida a América de ese joven fué decidida por su padre tras el fusilamiento de Alduncín, pues los suyos no podían aceptar ni en pensamiento la eventualidad de que fuera llevado soldado por Santa Cruz. Y como éste le había hablado en el camino que hicieron juntos en la montaña, de que en otra vuelta que diera por Berástegui lo llevaría con él, ni el muchacho ni su familia quisieron saber nada de otra cosa que el alejamiento del joven de aquellos lugares.

Su venida a América, por otra parte, estaba decidida desde mucho antes, por las razones de mayorazgos e hijos segundos que hemos explicado. Estos sucesos no hicieron, pues, sino precipitar su partida.

En Berástegui, por esa época, había otro joven que, por razones similares a las de mi padre, se estaba preparando para trasponer el mar él también.

Estos dos compañeros iban a emprender la ruta juntos. Pero tenían que proceder con cautela. Salir del país vasco, muy vigilados como estaban los pasos practicables de la frontera, por el estado de convulsión general de la región en ese tiempo, no era empresa a tentar sin tomar algunas precauciones.

Los jóvenes —de esa edad ya, si eran robustos sobre todo— eran muy codiciados por los jefes de partidas guerreras, como materia prima preciosa para mover cañones y cargar con la mochila del soldado. Sabedores de esto, las familias que eran hostiles a la guerra —es decir, las que no eran carlistas—, procuraban librar a sus hijos de participar en la contienda, incitándolos a emigrar del país.

Para impedir esa emigración, que era conocida a su vez, los jefes de guerra, dueños de la zona, tenían puestos de vigilancia acá y allá.

Por consejo de sus mayores y por estimar más seguro,

se decidió que estos jovencitos, mi padre y su compañero, intentarían salir, no directamente encaminando sus pasos a Francia por los montes, sino por un puerto de la costa, para tomar una embarcación allí que los llevaría al otro lado del Bidasoa.

"Tenéis que salir de acá —dijeronles— ágiles de piernas y sin nada de bártulos que hagan pesada vuestra marcha o que, en caso de ser vistos, os hagan sospechosos de vuestras intenciones."

Unas onzas de oro en el bolsillo —muy pocas—, algo de ropa interior, un par de alpargatas nuevas, un par de medias o dos, una camisa de recambio; algo de comer para el camino, que puso la madre en el paquete del hijo con toda solicitud, llenos sus ojos de lágrimas . . . Y eso es todo.

**

Nuestro vasquito ya está, pues, listo.

Pero si el bagaje de ropa era magro, el de consejos en cambio, el de prevenciones y advertencias, ero de lo más opulento.

La documentación que traía, consistía en una fe de bautismo y un certificado de buena conducta. "Como el mundo al que vais es muy ancho y poco poblado, os acogerán probablemente allí sin más papeles" —dijeronle.

Entre las directivas que le dieron, una de ellas era

que ya en territorio francés, tomara el tren para Burdeos. "Pues de ese puerto —agregaronle— parten grandes veleros de carga y vapores que cruzan el océano rumbo a América y muy particularmente para Buenos Aires."

Los muchachos, obedientes, sencillos, tímidos, siguen al pie de la letra las directivas que les han dado. Su padre, para asegurar mejor la salida del hijo, busca y encuentra en el pueblo a un hombre maduro, conocedor del camino que hay que recorrer para llegar a Pasajes por sendas de montes, que se presta a ir con ellos hasta ese puerto.

Así salió mi padre de su casa, entre los sollozos de la madre y las hermanas —con quienes su separación fué muy penosa—, los abrazos del padre y los votos de todos porque tenga suerte.

Dos días después ya está nuestro hombre en Pasajes.

Allí tratan con una barquera, el precio y la hora de salida, para abandonar el país que les vió nacer; cuya tierra han trabajado laboriosamente hasta entonces, donde queda todo lo que tienen de más querido en el mundo, y que no lo abandonan sino por fuerza mayor y con el corazón transido de pena. Pero, eso sí, llevan en su alma un consuelo: la esperanza de volver. Son jóvenes, muy jóvenes, y en ello radica principalmente la razón de su fe en el porvenir.

**

Pero nada ocurre tan perfectamente en la vida que no se sufra siempre alguna contrariedad. Y la salida de mi padre de su tierra nativa tampoco tuvo lugar sin un sinsabor.

El incidente que voy a referir —enteramente baladí, por otra parte— lo describo acá solamente por lo que puede hallarse en él de pintoresco.

Al embarcarse él llevaba unos quesos para comer, que los suyos le pusieron, como agregado de último momento, en el paquete que iba a llevar consigo. Y allí, en Pajes, el joven, sin esperar el concurso de la barquera, quiso apresurar la subida a la lancha tirando su paquete y los quesos separadamente sobre la embarcación. Ahora bien, uno de los quesos lo lanzó con tan poca suerte que dió de pleno en la cabeza de la mujer.

¡Dios! ¡Lo que hizo! . . . El queso era de ese tipo muy conocido en Vasconia por lo exquisito de su sabor y por lo nutritivo, tanto como por lo duro de su corteza. El golpe, es indudable que debió ser para la mujer aquella una auténtica pedrada. ¡Pobre muchacho de la sierra que no sabía sino muy poco todavía del trato con una persona ofendida que despotrica su enojo con palabras jamás oídas por él, y que ignoraba hasta qué punto es rico de interjecciones tremebundas la boca de una mujer de mar así encolerizada! Y sobre todo, que la marimacho

no se limitó a proferir injurias sin ton ni medida, sino que, pareciéndole que no era bastante todo aquello, agregaba a los insultos la amenaza, reiterada una y otra vez, de satisfacer su vindicta —todopoderosa como se sentía en su barca—, tirando al agua a sus pasajeros. Estos, que veían el mar por la primera vez en su vida, que nunca habían andado en lancha; con ésta que subía y bajaba, que se inclinaba a un lado, volvía a enderezarse y se inclinaba al otro; ora con la popa en las alturas y la proa en los abismos o a la inversa; medio mareados, y con esa mujer que los azotaba con sus imprecaciones; calladitos, aterrorizados, juntitos el uno del otro, ubicados en el extremo de la barca, lo más lejos posible de la mujer, sin apartar la vista de ella, espiando todos los movimientos que hacía por sí en una de esas —pasando de la palabra a los hechos— se encaminaba a ellos para poner en práctica su amenaza, estaban tan deprimidos —decíanos mi madre, refiriéndonos esta anécdota de la venida de mi padre a América—, que los dos mozuelos tenían ganas de tirarse de rodillas a los pies de la arpía, pidiéndole perdón... por si de ese modo, con más sumisión y humildad todavía, podían despertar en ella sentimientos más humanos...

Pero todo no fué más que el desbordamiento de incultura de un carácter áspero, agriado sin duda en durezas

de la vida, pues ya se estaba a la vista de las costas de Francia, y nuestros dos jóvenes estaban todavía con vida...

Llegaron pues al fin a San Juan de Luz. Desembarcaron, tomaron el tren para Burdeos, llegaron allí, y al día siguiente están al lado del transatlántico que los va a llevar al mundo nuevo que ansían conocer.

**

Y aquí hay otro detalle pintoresco que nos va dar la medida del alma ingenua y, a la vez, no desprovista de orgullo del carácter vasco, ya que estos jóvenes —a sus 16 y 17 años de edad— eran la expresión de la raza en su estado más puro.

El puerto de Burdeos no tenía en ese entonces un acceso tan adentro en el río Garona como lo tiene ahora. Los grandes vapores se detenían en el estuario del Gironda, en Pauillac. Poco antes de embarcarse, nuestros dos vascos, vieron subir antes que ellos a otros pasajeros. Todos tenían magníficas valijas, baúles pesados, buen equipaje... y ellos, nada... Un paquetito cada uno con una muda de ropa... Parece que estaban los dos tan humillados, tan avergonzados de presentarse así, que decidieron comprar en un negocio cercano dos valijas; de las más baratas, se entiende.

Así se acercaron luego a la pasarela, para subir a bordo, con algo más decoroso en la mano, y con la cabeza ahora, naturalmente, un poco más alta que momentos antes . . .

¿No se ve ya en el detalle al vasco que empieza a adaptarse al ambiente nuevo que le rodea, distinto del que ha conocido hasta entonces? ¿No es ya un principio de americanización en él, eso de renunciar al envoltorio en un pañuelo que se lleva al hombro, colgado de una "makkilla", para poner sus indumentos en una valija? ¿Quién puede negar que en el gesto, dentro de lo humilde —de lo pastoral, digamos—, hay el orgullo natural del hombre con amor propio que no quiere desmerecer ante los demás?

Bien se advierte, además, esa preciosa cualidad de la raza, de adaptarse pronto a las modalidades del mundo en que plantea sus reales. Aquí, en la pampa argentina, en el pasado, en seguida no más, el vasco se ponía bombachas —cuando no chiripá—, adoptaba el chambergo criollo, se dejaba crecer la barba, que estaba de moda; usaba botas, espuelas, poncho; tomaba mate amargo, comía "churrasco", y se hacía hombre de a caballo. Así lo fué mi padre.

**

Al cabo de veintitantos días de navegación, ya estaban nuestros forasteros en el estuario del Río de la Plata.

El presidente de la República Argentina entonces era don Domingo Faustino Sarmiento, que, meses después, iba a terminar su período presidencial.

Era a principios de 1874. A Sarmiento le iba a suceder en la casa de gobierno don Nicolás Avellaneda, que había sido su ministro de Justicia e Instrucción Pública. Avellaneda era un hombre joven, tenía treinta y siete años de edad.

XXII

Un vasco en la Argentina.—Oye hablar por la primera vez del general Mitre.—Libertad de prensa.—La elección de Avellaneda.—La revolución de 1874.—El fraude electoral.—1880 y 1890.—Cien caballos para una revolución.

Por ese entonces oyó hablar mi padre por la primera vez del general don Bartolomé Mitre. Y se enteró de cuán querido era éste por el pueblo argentino.

Mitre entonces —que estaba en el llano, en la dirección del diario “*La Nación*”, que fundó— era opositor de Sarmiento, como Sarmiento había sido opositor de Mitre, desde que éste se declaró partidario de Elizalde y no de él para sucederle en la presidencia de la República. Y como Sarmiento —sabemos por las referencias históricas— era de temperamento apasionado, no le iba a perdonar fácilmente a Mitre, su antiguo amigo, la oposición de éste a su candidatura primero y a su gobierno luego.

Pero aquí estamos en presencia de hombres superiores, y es muy interesante observarlos así, desnuda el alma, en su faz de tales, con pasiones y susceptibilidades, propias de la naturaleza humana, a las que ellos también pertenecían.

Eran los tiempos grandes de libertad absoluta que tenían los ciudadanos para hablar de la cosa pública y debatir sobre los problemas de interés general, sin más traba, en el uso de la palabra o de la pluma, que el respeto que cada uno debe a su prójimo y se debe a sí mismo. Sarmiento que fué —además de maestro y estadista— un polemista de raza, no creía rebajar la investidura, descendiendo a veces de su alto sitial de primer magistrado del país, a la palestra del periodismo para escribir y discutir mano a mano y de igual a igual, con sus adversarios políticos.

Avellaneda —espíritu muy claro, gran estadista y magnífico orador— subió a la presidencia del país como resultado de una elección muy discutida en cuanto a la libertad de los ciudadanos para votar.

El verdadero candidato del pueblo —en la ciudad y provincia de Buenos Aires sobre todo—, en oposición a Avellaneda, era Mitre, el mismo que había sido presidente ya, antes que Sarmiento, y siendo más joven que éste.

Una confabulación de intereses provinciales —los porteños y los provincianos andaban a matarse— arrebató a Mitre una elección segura.

Por eso, en el año de la llegada de mi padre al país, hubo aquí un alzamiento revolucionario que terminó en

Santa Rosa, en una batalla en que el general Arredondo —mitrista— fué vencido por el entonces coronel Roca.

El resultado de esto —el triunfo de la mala causa— fué que el fraude electoral, esa burla al pueblo en los comicios, iba a quedar por mucho tiempo, como una mala semilla en las costumbres políticas de nuestro país. Con la secuela de un pueblo humillado en su orgullo ciudadano, y el cual, por negársele con artimañas de caudillos y caudillejos el acceso a los comicios, se iba a mantener como se mantuvo, hostil siempre a esos gobiernos que se sucedieron en el poder en nuestro país en varias décadas, y presto a alzarse en armas, toda vez que pudo, para reivindicar su derecho a elegir sus gobernantes libremente como pueblo soberano.

Así es como la Argentina ha conocido alzamientos revolucionarios periódicos. Pues no fué sólo en 1874 —cuando llegó mi padre— que hubo acá una revolución. La hubo también en 1880, cuando se federalizó la ciudad de Buenos Aires, y como expresión del descontento popular por la forma como había sido elegido el sucesor de Avellaneda. Hubo otra revolución en 1890, cuando un *crack* financiero puso a mal tenerse al gobierno impopular y de origen espúreo también, de Miguel Juárez Celman.

Los hombres en el poder —pese al patriotismo indu-

dable y cualidades de hombres de Estado de que dieron pruebas los más de ellos—, en ese largo período, se desenvolvieron siempre acosados por el desafecto del pueblo y por el temor al cuartelazo —clásico en nuestra América latina—, debilidad que tenía por causa, como he dicho ya, el origen electoral insano de que provinían esos gobiernos.

Por eso el presidente Sáenz Peña —don Roque— quiso terminar con ese estado de cosas, dando al país una ley electoral honrada, que, desdichadamente, no fué comprendida en todo su alcance y significado por algunos de sus sucesores; razón por la que tenemos todavía en la Argentina a veces, dentro del cuadro maravilloso de su progreso material, motivos de inquietud en el orden político.

Mi padre, pese a su condición de vasco y a su modo de ser de hombre de paz en el sentido más cabal de la palabra, contribuyó a la revolución de 1880 con toda la caballada que tenía, un centenar de animales. Estos elementos de movilidad —en una época en que las revoluciones, cuando se extendían a las campañas, se hacían sobre todo a caballo— le fueron requeridos por los mitristas, y él a los mitristas, que fueron siempre en su opinión los hombres decentes —políticamente hablando— les daba todo de buen corazón.

Obsérvese que digo mitristas y no Mitre, pues éste, que

era ya en el consenso general una figura prócer, respetado y escuchado por todos, colocado por encima de los partidos políticos, estaba —en 1880— por el apaciguamiento de los ánimos y contra todo lo que fuera violencia. Por aquel entonces, o poco después, fué cuando pronunció aquellas sabias palabras: "Más vale un mal gobierno que la mejor revolución".

**

Pero volvamos a nuestro tema. Estamos en que el joven vasco de Berástegui llegó al Río de la Plata en 1874, en un vapor francés.

No ha de ser de interés que me extienda sobre cómo orientó su vida acá ese joven, acogido como fué con todo cariño por algunos parientes de él radicados ya aquí, y cómo dió sus primeros pasos, hasta que se fué a Maipú, entregándose allá muy luego a las faenas rurales.

En cambio, sí ha de interesar que diga —para terminar este ya largo escrito— cómo preparó mi madre su equipaje y cómo vino al Río de la Plata, por llamado de su hermano mayor, para casarse acá.

XXIII

El lloro de una joven al enterarse de que tiene un admirador que pide su mano.— Ilusiones que asaltan su espíritu luego.— Preparando el viaje.— Otro enamorado.— El campo argentino.— La europea se adapta al ambiente nuevo.— Acentos musicales vascos y criollos.— Desacuerdo de hermanos.— Confidencias de la madre a los hijos.— La comunidad de las Hijas de Jesús.— La reverenda Madre Cándida era de Andoain.

Al enterarse mi madre de que había alguien en la Argentina que estaba enamorado de ella, que solicitaba su mano y que su hermano, sin consultarla, la había prometido, parece que se echó a llorar.

Pero ese estado de depresión moral, enteramente comprensible en una niña, pasó muy pronto, dando lugar luego a una alegría no disimulada, pues su imaginación creó en seguida alrededor de su pretendiente americano la idea más favorable.

Por de pronto, quiso creer que debía de ser rico o que estaría en condiciones de serlo pronto; lo supuso apuesto, como lo era en verdad, joven, bienhablado, caballeresco, etc. Pensó que las economías rigurosas, que había conocido hasta entonces en el hogar de su madre, termi-

narián definitivamente; que podría ser y que sería generosa con todos y sobre todo con aquellos con quienes el cielo es inclemente; hízose el proyecto de que en cuanto tuviera bastante influencia sobre su "futuro", lo induciría a dejar la América, si ésta era poco atrayente, para volver juntos al país nativo; imaginó que sería una dama feliz y que su dicha podría aliviar las penas de muchos, con sólo ser gentil ella con todos y querer que todos sean felices; soñó que viviría magníficamente ataviada; que sentiría en su piel sólo el roce de sedas, que su sombrero sería de paja de Italia, que apenas andaría a pie sino en coche siempre; que iría a saraos, banquetes, teatros, fiestas... En fin, todo el esplendor que cabe en la imaginación soñadora de una joven de su edad y su condición en tales casos.

Hablo así, con cierta exuberancia, sobre estos ensueños de mi madre en su juventud —que ella misma nos ha referido— porque así se ha de ver mejor, creo yo, el alma de una joven vasca en su tierra, que no es todo cortedad de espíritu y pocas palabras, mesuradas todas y secas de vigor soñador, como algunos creen.

La niña, pues, ya tenía su príncipe encantado en tierras ignotas, y por él iba a cambiar totalmente de vida; iba a dejar a su madre, la casa donde nació, la iglesia donde rezaba los domingos; iba a dejar a su herma-

no Manuel, a una hermana menor que tenía y a un hermanito de doce años, el Benjamín de la familia, a quien quería entrañablemente; iba a dejar a sus amigas, su pueblo, su patria y todo aquello en fin que fué la razón de ser de su vida hasta entonces. Iba a emprender un largo viaje para ir al encuentro del hombre de su destino.

Y allí, en el país vasco, iba a dejar también algún admirador, bastante enamorado de ella, que iba a derramar lágrimas de pena al verla partir. Pues la joven —vivaz de carácter, como he dicho ya, espontánea, decidora, afable, comunicativa, alegre y muy bonita— había tenido ya, a sus diecinueve años, varios pretendientes en su propia tierra.

Ella nos ha referido, en las confidencias íntimas que las madres tienen con sus hijos, cuando éstos llegan a la edad de las crisis del corazón ellos mismos, de cómo hubo de desengañar a aquel de sus enamorados por quien ella sintió más inclinación.

Era un joven de San Sebastián, cuyo padre, constructor de obras muy conocido en la capital de Guipúzcoa, había hecho de él su segundo en la empresa.

Mi madre recordó siempre con gratitud a ese joven y no sin un dejo de pena, por la forma algo cruel —por ignorar ella la medida exacta de su amor— como terminó con él.

¡Pobre compañero que venía a Andoain, desde San Sebastián, todos los domingos al único efecto de verla, de hablar con ella un rato y ocasionalmente bailar en la plaza, alternando con otros, alguna danza clásica de la región!

Parece que un día, juguetonamente y sin pensar que su confidente pudiera sentirse afectado, le dió ella misma la noticia de que se venía a América y que había un hombre de este lado del Océano con quien se iba a casar. ¡Pobre él! Su palabra fácil y clara de antes —decíanos mi madre— se tornó súbitamente un balbuceo incoherente de cosas confusas y entrecortadas. Fué en vano que ella ensayase de atenuar el efecto de la cruel noticia, para volverlo a la cordialidad confiante de antes. Pues, por el entusiasmo ingenuo de ella, él debió adquirir el convencimiento de que, frente a su rival de América, su causa estaba perdida definitivamente en el corazón de la muchacha.

¿Y cómo no iba a ser así, si la niña, desde que supo lo del pretendiente de allende el mar y desde que secó las lágrimas de sus ojos tras la primera impresión de sorpresa, su imaginación la llevó a un mundo de ensueños, del que la modestia del joven aquel estaba a cien leguas de poder sustraerla? Pero él, no pudiendo resignarse a su desgracia, reaccionó después; y tanto que hubo de

intervenir el hermano de ella, mi tío Manuel, partidario decidido él también, como ella misma y como su madre, del candidato de América y no del de allá, pese a la buena familia de que era hijo, a su posición de porvenir y a las buenas cualidades personales que se le reconocían.

**

Pero los ensueños juveniles de mi madre, en lo que tenían de fantásticos, como era inevitable, desvanecieronse acá en seguida, apenas se puso en contacto con la realidad. Por de pronto, Maipú no era la urbe imaginada por ella, sino un pueblo de campo, con apenas unas pocas calles en las que, en los días de lluvia, había sobre todo... barro; tanto que los caballeros, al salir ellas de misa en tales días, los domingos, alzaban a sus damas en brazos para subirlas a la volanta, evitándoles ensuciar sus lindos botines...

Eso sí, parece que todo, acá en la Argentina, tan distinto a lo que ella creía, le resultó no obstante muy simpático. Y el estado agreste de muchas cosas; la vida primitiva en el campo en tierras incultas hasta entonces, holladas por el indio hacía todavía muy poco, no la arredraron, en lo más mínimo. Sino todo lo contrario; ese estado virgen de la tierra en un país casi despoblado, le gustó muchísimo. Incluso nuestros gauchos, barbados

hirsutamente a lo Adolfo Alsina, con chiripá y facón, no le resultaron repulsivos a la jovencita europea, sino tipos muy interesantes con quienes conversaba —teniendo al lado siempre a su marido— sin ningún temor. Y cuando oyó después a estos gauchos —con terribles cicatrices en la cara algunos, resultado de querellas entre ellos y duelos singulares con facón en pleno campo, o ganadas en la guerra del Paraguay; muy arreglados los domingos, engalanado su caballo con aperos plateados— cantar quejumbrosos y sentimentales alguna vidalita al son de la vihuela, adaptándose al ambiente, ella también cantaba, estimulada por su bonita voz y porque los circunstantes, empezando por su propio esposo y sus hermanos, siempre le pedían que cantara.

Así se alternaban en la estancia de mi padre, en el campo argentino, los acentos musicales criollos con los vascos.

**

Es evidente que en la vida, aun en los seres más afortunados y en los hogares mejor avenidos, no todo es camino de rosas, y mi madre tuvo pesares. Pero no por desengaños dentro de su casa con mi padre, para quien la voluntad de ella fué siempre soberana, sino porque con alguno de sus hermanos, tiempos después, acá en la Argentina, un día se produjo un desacuerdo... Y se

acabó... Esos hermanos no pudieron entenderse más... La confianza entre ellos sufrió un quebranto definitivo...

El río de la Plata mucha agua llevó al mar en los años que vinieron luego... Todo ocurrió como en los cuentos para niños... Incluso en la consumación de la justicia postrera; pues la hubo. Mi madre conoció después halagos gratísimos que compensaron con creces las amarguras vividas.

Sólo las lágrimas vertidas no retornaron a la fuente que el dolor y la pena, a un tiempo, las hicieron brotar... Pero, como el dolor es una condición humana y las lágrimas, cuando son enjugadas por quien nos quiere de verdad, hácennos conocer ternuras no probadas antes, demos gracias al cielo de que no todo sea flores en la vida, y de que haya también espinas...

Dejemos, pues, esto.

**

Prosiguiendo en nuestro asunto, digamos ahora que, antes de aquello del pretendiente desconocido de América y del enamorado conocido en su tierra, mi madre había tenido otra veleidad juvenil, muy propia de su estirpe en un país como Vasconia: había querido ser monja.

Fué un capricho de un tiempo, fruto de un corazón ardiente y de una imaginación rica en ideales de bien y de perfección.

Un factor fortuito, verdaderamente raro, contribuyó en mucho a ese propósito. Por ese entonces hubo en Andoain una joven con vocación religiosa tan firme, que consiguió convencer a unas cuantas jóvenes, compañeras de mi madre y a ella misma, para fundar entre todas una institución religiosa dedicada a la enseñanza.

Esa joven, de la que nadie hubiera sospechado tal cosa un poco antes —hija de un caserío, por añadidura— es la que después fué la reverendísima Madre Cándida, fundadora de la comunidad de las Hijas de Jesús, y cuyo colegio para niñas, que se estableció en Tolosa a fines del siglo XIX, es hoy una hermosa institución que se alza en el paseo de San Francisco de esa villa.

Cuando la reverenda Madre Cándida, venía luego desde Salamanca, donde tenía otro importante colegio, de su fundación también, las niñas tolosanas de las mejores familias —mis hermanas entre ellas—, que eran o habían sido alumnas de ese colegio, se arrodillaban a su paso y besaban su mano, como movidas por la intuición de una futura santa.

Así es cómo de un pueblo de poco más de dos mil habitantes que era Andoain salió por ese entonces una plé-

yade de jóvenes que tomaron el velo religioso. Mi madre estuvo en un tris de ser una de ellas. No lo fué por la oposición de mi abuela y porque su hermano Manuel y mi tío Francisco —desde América éste— se opusieron decididamente a ese propósito de la joven.

Y ahora estamos en el momento en que, decidida a casarse, va a emprender al fin el viaje al Río de la Plata.

La niña ya ha olvidado todas sus cositas de antes. Ahora ya no tiene más que una mira: su príncipe de América.

XXIV

De Andoain a Tolosa.—El burro de la casera.—La agencia de vapores de Sarasola.—La madre estalla en llanto.—Son las doce.—Frente a un albergue.—El consuelo de la soledad.—El prado de Igarondo txiki.—Sentadas en un banco de piedra.—El giro del hermano de América.—¿Quién pagó el pasaje de mi madre?—Mi tío Manuel la acompaña hasta Burdeos.—Sus compañeros de viaje.—Llega a Buenos Aires.

Un día, con su madre, conviene en que se van a trasladar las dos a Tolosa para informarse de los vapores que parten de Burdeos y para tomar el pasaje para la joven con destino a Buenos Aires.

Y ya están en camino. Entre Andoain y Tolosa hay once kilómetros. Van a pie. Es un día de un fuerte sol y la madre, por efecto de la depresión moral más que por debilidad física —pues está con la idea fija de su separación muy próxima con la hija—, al llegar a Villabona da señales visibles de fatiga.

Otra mujer, que va rumbo a Tolosa también, montada en un burro, al advertir el cansancio de la más anciana se ofrece a bajar de su montura para que suba ella. La oferta es aceptada y, así, el camino se hace menos penoso que momentos antes.

Llegan a Irura... pasan Anoeta... y ya están cruzando el puente de Arramele, sobre el río Oria, a la entrada de la villa de Tolosa, centro de sucesos históricos muy resonantes en tiempos pasados y que continúa siendo una población de las más importantes de Vasconia, comercial, industrial, judicial y socialmente considerada.

Un rato después están frente a la agencia de navegación de Sarasola, en cuya puerta están anunciados, en grandes cartelones, varios nombres de vapores, con precios y fechas de salida, de Burdeos para puertos del Brasil y el Río de la Plata.

Se detienen un momento allí, leyendo el texto y mirando las figuras de los barcos.

Inquieren de alguien si la oficina está abierta y se enteran de que el señor Sarasola está en el primer piso y que es allí donde atiende a sus clientes.

Entran, pues, suben, hablan, preguntan, se enteran... convienen fecha, nombre de vapor, clase, precio... y ya está todo. Pagan y salen.

Cuando ya han bajado la escalera, instintivamente, la hija toma la mano de la madre, que opriime con emoción. El gesto hace estallar a ésta, que no puede retener sus lágrimas.

Ambas se quedan en el portal un rato para serenarse.

Una tienda, en frente, exhibe en sus vidrieras su mercadería. Las dos se acercan y miran, pues la madre trae desde Andoain el propósito de que su hija lleve a América una ropa interior que no desdiga de su pulcritud y buen nacimiento. Entran, pues, y compran unos retazos acá y otros allá, con lo que se confeccionará lo que convenga. A esto agregan unos cuantos metros de una tela o dos más de color, para uno o dos vestidos a la moda de la época; unas medias, un par de botines, un baúl no muy grande... y eso es todo. No puede aspirarse a más; es gente pobre y tiene que medir cuidadosamente el dinero que gasta.

Pero para el corazón sensible de la chica, esas insignificancias tienen el valor de los grandes regalos, por ser ello sobre todo prueba de cariño, a lo que ella corresponde con su infinito amor de hija. Ella misma incita a su madre a no comprar lo mejor sino lo indispensable. La muchacha sabe efectivamente cuál es el estado del bolso de la madre y cuida de él como propio.

Hechas las compras, salen.

La campana del reloj de la iglesia parroquial de Santa María, allí en lo alto de su torre, está anunciando que el sol está en el cenit y que se está a la mitad de un nuevo día: está dando las doce.

La gente, en las calles, como es costumbre universal

a esa hora, aparece saliendo de los comercios, de las oficinas, los talleres, las fábricas y encamina sus pasos apuradamente hacia sus casas para almorzar en familia. Los forasteros, labradores de las afueras, mujeres del campo, negociantes de aves, conejos, verduras, huevos, maíz, manzanas y demás productos de la tierra que han bajado a Tolosa, con motivo de ser ese un día de mercado, se acercan y entran en los albergues, fondas y tabernas donde se da de comer.

Nuestras dos mujeres se hallan algo indecisas frente a un fondín, entre si van a entrar o no. La madre tiene en esos momentos con su hija tantos miramientos como podría tenerlos una reina madre, en una corte real, con una princesa en vísperas de su casorio. Toda ternura, toda solicitud con ella, propone a la joven entrar al comedor, pero la muchacha, interpretando el propio sentir y el de la autora de sus días, le dice:

—Si es por mí, mamá, bien podríamos dispensarnos de esto por hoy, pues verdaderamente no tengo ningún apetito... Pero si usted quiere, mamá...

—No, hija mía. Si tú no tienes ganas, tal como está mi alma en este instante, menos tengo yo...

Así renuncian a entrar y a aumentar la tristeza de ambas en un ambiente de platos, de algazara, de olores de cocina y otros desperdicios, en el instante en que sus

almas sólo pueden hallar consuelo en el recogimiento y la soledad. Pues no es cierto que la alegría es siempre comunicativa y contagiosa; el tumulto, el ruido, los cantos alegres, las bromas, hacen daño cuando el alma está muy triste.

**

Pero mi madre y mi abuela no se detuvieron ahí, ni renunciaron a toda colación. Algo había que comer. Convinieron simplemente, con muy buen acuerdo, que irían a comprar un trozo de queso, dos panecillos y uva.

Se encaminan luego en dirección a ese paseo muy conocido en Tolosa, con el nombre popular de "el prado chico", desierto a esas horas, y donde hay bancos de piedra en los que podrán sentarse.

Este almuerzo —si así puede llamarse—, el más frugal, el más sencillo de su vida —pues se redujo al fin a unas migajas de pan—, es aquel del que mi madre conservará en su corazón, mientras viva, un recuerdo imborrable y cuyos detalles nos transmitirá —treinta años después a sus hijos— con bastante emoción y colorido como para hacernos revivir el momento, intensamente, a nosotros mismos.

Madre e hija están sentadas, pues, en un banco de piedra, tomadas ambas de la mano y llorando.

El paquetito con el pan, el queso y la fruta, está allí

sobre el banco también, abierto, pero apenas si alguna migaja es llevada de tarde en tarde a los labios de una de ellas.

Cuando ven a alguien en el camino, que delimita el paseo por uno de sus lados, se dan vuelta, miran en otra dirección, preferentemente hacia el río Oria que corre del lado opuesto, ocultando a las miradas extrañas sus caras desoladas y sus ojos, enrojecidos de llorar.

Un rato después dejan el lugar y vuelven a las calles céntricas para cruzar la población nuevamente y tomar el camino de Andoain, ya que nada más tienen que hacer allí.

En esto, al pasar frente a la agencia de Sarasola, donde estuvieron por la mañana, notan que un empleado de la casa, desde un balcón, les hace señas con la mano, llamándolas.

—Ai, umia! (¡Ay, criatura!) —exclama la madre; presintiendo una desgracia—. Seguramente que al pagar el pasaje algún duro falso habría entre el dinero que le dimos a Sarasola. Y ahora en la cartera, con los gastos que hemos hecho, no sé si tendremos bastante para reponer eventualmente lo que sea.

—Tal vez no sea eso, mamá —dice la chica, menos pesimista ella; y procurando animar a la madre—. El hombre del balcón, si fuera así, creo yo, nos habría pues-

to mala cara, y en verdad, a mí me pareció que estaba sonriendo o, en todo caso, no tenía aire de enojo . . .

—Ojalá sea así, criatura, y que yo me equivoque.

—Mamá, si usted no tiene ánimo, quédese acá; yo subiré para ver de qué se trata.

Y así se hace. La madre se queda en la puerta, abajo, presa de gran preocupación, esperando una noticia catastrófica. La chica sube.

Y, un momento después, baja la escalera casi sin tocar los escalones. Sus pies tienen alas; su voz parece la de un ángel que baja del cielo:

—Ama! (¡Mamá!) —exclama desde arriba, bajando como una exhalación—. Ameriketatik Frantxiskuk eun duro bialdu ditu! (¡De América, Francisco, ha mandado cien duros!) ¡El giro está aquí! ¡Venga conmigo, mamá! ¡Subamos!

—Umia! (¡Criatura!) —dice la madre, debilitada su voz por la emoción—. Jaungoikua gurekin dago. Ori gauza audiya da . . . (Dios está con nosotros. Eso es mucha cosa . . .)

Y muy luego, subiendo la escalera, tomada del brazo por la niña, agrega:

—Poz audiya det. (Tengo un gran contento). La pena mía de no poder regalarte como era mi deseo, ya no me aflige. Ahora sí que vas a llevar a América, para ca-

sarte, un ajuar de verdad... El baúl ese que escogimos en casa de Serapio, creo que no tiene capacidad bastante. Vamos a comprar uno más grande...

Mi tío Francisco, el hermano de mi madre, que estaba en América, quiso tener en vida un placer y un orgullo: ser el que abrió el camino de la Argentina a toda la familia y ser quien pagó el pasaje de venida a todos sus hermanos. Los cien duros del giro, esta vez, eran para el pago del viaje de la hermana.

Y aquí voy a aclarar un detalle que un día tuvo importancia, a raíz de una tempestad en un vaso de agua que alguien armó por su cuenta y riesgo, con esa mentalidad que algunos tienen de contabilizar todo en la vida, incluso el corazón de las personas, como si los sentimientos fueran materia de mercado... El pasaje de mi madre, como se ve, lo había pagado la madre de ella. El giro del hermano llegó después. Esto no quita, naturalmente, mérito alguno a la generosa intención de él y al placer y dicha que procuró a los suyos con su gesto en un momento decisivo en la vida. Mi madre estuvo siempre llena de gratitud por él en este punto. Con ese dinero, mi abuela compró para su hija un espléndido ajuar de novia, que fué el orgullo de la joven al ir al matrimonio.

Pero hubo un tercero que quiso también tener el privilegio de obsequiarla, amén de otros regalos, con ese pa-

saje. Fué el novio. Entre mi tío y él hubo en Maipú a este respecto, en su hora, un interesante cambio de opiniones. El hermano, con todo derecho, se reservó para sí exclusivamente ese honor.

**

Y nuestra joven ya está en viaje. Es el mes de abril de 1882. Mi tío Manuel, el hermano de ella que se va a quedar en Andoain, el que no vendrá a América —si no es para dar un paseo años después, con mi abuela— la acompaña hasta Burdeos, y allí la conduce al vapor en que hará el viaje, despidiéndose los dos cuando la sirena de la nave da los toques reglamentarios para que los familiares de los pasajeros bajen a tierra.

Entre éstos hay un joven tolosano, Gurruchaga, hijo de una conocida familia de esa villa y amigo de Manuel, pues ambos eran aficionados a la caza del jabalí —del que por aquella época se habían visto algunos ejemplares en las estribaciones del Ernio— y por cuyo motivo, con otros cazadores, solían encontrarse los domingos por esos montes. Este y una hermana de él serán los compañeros de la joven a bordo. Pero no serán los únicos. En un viaje por mar, que dura casi un mes, donde los pasajeros se ven a cada rato, la gente —del sencillo pueblo sobre todo— se vincula fácilmente. Y una chica que

lleva la alegría dibujada en el rostro, que sonríe con pureza y sin desconfianza a todos, despierta inmediatamente la simpatía general. Todas las jóvenes de su edad y de su condición, son, pues, inmediatamente sus amigas.

Pero hay un francés a bordo que se acerca cierta vez al grupo de muchachas y quiere hacer una galantería. Es un joven oficial del barco que no habla el castellano y que un día le dice a nuestra joven:

—Voulez-vous vous marier avec moi, mademoiselle?

—Yo no sé lo que usted quiere decirme, oficial —le contesta ella—. Y alguien le traduce:

—Dice que él desearía ir al altar con usted.

—¿Cómo?

—¡Sí! ¡que si quiere usted casarse con él!

Ella y todas sus compañeras sueltan una carcajada general. El oficial también se ríe, pues no podía esperar que se le diera otra respuesta. Pero la frase ha gustado; el oficial la repite varias veces, y las chicas la aprenden de memoria.

Así, treinta años después, en cierta ocasión —viajando en alta mar esta vez también—, nuestra protagonista interrumpe a su hijo en la lectura de un libro en francés, para hacer gala ante él de que ella también sabe algo de la lengua de Lamartine, y le dice:

—Voulez-vous vous marier avec moi?

El hijo la mira y sonríe; ella entonces le explica cómo aprendió esa frase, cuando tenía veinte años, a bordo del vapor en que, por primera vez, atravesó el Océano.

**

En Buenos Aires en el momento de atracar el barco, la joven busca con ojos ansiosos desde a bordo, entre la gente que espera en el muelle, al hermano de América que hace nueve años que no ve; y del que no sabe si habrá recibido con tiempo sus cartas y, en caso afirmativo, si habrá podido venir de Maipú a la Capital para esperarla. Y ya empieza a temer lo peor, pues no ve a la persona que busca, y se sobrecoge de pensar que va a tener que bajar sola, en una ciudad que no conoce, sin saber cómo ni a quién dirigirse, cuando advierte a un hombre que alza su diestra en ademán cordial para hacerse ver mejor entre aquella gente, y que dirigiéndose a ella, desde muy cerca del casco de la nave que ya atraca, le dice:

—¿Es usted la señorita Josefa de Olariaga?

—Sí señor! ¡Soy la misma!

—Yo soy Antonio Irazu! ¡Vengo de parte de su hermano Francisco!

—¿Está en Buenos Aires?

—No, señorita! ¡Se fué hace dos días a Maipú!

—Dos días, no más! ¡Qué pena!

—¡No tenga pena alguna! ¡Mañana estará con él!
¡Estaba con otro señor, que creo es su . . .

—¡Sí, mi prometido!

—¡Se fueron porque no sabíamos que usted llegaba hoy! ¡Recién ayer he podido ver la lista de pasajeros!
¡Deje usted su equipaje a bordo! ¡Yo me encargo de él!

Don Antonio Irazu era, por ese entonces, una especie de cónsul de los vascos en Buenos Aires. Sarasola, en Tolosa, solía recomendar a sus clientes, que si en Buenos Aires no tenían a nadie, se dirigieran a él. Este era guipuzcoano, hijo de Asteasu. Entre sus compatriotas acá era conocido, respetado, considerado y querido. Su crédito era tal que algún tiempo después, hombre de fortuna ya, fundó una casa bancaria que llevaba su nombre, cuya clientela estaba compuesta principalmente de vascos y que prosperó rápidamente, operando muy pronto por sumas considerables. Pero —así es la vida— un buen día, en el segundo decenio de este siglo, no sabemos por qué contrariedades financieras, esta casa se vino al suelo, e Irazu . . . se quitó la vida.

Mi tío Francisco había estado con Irazu la víspera de la llegada de mi madre. Irazu fué al puerto a recibir a la joven y la acompañó al tren, juntamente con otro caballero vasco que aquel día se iba a Maipú, donde era hacendado.

Y nuestra heroína llega, pues, a su destino, donde se abrazará con su hermano mayor, con otro menor que había venido a la Argentina algunos años antes, y conocerá al hombre a cuyo encuentro venía al Plata, y que será muy luego el compañero de su vida.

FIN



EDITORIAL VASCA EKIN, S. R. L.

BELGRANO 1141

BUENOS AIRES

Obras publicadas

BIBLIOTECA DE CULTURA VASCA

1. *El genio de Nabarra*, por Arturo Campión, § 2,25. (Primera y segunda edición agotadas.)
2. *Primitivos Navegantes Vascos*, por Enrique de Gandía, § 2,25. (Agotada.)
3. *Viajeros Extranjeros en Vasconia*, por Eneko Mitxelena, § 2,25.
4. *Pinceladas Vascas*, por Loti, Campión e Iturrealde, § 2,25.
5. *La Aportación Vasca al Derecho Internacional*, por J. de Galíndez, § 2,25.
6. *El Conde de Peñaflorida y los Caballeritos de Azkotia*, por J. de Aralar, § 2,25.
- 7/8. *La Democracia en Euzkadi*, por José de Ariztimuño, § 4,50.
9. *De Música Vasca*, por los Padres Donosti y Madina, § 2,25.
10. *Orígenes pre-arios del pueblo vasco*, por Enrique de Gandía, § 2,25.
- 11/12. *La lengua Vasca: Gramática, conversación, diccionarios*, por López Mendizabal, § 4,50.
13. *Los Vascos en el Uruguay*, por Tomás Otaegui, § 2,25. ,
14. *En el Pirineo Vasco: Paisajes, costumbres, curiosidades*, por Martín de Anguiozar, § 2,25.
- 15/16. *Los Adversarios de la libertad vasca, 1794-1829*, por J. de Aralar, § 4,50.
17. *Estampas vascas*, por Constantino del Esla, ilustraciones de M. F. Kaperotxipi, § 2,25.
18. *Riqueza y economía del País Vasco*, por A. de Soraluze, § 2,25.

COLECCIÓN PATRIA

1. *¡Argentina! ¡Una nueva y gloriosa Nación!*, de José C. Vidaurreta, § 4.

COLECCIÓN TÉCNICA

1. *La Ciudad Hexagonal*, de Ricardo C. Humbert, § 5.

OBRAS DE ACTUALIDAD

1. *De Guernica a Nueva York pasando por Berlín*, por José Antonio de Aguirre y Lecube.
Primera edición: Buenos Aires, 15 de septiembre de 1943 (agotada).
Segunda edición: Buenos Aires, 15 de febrero de 1944 (agotada).
Tercera edición (reproducción fotográfica): Buenos Aires, 30 de noviembre de 1944, § 3,50.
2. *Con los alemanes en París*, por Pedro de Basaldúa, § 3,50.
3. *Cinco conferencias pronunciadas en un viaje por América*, por José Antonio de Aguirre y Lecube, § 3,50.
4. *Los vascos y la República Española. Contribución a la Historia de la guerra civil (1936-1939)*, por A. de Lizarra, § 4.
5. *Inglaterra y los vascos*, por Manuel de Irujo, § 5.

COLECCIÓN ELHUYAR

1. *Cultura biológica y arte de traducir*, por Justo Garate, § 5.
2. *Principales conflictos de leyes en América actual*, por Jesús de Galíndez, § 5.

EL 27 DE ABRIL DE 1945
SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN LOS TALLERES GRÁFICOS
DE SEBASTIÁN DE AMORORTU E HIJOS
CALLE CÓRDOBA, 2028
BUENOS AIRES

